El club del té 1

CÁSAME SI PUEDES

Julianne May



Selecta

Cásame si puedes

SERIE
El Club del té 1

Julianne May

Selecta

Para «Las Maravillas».
Las quiero, chicas

Y para quienes descubren que el amor
también es libertad

Prólogo

Londres. Abril de 1816

Querida Christine:

Siento mucho importunarte con otra carta, para ser más precisa, la quinta en lo que va del mes, pero comprenderás que el corazón de una madre es capaz de esto y mucho más cuando se trata de la reputación de una de sus hijas... Bueno, en realidad, de las tres.

Lamento mucho que en esta oportunidad no sea una breve misiva la que te quite el tiempo, pero no tengo más remedio que extenderme en esta súplica para que comprendas, aunque sea una mínima parte, la desesperación que me abraza.

Christine, te lo ruego: casa a mis tres hijas. La vida de cada una de ellas depende de un buen matrimonio, y bien sabes que la estirpe de los Powell nos exige que sean lazos convenientes. Y no en vano hago esta aclaración.

Si hasta ahora no habían sido suficientes las habladurías sobre la fuerte voluntad de mis hijas por

contraer matrimonio, después de aquel nefasto encuentro, hace años, entre ese artista mequetrefe y mi querida Martha, la reputación de mi familia ha quedado casi en la ruina; no es novedad. Y tú lo sabes mejor que nadie.

De más está decir que el corazón de cada una de mis hijas está destrozado, Christine. No te mentiría con un asunto tan delicado.

Por esto, le suplico a tu corazón de madre y de mujer que nos ayudes. Tú y El club del té... Porque, lo siento, pero, por muy secreto que hayan deseado mantenerlo, los esfuerzos no han dado resultado. Soy consciente de que media Londres ya te ha enviado ruegos como este, solicitándote sus servicios casamenteros...

Con el alma en vilo por la espera de tu respuesta, te saludo.

Lydia Powell

Christine Browne, la vizcondesa más famosa y controversial de Inglaterra, dejó caer la carta sobre la pequeña mesa en la que tenía el servicio de té y, al tiempo que suspiró, se desplomó sobre el respaldo de su diván favorito, el de color amarillo chillón que solo ella usaba.

«Descarada», pensó de inmediato.

Se había cansado de enterarse de lo mucho que lady Powell la difamaba a sus espaldas. En especial luego de aquella noche del año 1813, cuando la menor de sus hijas —la más desesperada por casarse, según las lenguas filosas de Londres— se vio enredada con un joven artista de dudosa procedencia... o, como mínimo, de cuestionable linaje ante los ojos de Lydia Powell.

Como fuera, si de ayudar a esa baronesa venida a menos dependía la decisión de Christine, ni en ocho vidas lo habría hecho.

No obstante, al recordar la mirada de ilusión de esas jovencitas, el corazón se le quebró en mil pedazos. Años y años intentando cazar un esposo sin fruto alguno. Por supuesto que no eran completamente inocentes; no eran unas niñas y comprendían a la perfección las consecuencias de sus peligrosos actos, claro estaba. Mas ninguna de ellas tenía la culpa de tener una madre tan calculadora como lady Powell... sin mencionar el completo desinterés del barón.

Extendió la mano para verter un poco más de té en la taza, pero cuando se dirigió al plato de las delicias, las mejillas regordetas se le encendieron de la rabia.

—¡Smith! —vociferó, extendiendo la última sílaba.

Más rápido que lo que dura un chasquido de dedos, el mayordomo apareció en la Sala Limón.

—A sus órdenes, milady. ¿En qué le puedo servir?

Veloz, la vizcondesa entrecerró los ojos y lo fulminó con la vista.

—¿De verdad lo preguntas? ¿Acaso no es una obviedad? —inquirió tratando, inútilmente, de ocultar la furia que la dominaba.

Smith tragó saliva, pero no tardó en descubrir el plato vacío y, con los ojos abiertos como huevos, se despidió con un fugaz movimiento de cabeza para correr en busca de las extravagantes galletas sabor limón.

Podrían haber pasado algunos años, pero sus gustos, sin duda alguna, no habían cambiado.

—O yo las devoro demasiado rápido o Smith se ha vuelto más lento que de costumbre... —Suspiró y negó con la cabeza.

Tomó la taza de té, bebió un sorbo y regresó la vista a la carta que había leído hacía unos instantes.

No estaba segura de lo que había decidido, pero no podía retractarse. En cuanto recibió la correspondencia días atrás y leyó el mensaje desesperado de lady Powell, supo que no quería volver a ver un papel con el nombre de esa mujer entre sus cartas. Además, por mucho que lo quisiera negar, de solo pensar que aquellas jovencitas habían pasado casi tres años lejos de las temporadas le quebraba el corazón.

Claro que, en un principio, las nuevas dos «amigas» de lady Browne no habían estado muy de acuerdo con aceptar el desafío de casar a las hermanas Powell, pero, al final, cedieron ante la testarudez y el malhumor de la vizcondesa dueña de la sala amarillo furioso más famosa de Londres.

A los segundos, los pasos del mayordomo la hicieron sonreír.

—Milady... —expresó el hombre tras colocar las galletas del tamaño del mismísimo plato—. Para usted, y las que más le agradan.

La sonrisa de Christine se extendió de oreja a oreja. Le encantaban de esa forma: enormes, gruesas y desbordantes de sabor y aroma a limón. Sin embargo, a menos de un dedo de distancia de tomar la gigantesca delicia, una voz aguda y pretenciosa la interrumpió.

—Siempre me pregunto si algún día nos recibirás con una imagen un poco menos *extravagante* —resaltó con marcado desdén.

Lady Browne sonrió de lado y se puso en pie para recibir a sus nuevas dos socias.

—No sé cuándo ni por qué creí buena idea aceptarla en mi nuevo club, lady Chatterton. —Le sonrió de forma cínica y completa, mas luego dirigió la vista a la vizcondesa Ridley, quien acababa de poner los ojos en blanco por comprender la tarde que se le avecinaría—. Bienvenida, lady Ridley. Espero que usted no tenga inconvenientes con mis *extravagancias*...

—Por supuesto que no, querida. Solo me quiero sentar. —Y antes de que empezara la guerra, tomó a la condesa viuda y la obligó a sentarse en uno de los sofás.

La guerra entre lady Chatterton y lady Browne habría continuado como de costumbre, mas cuando las recién llegadas detectaron la carta que las había convocado esa tarde, allí en Browne House, soltaron un largo suspiro al unísono y clavaron la vista en Christine.

Lady Browne las imitó; y no era para menos. Por muy complejos que hubieran sido los casos, años atrás, en *El club de los solteros*[1], no se comparaban con este desafío... quizá el más peligroso para el nuevo y solicitado El club del té.

Capítulo 1

—Espero que seas consciente de que, con este *desafío* —resaltó lady Chatterton— que nos has impuesto, estamos prácticamente poniendo en juego nuestras reputaciones. —Y bebió un sorbo del té con la mirada aún fija en Christine.

Aunque odiara reconocerlo, lady Browne sabía que la condesa viuda tenía razón. Quizá chocaran en muchos aspectos, pero no sin razón formaba parte del nuevo trío más necesitado por las jóvenes solteras.

Elizabeth Winston, condesa viuda de Chatterton hacía ya varios años, era conocida por su magnífico sentido de lo correcto. Era una mujer de una reputación intachable y su carácter se había forjado en un marco de exigencias propias de su linaje. El buen gusto, las conexiones sociales, las exquisitas maneras de proceder y la moral eran estandartes en su día a día. Aun así, claro estaba que, por mucho que criticara a lady Browne, escondía detrás de sus juicios una extraña admiración por la controversial vizcondesa, en especial después del matrimonio entre Rose Winston, su hija, y el señor Croft, de quien le impactó su declaración sobre lo que él habría sido capaz *Solo por un beso*[2] de Rose. Como fuera, aquella extraña fascinación por Christine jamás sería una cuestión que la condesa

viuda fuera a explicitar.

—Siempre descubriendo novedades, Elizabeth —ironizó Christine. Bebió un sorbo de té y, consciente de lo que podría opinar a continuación la condesa, cortó un trozo de la enorme galleta de limón y se lo llevó a la boca, con la vista clavada en lady Chatterton.

Ante el gesto de Christine, Elizabeth resopló con disgusto y giró el rostro hacia el costado.

—No sé para qué me molesto tanto. Es claro que una persona que devora *esas cosas* —remarcó luego de unos segundos, señalando con la mirada celeste la delicia de tamaño monumental— no tiene consciencia de la importancia de lo que es correcto y refinado.

Christine sonrió de lado. Cortó un trozo aún más grande y, adrede, lo devoró.

—Quizá tengas razón. Pero igual de cierto es que tú, mi querida Elizabeth, careces absolutamente del sentido del placer. —Y rio de forma contenida al ver cómo el impoluto rostro blanco de la condesa se enrojeció de la rabia.

Lady Chatterton se enderezó en el sofá y, aunque una cansada lady Ridley intentó apaciguarla al tomarle una mano, no se reprimió.

—¿Placer? ¡¿Qué tipo de placer puedes encontrar en una galleta tan fuera de lugar como esa?! ¿Acaso no te das cuenta? Son un exceso, Christine. Hablan de tu mal gusto, de lo estrafalaria que eres. —Exhaló, furiosa, y continuó—: Y, por supuesto, sin mencionar lo ordinario de su tamaño... Como si eso realmente asegurara o destilara la idea de placer. —Negó con la cabeza y se llevó la taza a los labios para beber un sorbo más de la infusión.

—Oh, ya veo... ¿Así que el tamaño no es importante para el placer, Elizabeth? Por cómo lo dices, pareciera que lo mencionas desde la experiencia propia. Y claro: me encantaría descubrir si lo

aseguras desde tus años con lord Chatterton, que en paz descanse, o si lo afirmas desde algún desliz muy impropio de una dama como tú, aunque, sin dudas, para nada inesperado... —Y esta vez se carcajeó de forma abierta, mostrando la enorme sonrisa blanca.

Los ojos de lady Chatterton se inyectaron de un rojo propio de la ira. Los labios se le fruncieron, y en vano fue que la vizcondesa Ridley la contuviera por los hombros.

—¡No puedes ser más vulgar porque con ver el amarillo espantoso de tu sala es suficiente! —casi vociferó.

La carcajada de Christine subió de volumen de forma proporcional a la furia de Elizabeth.

Y en ese juego claro era que ninguna de las dos mujeres había percibido la cantidad de veces que lady Ridley había puesto los ojos en blanco.

No era la primera vez. Parecía que lady Browne disfrutaba de esos enfrentamientos con la condesa viuda, y no estaba segura, pero su instinto le decía que lady Chatterton gozaba casi al mismo nivel.

Como fuera, Margaret Ridley, lejos de disfrutar de esa clase de batallas, lo único que pretendía era que aquellas dos se calmaran para ir a lo que más le gustaba hacer: unir parejas por amor.

La realidad era que, desde que su hija había contraído matrimonio con un caballero que le había correspondido en sus sentimientos, la vida se había sentido muy vacía. Y eso sin mencionar que la historia de su sobrina, Serena Westwood, con el conde de Fowell la había inspirado sobremanera. Había leído *Una novela para el conde*, el primer libro que Serena había escrito y, desde entonces, supo que deseaba dedicar la vida a ayudar a que más historias como esas se concretaran en un mundo tan frío como lo era el mercado matrimonial.

—Señoras, creo que no es momento de discutir. Un asunto más importante nos ha reunido hoy, ¿no creen?

Tanto Elizabeth como Christine miraron a Margaret de inmediato. Quizá la vizcondesa Ridley fuera la de temple más calmo, pero era la que solía poner el orden.

Las tres suspiraron, preparándose para hablar, mas la voz del mayordomo lo impidió.

—Milady, la baronesa Powell ha llegado junto con sus hijas.

Y, sin siquiera dar tiempo a que lady Browne emitiera un sonido, la desfachatada de Lydia entró a la Sala Limón acompañada, por supuesto, de su descendencia.

—Buenas tardes, lady Browne. —Y sonrió tras hacer una exagerada venia.

***

—Veo que ha sido puntual de forma precisa, lady Powell —comentó Christine mientras vertía un poco de té en la taza de la recién llegada. Echó un fugaz vistazo y entrecerró la vista en cuanto se detuvo en las jóvenes acompañantes—. Aunque, al parecer, por estar tan enfocada en llegar temprano, ha perdido un poco la atención en otras cuestiones ligeramente más importantes... —Contuvo la sonrisa al tiempo que arqueó las cejas.

Al ver que lady Chatterton y lady Ridley se aclararon la garganta al mirar de soslayo a sus hijas, la sonrisa acartonada de Lydia Powell se borró de un plumazo. Respiró profundo y, tratando de no moverse bruscamente por la desesperación, giró el rostro hacia su descendencia. ¿Acaso alguna de ellas no estaría adecuadamente vestida?

Las observó con detenimiento, sonriendo de manera intermitente

por no encontrar falla en la estética que, durante días, había preparado de forma minuciosa. Pero entonces, justo cuando creyó que el corazón se le detendría al darse cuenta del pequeño gran detalle, la voz del mayordomo interrumpió el incómodo momento.

—Milady... —Smith avanzó hacia el interior de la sala y se hizo a un lado para despejar el umbral—. Creo que una de las señoritas Powell se ha perdido.

Y entonces, claramente presionada por la situación, Marianne Powell entró a la Sala Limón. No importó lo pequeña que fuera ni su corta estatura. La furia que destilaban sus ojos y la resistencia de los brazos cruzados la asemejaban a un dragón rabioso a punto de escupir fuego.

Con la mirada fija en su hija mayor, la baronesa tragó saliva. A ella, la ira también le desbordaba por cada poro de la piel y hacía una combinación extraña con la sonrisa dura que se obligaba a sostener.

Las tres mujeres de El club del té fruncieron los labios en un intento inútil por disimular la gracia maliciosa que les causaba la expresión de lady Powell. Eso sin mencionar el impacto que les había provocado el espíritu rebelde de la muchacha que, era evidente, no deseaba estar allí.

—¡Vaya, vaya! —volvió a intervenir lady Browne—. ¡Pero si es su hija mayor, lady Powell! —Miró a la muchacha de arriba abajo, y sonrió de lado—. Y debo reconocer que, si bien había escuchado sobre su peculiar carácter, no sabía nada acerca de su falta de sentido de ubicación. —Rio y, enseguida, se dirigió a la joven—. ¿O será que en realidad no desea estar aquí, señorita Powell?

Manteniendo las cejas fruncidas de la rabia, Marianne clavó los ojos en la vizcondesa Browne y entrecerró la mirada para contestar vaya uno a saber qué barbaridad, pero no llegó a despegar los labios

que Lydia se puso en pie y, en dos zancadas, se aproximó a su hija y la tomó por una muñeca más fuerte de lo que parecía.

—¡Oh, lady Browne! Tiene razón, no lo voy a negar: mi Marianne es muy especial y estoy segura de que se ha perdido por causa de los nervios. —Notó que su hija quiso replicar, pero no se lo permitió al apretarle más fuerte la muñeca.

Christine entrecerró la vista. Y no le pasó desapercibido el gesto de reticencia de lady Chatterton.

—De no saber que tiene tres hijas, jamás me habría dado cuenta de la ausencia de la mayor. No recuerdo haberla visto en algún baile... No, al menos, como suelen *destacar* —remarcó Elizabeth, sagaz— las dos más jóvenes. —Y se aclaró la garganta para beber un poco más de té.

Lady Powell tragó saliva y no tardó en ir, junto con Marianne, al sofá donde las otras dos muchachas esperaban quietas y enmudecidas como estatuas.

—Oh, por supuesto que asiste a los bailes. —Sonrió y miró fugazmente a su hija mayor. Aún la sostenía por la muñeca—. Lo que ocurre, lady Chatterton, es que mi Marianne es de un perfil más tranquilo que los de mis queridas Mary y Martha. —Rio nerviosa, y las estatuas Powell sonrieron de forma obligada ante el gesto de su madre.

Veloces, Christine, Margaret y Elizabeth se miraron entre sí y, como si lo hubieran practicado, bebieron té al mismo tiempo, lo que provocó que lady Powell tragara saliva por enésima vez.

—Ya veo... —Lady Browne dejó la taza a un lado y, tras clavar la vista en la jovencita, continuó—: Pues bien, entonces le haremos un gran favor, señorita Powell. Usted será la primera que casaremos.

Los ojos de las cuatro mujeres Powell se abrieron como platos. Y al gesto se le unieron los rostros de Elizabeth y Margaret.

—¿Cómo ha dicho, lady Browne? —preguntó una atónita Lydia.

La vizcondesa curvó los labios.

—Lo que ha oído, lady Powell: su hija mayor será la primera en casarse.

Cruzándose de brazos otra vez, Marianne miró a Christine de arriba abajo y rio con soberbia al tiempo que hizo la vista a un lado. Un gesto que, por supuesto, no pasó desapercibido para ninguna de las mujeres de la sala, pero muchísimo menos para la dueña de Browne House.

Lady Powell habría reprochado semejante conducta, pero lo que había decidido Christine la preocupaba sobremanera, por lo que se enfocó en la vizcondesa.

—Perdone, lady Browne. Sabe lo muy agradecida que estoy por esta oportunidad que el club ha decidido darle a mis hijas, pero no puedo dejar de preguntarme si es lo más conveniente. —Echó un vistazo a su hija menor—. Ya sabe... El asunto de Martha con ese artista nos ha dejado en una posición un tanto desfavorable, y quizá enfocarnos en ella sea lo ideal, ¿no cree?

Lady Chatterton y lady Ridley —al parecer de acuerdo con la postura de Lydia— fijaron la vista en Christine. No querían cuestionar sus decisiones, pues sabido era que, por más extrañas o controversiales que pudieran parecer, siempre resultaban efectivas, pero era claro que pensaban como la baronesa.

Lady Browne comió un gran trozo de la enorme galleta limón y, tras tomarse otro breve instante para beber té, clavó los ojos en Lydia.

—Por empezar, lady Powell, Marianne es la mayor, y por muy escandalosa que haya sido la *amistad* de su hija menor con aquel artista, nada será tan importante como ver que la más grande de su descendencia es la primera en casarse. —Observó a la joven en

cuestión y rio por lo bajo cuando esta la fulminó con la mirada oscura y penetrante—. Y, por otra parte, si de verdad desea casarlas convenientemente, le recuerdo que no está en posición de cuestionar mis decisiones ni nuestras condiciones. No olvide que, una vez asegurado el compromiso, el 10% de la dote de cada una de ellas debe ser cedido a El club del té. Las gestiones, lamentablemente, siempre tienen un costo, lady Powell.

La baronesa disimuló muy bien la rabia que en realidad le provocaba estar a la merced de aquella mujer. Pero no tenía alternativa, no tras años de intentos fallidos sin fruto alguno.

—Por supuesto, lady Browne. Mi comentario solo fue por la sorpresa que me causó la sabia decisión que ha tomado. —Giró el rostro hacia la mayor de las jóvenes Powell y, tras tomarla otra vez por la muñeca, siguió—: Estoy segura de que mi Marianne está más que complacida, ¿verdad, hija? —Y la apretó.

Sin poder evitar el desborde de rabia, Marianne se soltó del agarre de forma brusca.

—Por supuesto que sí, madre. —Entrecerró los ojos y, desafiante, los hundió en los de la vizcondesa más controversial del reino, no sin antes sonreír de oreja a oreja—: ¡Cásame! —exclamó, lo que asombró a todas las mujeres no solo por la informalidad, sino también por la expresión. Aunque no se comparó con el impacto de lo que susurró a continuación—: Si puedes, maldita bruja...

—¡Marianne! —vociferó lady Powell. Y temerosa de la reacción de Christine, se adelantó—: ¡¿Cómo te atreves a tratar a la vizcondesa con tanta informalidad?! —Miró a las damas creadoras del club al tiempo que rio, nerviosa—. Recuerda que se trata de una de las vizcondesas más respetadas del reino, querida. —Y le palmeó la mano, aunque más fuerte de lo esperado.

Lady Browne sonrió de lado.

—Es evidente que esta jovencita sabe muy bien que no soporto las formalidades. —Fijó la vista en Marianne y la entrecerró, desafiante—. Has tenido suerte. Puedes llamarme Christine.

—¡Oh, lady Browne! ¡Es usted realmente encantadora y benévola! —replicó, ágil, Lydia. Tragó saliva y, segura de que si se quedaban unos instantes más, Marianne arruinaría el futuro de las tres para siempre, no tardó en hacerles señas a sus hijas para que se levantaran—. Estamos profundamente agradecidas con las tres, y dado que tenemos muy en claro que seguiremos cada una de sus indicaciones, nos retiramos para que continúen con su tarde de té. —Se inclinó en una gentil venia que las jóvenes Powell imitaron, a excepción de Marianne, y, tras sonreír, comenzó la marcha hacia la salida junto con sus hijas.

Sin duda, habría sido el final ideal para esa tarde —o casi perfecto—, mas, cuando sus dos hijas menores y ella cruzaron el umbral, lady Browne aprovechó y lanzó unas últimas palabras que, claramente, fueron para la última de las Powell en salir.

—Y claro que *podré casarte*, querida... —resaltó elevando el volumen de la voz—. Es una sentencia.

Capítulo 2

Powell House no era la propiedad más vistosa de Londres. Ni la más grande. Ni la más pequeña. Tampoco la más llamativa en materia de decoración. Y, sin embargo, no había una pizca de duda de que era, por excelencia, la casa más evitada durante las temporadas.

La cuestión era simple: Powell House era peligrosa, y dicha fama se la había ganado con justeza. Lydia era muy consciente de ello, a pesar de que, por años, se lo hubiera negado a sí misma. La verdad era que no había sido un título logrado de repente, sino con el tiempo y gracias a sus dos queridas hijas menores. Cierto era que las había criado para que enfocaran las energías en lo más importante para sus futuros: conseguir un buen esposo. Pero, tal vez —ligeramente tal vez y dadas las circunstancias— se había sobrepasado un poco con el entusiasmo. Tanto Martha —la más joven— como Mary habían formado una especie de dúo detector de los mejores partidos de cada temporada y, como en una digna caza de ciervos, ambas iban tras los mejores candidatos como si de presas se hubieran tratado.

Al principio no fue tan reprochada la conducta de las Powell, pues se la tradujo como puro entusiasmo juvenil. Mas con el correr

de los años, y tras el infortunio de no recibir ni siquiera un intento de cortejo, el comportamiento de las muchachas se convirtió en uno desesperado y hasta peligroso. Pero claro era que la fama de las Powell no se hubiera reforzado tanto de no haber sido por la maldad de las nuevas debutantes en cada temporada.

Gustara o no, las hijas de Lydia solían llamar la atención, ya fuera por su entusiasmo como por su tenacidad, y ello no era bueno para la mayoría de las insípidas debutantes. Así, no tardó en esparcirse el rumor de que las Powell eran unas solteronas sin remedio ni más ni menos que por carecer de la belleza y el refinamiento que cualquier buen caballero debía pretender en una dama de alcurnia. De más estaba decir que, ante el descubrimiento de la nueva reputación que se habían ganado injustamente —al menos en parte—, tanto Martha como Mary intensificaron sus estrategias para cazar, a como diera lugar, un buen esposo.

Fue así como la temporada del año 1813 se tornó la más entretenida de Londres. Y no solo gracias a los tejes y manejes casamenteros de los que lady Browne fue la gran protagonista —y que algunos caballeros padecieron en la última versión del secreto El club de los solteros—, sino también por las hermanas Powell que, incesantes y sin importarles cómo eran vistas, corrían detrás de los mejores partidos para intentar atraparlos, de forma astuta, en matrimonios que, por supuesto, de haberse hecho efectivos, habrían sido escandalosos por donde se los mirara.

Por fortuna para esos hombres y para las hijas de Lydia, ninguno de los artilugios de las dos muchachas dio su fruto, aunque, lamentablemente, sí afectaron la imagen de la familia Powell.

No obstante, el peor golpe ocurrió sobre el final de esa temporada cuando, de forma inesperada, Martha se vio envuelta en una relación que destruyó, casi de manera definitiva, la poca buena

reputación que les había quedado a los barones y a su descendencia.

Robert Powell, el barón cabeza de la familia, optó por huir de inmediato hacia Escocia, con la excusa de una urgencia familiar, pero ni los casi dos años que se instalaron allí alcanzaron para borrar la oscura mancha causada por esa «amistad» entre Martha y un desconocido artista.

Sin duda alguna, los Powell estaban en la ruina en cuanto a su reputación. Eso sí: Lydia no podía culpar de ello a la mayor de sus hijas. Aunque se cumplieran exactamente diez años desde que Marianne había debutado —sin éxito alguno— en el mercado matrimonial, lo cierto era que, aunque no hubiera llevado alegrías a la familia, tampoco había provocado ningún tipo de desgracia... Bueno, al menos hasta entonces, pues, de solo recordar cómo se había atrevido a desafiar a lady Browne, Lydia Powell no podía evitar indignarse hasta los huesos.

—Aún espero las gracias, Marianne —soltó Lydia en cuanto entraron a la sala y el personal la dejó a solas con sus tres hijas—. Todavía no puedo creer que te hubieras comportado de ese modo. Si no hubiera sido por mi perspicaz intervención, no sé qué sería de nosotras ahora mismo. —Se dejó caer sobre un sillón.

—Yo diría que primero te pida perdón, madre. Se ha atrevido a demasiado —intervino Martha, muy poco fraternal.

—No seas exagerada —replicó con dulzura Mary, y luego se dirigió a Lydia—. Quizá los años la han afectado, mamá. Recuerda que solo hace unos días cumplió los veintiocho —agregó en un intento por defender la conducta de su hermana mayor, a la que miró con verdadera pena.

Sentada en el sofá más lejano del salón y con el ceño fruncido, Marianne contó hasta diez para no reaccionar como en realidad

merecía la situación.

Observó a Mary y suspiró. Aquella no actuaba con maldad; le dejaría pasar el inocente atrevimiento. Pero en cuanto se enfocó en Martha, que bebía té como si de una inmaculada dama se hubiera tratado, la ira la poseyó.

—¡La que debería pedir perdón eres tú, Martha! —vociferó con la mirada oscura y repleta de fuego—. ¡Si no hubiera sido por tu conducta inapropiada, no estaríamos en esta situación! ¡Y no solo me refiero a tu comportamiento con el pintor mequetrefe con el que casi huyes, sino también a los innumerables intentos fallidos por cazar de forma vergonzosa a hombres respetables!

Martha, impactada por la reacción de su hermana mayor, se quedó sin aire, mas la rabia no tardó en apoderarse de ella.

—¡La culpa es tuya! —gritó impulsiva, poniéndose de pie con las manos en puños a los lados del cuerpo—. ¡Si te hubieras casado a tiempo, ni Mary ni yo hubiéramos tenido que recurrir a recursos tan desesperados! ¡Pero no eres más que una solterona que nos ha arruinado la vida! ¡La vida! —reforzó fuera de sí.

Y claro: el volcán estalló.

—¡¿Que qué?! —inquirió Marianne, indignada. Se puso en pie de un salto y, hecha una furia, comenzó a correr hacia Martha, muy segura de desarmarle el estrafalario peinado con forma de nido de pájaros que le había armado la doncella—. ¡Eres una maldita descarada!

—¡¡Marianne!! —exclamó Lydia al tiempo que se interpuso en el camino.

Por fortuna, Mary hizo lo mismo con Martha, que también se había lanzado para lo que habría sido una batalla irremediable entre hermanas.

Tanto lady Powell como la hija del medio tuvieron que hacer un

gran esfuerzo para lograr que ambas fieras regresaran a sus lugares.

—¡Es inadmisible! —soltó Lydia, agotada, al tiempo que se acomodó algunos bucles que se le habían desprendido del peinado al contener a Marianne.

—¡Pero sabes que tengo la razón, mamá! —se atrevió Martha, aun cuando era consciente de que si caía en las manos de la salvaje de Marianne, tendría las de perder.

—¡Y todavía me desafías! —exclamó la otra, con más ganas de levantarse que antes—. ¡No solo no tienes la razón, sino tampoco vergüenza ni cerebro!

—¡Ya basta! —vociferó Lydia antes de que Martha dijera alguna tontería más que la condenara. Las tres jóvenes tragaron saliva y, por su madre, se calmaron—. Es inaceptable que se comporten de esta manera. ¿Dónde han quedado las costosísimas clases de modales? ¿Dónde ha ido a parar la educación digna de la estirpe Powell? ¡¿Dónde?!

Mary frunció el ceño, medio pensativa.

—Bueno, quizá los rumores de que no somos refinadas sean un tanto ciertos, ¿verdad? —preguntó pestañeando más de la cuenta.

Lydia la observó por unos segundos y, tras enjugarse la frente, suspiró.

—No sé lo que haré con ustedes... —murmuró, vencida. Se apoyó sobre el respaldo y se tapó el rostro con las manos.

—Hace tiempo que el asunto se te ha escapado de las manos, madre. Y, por eso mismo, nos has lanzado a las fauces de la bruja de lady Browne —replicó Marianne, mordaz.

De inmediato, Lydia se descubrió la cara y clavó la vista en su hija mayor. Estaba tan furiosa que hasta los rasgos delicados se le habían endurecido sobremanera. Pero no la culpaba.

Desde siempre —o, al menos, desde que fue consciente de que

su destino estaría enfocado en convertirse en una buena esposa—, Marianne había tenido un carácter difícil de manejar. Nunca mencionaba qué era lo que quería hacer con su vida, pero sí había sido clara con lo que no deseaba para su futuro. Ser esposa de alguien más, como si de un objeto se tratara, le parecía el final más atroz para cualquier joven. Y dicho pensamiento se había intensificado desde que había descubierto cómo vivían algunas mujeres en América: libres, sin depender de nadie más que de ellas mismas... Una idea bastante fantasiosa y peligrosa, al menos ante los ojos de lady Powell.

—No he tenido remedio —replicó Lydia y echó un intenso vistazo a las tres—. Y bien lo saben.

—Bueno, al menos Mary y yo lo hemos intentado. En cambio...

—¡Cierra la boca de una buena vez, Martha! —la interrumpió la baronesa. Exhaló, agotada, y continuó—: Cierto es que Marianne no ha ayudado con su ostracismo y rebeldía..., ¡pero tu comportamiento y el de Mary no han hecho más que empeorar nuestra reputación! ¡En especial el tuyo!

Avergonzada, la menor de las Powell tragó saliva y bajó la vista. Marianne, por su parte, suspiró más aliviada. Al fin, aunque de forma tibia, su madre no se había puesto en su contra..., al menos no al ciento por ciento, como solía hacer.

—Aun así, madre, no estoy de acuerdo. —Marianne clavó la intensa mirada color noche en la fría de su madre, y siguió—: Lo sabes desde siempre: no quiero casarme. Con nadie. Solo quiero... Solo quiero...

Despacio, y ante el titubeo de su hija, Lydia negó con la cabeza.

—Si ni siquiera sabes lo que quieres, Marianne, ¿cómo puedes cerrarte a la idea de un buen matrimonio? ¿Acaso no ves lo mucho que puedes arruinar tu vida y la de tus hermanas por un capricho sin

dirección ni causa?

La mayor de las hermanas Powell no fue capaz de contestar. Tragó saliva en una mezcla de confusión con rabia y, solo unos segundos después, se dejó llevar por el corazón, aunque con la mirada gacha y perdida en algún punto del suelo de madera.

—Quizá no sepa lo que quiero, pero sí lo que no deseo, madre. ¿Tan difícil es de entender?

Lydia suspiró con pena.

—Me es tan difícil de comprender como la conducta que tuviste hoy en Browne House. No piensas, Marianne. Actúas con extremo egoísmo, sin analizar el daño que puedes provocar en los demás —replicó con un tono serio pero triste y real.

Se hizo un breve y profundo silencio que ni siquiera Martha se atrevió a quebrar.

Marianne no supo por qué, pero las palabras de su madre le habían atravesado el corazón como una afilada estaca.

Se puso en pie, se alisó el vestido y caminó hasta el umbral para soltar unas últimas palabras, aunque de espaldas a las tres mujeres que, por supuesto, tenían la vista fija en ella.

—Tal vez estés en lo cierto: no pienso... —Suspiró—. Solo me pregunto si no será porque aún no me has dado el tiempo y la libertad para hacerlo.

Y así, sin dar oportunidad a que lady Powell replicara, Marianne, la más rebelde de la familia, se marchó.

Capítulo 3

¿Qué era de Londres sin los exquisitos clubes de caballeros? Nada.

¿Qué era de la ciudad de las temporadas sin las casas de juego y el sinfín de mujeres que ofrecían placer, allí, en su zona favorita, la del Covent Garden? Nada.

Londres no significaba nada, al menos para lord Frederick Stewart, segundo hijo del marqués de Hammerwick. Pero no porque él tuviera algún tipo de trauma con la ciudad.

Lo cierto era que, por muy noble que fuera la estirpe a la que pertenecía, Frederick Stewart no era más que el segundo hijo de un marqués. Y, como tal, se había permitido vivir cada día de la vida como si hubiera sido el último. A su manera, por supuesto. De allí los innumerables viajes de aventura a lugares de los que ya ni recordaba el nombre. Y, desde ya, lo que más amaba en el mundo era disfrutar su existencia como un orgulloso libertino sin remedio. Claro era que a nadie le importaba su comportamiento y de allí la razón de su perfil despilfarrador. Solo había existido una persona que lo había querido sin límites y visto como un hijo al cual guiar hacia un propósito noble, pero ella ya no estaba.

Hacía más de veinte años que Rebecca Stewart había fallecido

por una impetuosa y letal enfermedad en los pulmones. Y su esposo, Richard Charles Stewart, el conservador marqués de Hammerwick, apenas había echado un vistazo cuando, en diciembre de 1786, Frederick nació. Solo lo había visto como lo que era: un segundo hijo, un mero «por si acaso». Su foco, desde siempre, había sido su primogénito, Edward, el mejor ejemplo de hijo que un noble como él podía esperar. Y no era para menos, pues, desde que este fue consciente del papel que venía a cumplir en el mundo, Edward no había dado un paso en falso y había seguido cada estricta enseñanza al pie de la letra. Sería el mejor marqués de Hammerwick, el ejemplo a seguir por los conservadores *tories* del Parlamento; Richard estaba seguro de ello. Todos estaban seguros de ese destino.

No obstante, hay cuestiones que ni los más nobles —incluso ni siquiera la realeza— puede controlar: el azar de la vida.

—¡Vamos! ¡No seas cobarde! ¡Una partida más! —exclamó Brewick, desde la mesa de juego, y más ebrio que una cuba.

Frederick, que apenas se había levantado, observó al pobre baronet y negó con la cabeza.

—Aunque estemos en el salón de juegos del mismísimo infierno, tengo principios, Brewick. No quiero desplumarte y mucho menos dejarte en la pobreza absoluta.

No hubo un solo hombre que no exclamara ante las palabras del lord. No solo los que, desde hacía horas, disfrutaban de cómo lord Frederick había ganado al veintiuno cada una de las partidas exigidas por el tozudo del baronet, sino la casa de juegos completa. Claro que la reacción de Brewick no fue la más agradable.

—¡¿Pero quién te crees que eres?! —Furioso y con las mejillas regordetas rojas por el alcohol que le recorría las venas, se levantó de un salto, lo que causó que la mesa se tambaleara—. ¡Ni siquiera

tienes un título de verdad! —Se carcajeó y algunos se le unieron—. ¡¿Cómo te atreves a hablar de mi fortuna?!

Con la mirada azul agotada, Frederick suspiró al tiempo que se acarició el cabello hacia atrás.

—Brewick, Brewick, Brewick... Los títulos jamás me importaron, pero si de verdad quieres hacerlo un asunto relevante, no creo que estés en condiciones, pues ni siquiera perteneces a la nobleza. —Medio salón se rio sin escrúpulos y, para entonces, la ira del baronet le había llegado hasta las orejas—. Y en cuanto a tu fortuna... —Suspiró, medio burlón—. Creo que hasta el más borracho de esta casa conoce tu precaria situación. Así que, por tu bien, no me obligues a jugar, porque me vería en la penosa situación de tener que reclamarte hasta tu adorado y viejo reloj de bolsillo.

Las risas estallaron en cuanto Frederick se dio la media vuelta para marcharse de una buena vez, mas Brewick, impulsado por su dominante energía primitiva, le lanzó una copa que, por fortuna, chocó contra el hombro derecho del hijo del marqués.

Y entonces, por orgullo y porque sabía que no lo dejarían irse sin terminar el ridículo espectáculo, Frederick no tuvo opción y, de forma inesperada, volvió a girarse, pero en dirección al baronet, para estamparle ni más ni menos que el puño izquierdo en la punta de la nariz.

Los gritos desaforados por más acción no se hicieron esperar, e incluso los más oportunistas iniciaron jugosas apuestas por saber quién sería el vencedor.

El baronet, iracundo como perro rabioso, se limpió la sangre de la nariz con el brazo y, cerrando las manos en puños, se lanzó hacia Frederick.

—¡Maldita sanguijuela! —exclamó Brewick con un puño que iba directo al rostro del hijo del marqués.

Stewart, agradecido porque su contrincante fuera lento, suspiró, confiado. No obstante, en el preciso momento en que se haría a un lado para ver caer al robusto baronet, una gruesa voz lo paralizó.

—¿Frederick?

Los ojos de Stewart se abrieron como platos y, sin escapatoria, la distracción le costó el enorme puño de Brewick sobre la mejilla izquierda.

Al caer Frederick, las exclamaciones fueron instantáneas, pero el silencio reinó en el salón cuando el dueño de la profunda voz se aproximó, con paso seguro, hacia el derrotado.

—No quise creer que fuera cierto, pero aquí estás, y mi vergüenza no puede ser mayor.

Dolido pero aún más asombrado, Frederick tragó saliva y, como pudo, se incorporó, aunque tomando distancia del recién llegado.

—¿Qué haces aquí..., padre?

Con el mentón elevado, el marqués de Hammerwick avanzó otro paso hacia su hijo menor y, clavando la fría mirada azul en la de Frederick, replicó:

—Tenemos que hablar.

Capítulo 4

—Lord Abington, el hijo de lord Portley, tú... —Negó con la cabeza—. Veo que Curzon Street se ha convertido en la zona predilecta de libertinos irresponsables —comentó el marqués, sagaz, al ingresar en la residencia de su hijo menor.

Esforzándose por no replicar, Frederick instó a su padre para que entrara en su estudio. Por más que lord Hammerwick apenas supiera sobre él, el menor de los Stewart conocía a su padre a la perfección, y contestarle como hubiera merecido habría implicado comenzar una guerra antes de tiempo.

—Estoy seguro de que no has venido tras de mí para señalarme un detalle tan insignificante. —Le ofreció una copa de brandy, pero Hammerwick la rechazó.

—Jamás perdería mi tiempo en ver cómo un hijo se desperdicia en casas de juego y en lugares de mala muerte como en el que te encontré, a menos que sea por una buena causa.

Fueron solo unos segundos, pero ambos se fulminaron con las miradas. Luego se sentaron, uno a cada lado del robusto escritorio que los separaba.

—No podría esperar menos de ti, padre. Tengo más que claro que solo soy una mera extensión de la familia. —Dio un largo sorbo

a su copa—. Imagino que el motivo debe ser apremiante para haberme tenido que buscar con tanta prisa y tú mismo, en persona.

Lord Hammerwick entrecerró la mirada azul y la fijó en su hijo menor. Era cierto, no podía negarlo, pues la verdad era que Frederick nunca había sido una prioridad para él. No obstante, no estaba allí para escuchar reclamos.

—Pues me alegra que quede claro que si estoy aquí es porque no tengo otra opción.

Frederick frunció el ceño.

—Sabes que odio el suspenso, padre. ¿Qué es lo que necesitas de mí?

Lord Hammerwick inspiró profundo y, tras colocar las manos detrás de la espalda, se puso en pie y caminó hasta la ventana que daba al paisaje citadino.

—Es una posición muy optimista de tu parte, Frederick —comentó sin dejar de mirar a través del cristal.

—¿Optimista? —inquirió el menor de los Stewart al tiempo que observaba el perfil de su padre. Bebió un sorbo de alcohol y continuó—: No entiendo. Si no has venido porque me necesitas, entonces ¿qué haces aquí?

El marqués sonrió de lado y, tras pestañear muy lento, se giró para quedar de frente a su hijo.

—He venido para advertirte.

Se hizo un breve silencio.

Frederick parpadeó varias veces sin comprender, pero la expresión de Hammerwick se mantuvo tan fría como la del principio.

—¿Advertirme? ¿De qué? —cuestionó con tono hostil.

El marqués avanzó un paso en dirección a Frederick.

—Sé que amas el tipo de vida que llevas y que no has hecho nada para ganártelo. —Rio para sus adentros—. Incluso, soy muy

consciente de que si no fuera por mi extrema bondad, no serías más que un tipejo que viviría en la parte más sucia del East End.

Frederick sintió como si una estaca de hielo le hubiera atravesado el pecho. Tenía en claro que nunca había sido importante para el marqués. Sin embargo, jamás había sospechado que lo que sintiera por él fuera semejante desprecio.

—Jamás te he reclamado nada. Tampoco te he involucrado en ningún tipo de problema y, aun así, vienes hasta aquí, irrumpes en mi vida y te atreves a insultarme. —Rabioso, Frederick se puso en pie—. No me importa que seas mi padre ni que el título de marqués de Hammerwick te proteja. No permitiré que me faltes el respeto.

Richard lo miró fijo a los ojos y, de forma inesperada, se carcajeó en sus propias narices.

—Así que no solo eres un libertino, sino también un impertinente que no se da cuenta de su propia insignificancia. —Volvió a reír.

—¡Eres un maldito desca...! —Elevó la voz Frederick al tiempo que golpeó el escritorio con un puño, pero no continuó, pues Hammerwick lo interrumpió.

—No te atrevas a desafiarme, Frederick. Y mucho menos ahora. —Lo miró penetrante. El hijo del marqués se contuvo de forma milagrosa—. O, al menos, si quieres conservar tu nivel de despilfarro.

El más joven de los Stewart arrugó la frente ante la amenaza.

—¿Qué? ¿Por qué me dices esto? —Parpadeó, pensativo—. ¿Y a esta altura de la vida?

Richard inspiró profundo al tiempo que alzó el mentón.

—Si no te casas para el final de esta temporada, te desheredaré. Te dejaré sin un solo penique y me encargaré de que nunca en la vida logres nada por tus propios medios.

Un escalofrío recorrió la espalda de Frederick.

—Pero... ¡¿por qué?! ¡¿Qué demonios te ha picado para que actúes de este modo?! ¡¿Qué rayos es lo que...?!

—Edward está enfermo —interrumpió, seco.

Y entonces el silencio fue absoluto por varios segundos.

Frederick moría por saber qué era lo que había ocurrido con su hermano mayor, pero sabía que preguntarle al marqués era en vano. Y Hammerwick no tenía intenciones de explicar lo obvio. Tomó un papel del interior de su chaqueta, se acercó y lo dejó de mala gana sobre el escritorio. Luego, simplemente se dirigió a la salida y sentenció:

—Cásate. Es ahora tu única obligación..., a menos que desees perderlo todo. Oh, y ni se te ocurra aparecer por Amber Hall. No quiero que Edward te vea jamás. Muchísimo menos en sus últimos días.

La puerta se cerró de un golpe y, aunque Frederick se mantuvo en silencio, los latidos desenfrenados de su corazón retumbaron incesantes en el estudio.

Trató de calmarse, pero al mirar lo que lord Hammerwick le había dejado, unas gotas de sudor le brotaron de las sienes.

—Maldición... —susurró.

Era una invitación al baile de lady Browne, el peor castigo para un libertino como él.

***

Habían transcurrido unos días, pero para Marianne duró lo que un parpadeo.

Y allí estaba otra vez, sentada ante su tocador y frente al espejo que conocía de manera perfecta. Otra vez allí, para verse por enésima oportunidad el rostro que suplicaría a su doncella que no lo

maquillara como su madre solía indicarle. Un esfuerzo que sería en vano, pues nadie en su sano juicio podía pasar desapercibido en el baile de lady Browne, y mucho menos luego del acuerdo que habían sellado la vizcondesa y su madre, lady Powell.

Harta, Marianne se observó por unos segundos y, tras hundirse en el triste reflejo, suspiró.

Habían pasado más de diez años de su debut. Una década del primer baile al que asistió sin ningún tipo de esperanza, pero del que jamás se olvidaría. Una danza tras otra solo para complacer a su familia. Una presentación seguida de casi una docena más solo para intentar cumplir un objetivo que le era completamente ajeno. Una tortura inolvidable, aunque, según lady Powell, elegante y apropiada para una dama como ella.

Aproximó el rostro al espejo y, al notar una fina línea de expresión cerca de la boca, exhaló, vencida.

«Egoísta», recordó la voz de su madre.

Los años habían pasado y, a pesar de que comprendía la desesperación de la baronesa, lo cierto era que ella no entendía por qué la juzgaban con tanta injusticia. ¿Egoísta? ¿Por qué? Si los que le habían robado los años de posible felicidad habían sido ellos al obligarla a asistir a eventos con el único fin de que consiguiera un esposo. Le habían quitado el tiempo, o, peor aún, ella les había permitido que se lo arrebataran.

Se miró los labios llenos, se los acarició y luego subió por el puente de su pequeña y angelical nariz para llegar a los ojos. Esos ojos oscuros como la noche, pero sin estrellas, sin un atisbo de brillo que indicara vida.

De pronto, una densa capa de lágrimas los cubrió, y aunque se esforzó para que no cayera una sola, rebelde, una gota le rodó por la mejilla.

A partir de esa noche, comenzaba el fin de su vida. Quizá su madre no hubiera logrado casarla, pero lady Browne... Ella era la casamentera más famosa, por excelencia. Además, como si aquello fuera poco, las otras dos mujeres con las que la vizcondesa había formado El club del té eran la solución perfecta para la desgracia de las solteronas, aunque el peor de los infortunios para ella.

Y entonces su alma rebelde se enardeció.

«No», pensó al tiempo que, veloz, se secó la lágrima.

No permitiría que jugaran con su destino. No otra vez. Ya era hora de que tomara las riendas de su existencia, aunque no tuviera un plan. Aunque debiera tramarlo sola y a último momento.

Se miró el vestido rosa pálido y de mullidos hombros, luego se detuvo en el collar de perlas y, tras entrecerrar los ojos, la primera idea le llegó a la mente.

«Joyas. América».

Y así, tras sonreír como si en un suspiro hubiera resuelto el destino de su vida, se hizo con algunas alhajas de valor que tenía a su alcance y las guardó en un pequeño *reticule*[3] que amarraría a su *stays*[4] y ocultaría en el hombro de su vestido de noche.

No había más tiempo.

Esa, sin dudas, sería su última noche en Londres.

Capítulo 5

—Dinos que ya tienes un posible candidato para esa rebelde jovencita, Christine, o moriré esta misma noche —soltó lady Chatterton al tiempo que se abanicó con fuerza, como si el aire hubiera desaparecido.

Vestida en los tonos que identificaban a su famosa Sala Limón, lady Browne dejó de dar indicaciones a su personal —que arreglaban los últimos detalles— y observó a la condesa viuda de arriba abajo.

—No te quedaría mal morir ahora mismo. Además, vas con tu clásico azul aburrido... Al parecer, un color que hace tiempo se te ha hecho propio. Como sea, sin duda nadie olvidaría semejante evento y te recordarían por el color, como ya lo hacen conmigo.

Elizabeth frunció el ceño dispuesta a replicar, pero lady Ridley intervino a tiempo.

—Vamos, Christine. Sabemos lo mucho que te agrada sorprender, pero recuerda que ahora somos un club; debemos compartir la información. Además, aunque confiamos plenamente en tus habilidades, comparto la preocupación de Elizabeth. Esa jovencita no es de fiar. A diferencia de la mayoría, ella no se quiere casar. —Suspiró, preocupada—. Podría tramar algún escándalo o intentar alguna estupidez que pondría en grave situación a los

Powell, en especial a sus hermanas que sí desean desposarse.

—Eso sin mencionar que también afectaría a la reputación del club, lo que equivale a un golpe fatal a nuestras reputaciones personales —agregó lady Chatterton con el mentón en alto y la vista fija en Christine.

Ante el último comentario, la vizcondesa Browne alzó una ceja, con desprecio.

—Pues lo hubieras pensado tres veces antes de unirte al club, *querida Chatterton*. Quiero creer que si aceptaste formar parte no fue precisamente para ganar puntos en reputación, sino más bien para darle un poco de alegría a tu aburrida vida de viuda, ¿o me equivoco?

El abanico se detuvo de inmediato y la frente de Elizabeth se frunció tanto que el rostro se le desfiguró. Aunque, claro, una vez más Margaret no dejaría que se perdiera el foco de la conversación.

—Christine, por favor... —suplicó lady Ridley en un suspiro—. Ambas estamos preocupadas, y bien sabes que tenemos razón.

Lady Browne miró a las dos mujeres. Era cierto: el asunto de la indomable señorita Powell las había intranquilizado más de lo habitual, y no podía culparlas. Christine había tenido todo tipo de muchachas bajo su ala, pero esta, en especial, tenía un espíritu demasiado impulsivo; nadie, hasta entonces, se había atrevido —aunque hubiera sido en un murmullo— a replicarle de manera tan insultante como lo había hecho aquella tarde en Browne House.

Aun así, al recordarlo, Christine sonrió de lado. Cualquiera en su lugar la habría echado a patadas y vetado de la sociedad hasta el siglo siguiente. Pero, por algún motivo, la impulsividad de Marianne Powell la había llevado a su propia juventud, muchos años atrás, cuando los hombres solo habían sido sinónimos de decepción y esclavitud.

—No voy a negar que su caso es de extrema preocupación —admitió Christine, y lady Chatterton cerró los ojos en un acto de abatimiento—. Pero justamente tenemos esta noche para determinar cómo es su naturaleza.

—Christine, ¡ya no es necesario comprobarlo! ¿O acaso tienes alguna duda de lo peligrosa que es esa joven? —replicó Elizabeth, y bufó abanicándose más rápido que antes.

Margaret frunció el ceño sin saber qué decir, pero lady Browne se enderezó.

—Siempre creo que lo mejor es pensar en lo peor. No se atreverá a dar un escándalo en público. Podrá ser impulsiva y muy diferente a sus hermanas, pero no sería capaz de arruinarlas de forma tan pública. Dicho esto, solo queda una alternativa para alguien como ella.

Los ojos de lady Ridley se abrieron como platos de postre.

—Dios mío, Christine... ¿De verdad crees que es capaz de huir... en secreto?

Lady Browne curvó los labios de forma completa pero tranquila.

—Si así fuera, no tienen por qué preocuparse. El parque de Browne House suele ser... —se hizo la pensativa— más peligroso que los clubes de caballeros. En el buen sentido, por supuesto. —Y rio para sus adentros.

—¡Christine! —exclamó la condesa viuda—. Si bien queremos casarla, no creo que lo más prudente sea hacerlo con cualquiera que ronde tu casa, ¿no crees?

La vizcondesa entrecerró los ojos y avanzó un paso hacia Elizabeth.

—En Browne House no entra cualquier mequetrefe, *querida Chatterton*. —Y tras mirarla de arriba abajo, lo que incomodó a la condesa viuda, se giró para marchar en dirección a unos adornos

florales que no combinaban del todo con el amarillo limón de su sala.

Elizabeth, junto con Margaret, la observó alejarse, aunque no pudo evitar comentar en voz baja a lady Ridley:

—Eso dice ella, pero se ha olvidado de su gran y único error: el artista con el que se ha enredado la menor de las Powell. Después de todo, se conocieron aquí, ¿no es cierto?

Sin ánimos de responder, Margaret suspiró al tiempo que negó con la cabeza, mas ambas dejaron de respirar cuando la voz de Christine resonó, desde la distancia, en el salón.

—¡Te escuché, Elizabeth! ¡Te escuché! —vociferó aún de espaldas.

Y aunque la fanática del limón no regresó a defenderse, tanto el rostro de Margaret como el de Elizabeth se tiñeron de un rojo vergüenza.

***

La noche había llegado y el baile organizado por la vizcondesa sería la fuente de chismes por el resto de la semana.

Cada invitado que entraba en Browne House abría los ojos como huevos de avestruz. Toda Londres conocía la fascinación de Christine por el color amarillo, pero cada vez que organizaba una velada sabía quitar el aliento de una forma diferente.

En esta oportunidad, aunque sin desviarse de los tonos limones, había redecorado con un estilo Adam que destellaba en vivos del color del oro. Y lo que más había impactado era que la vizcondesa se había animado a salpicar el salón con unas intensas y robustas rosas rojas. El contraste era exquisito; y la sorpresa, mayúscula.

—Veo que mi sugerencia ha sido escuchada —comentó

Elizabeth, quien destacaba por su clásico azul noche. Y se abanicó tratando de ocultar la expresión de satisfacción.

Lady Browne, que apenas se había tomado un descanso de recibir como anfitriona, entrecerró la vista y la clavó en la condesa viuda. Y, claro, lady Ridley puso los ojos en blanco exhalando un largo suspiro.

—Si te refieres a las rosas, no he dado la orden de colocarlas por tu tonto consejo, Elizabeth. —Miró una de las flores y, nostálgica, sonrió sutil. Pero la expresión no duró mucho, pues enseguida regresó la vista a lady Chatterton—. Son las favoritas de mi amiga Sienna... Y estoy segura de que habría amado verlas, en especial, para una ocasión como esta. —Observó a Elizabeth de arriba abajo y negó con la cabeza—. En cambio, es evidente que tú no escuchas ningún consejo. ¿Cuándo cambiarás ese horrible color? Cada vez que lo usas, parece que enviudarás de nuevo.

Lady Chatterton abrió los ojos y la boca como un pez, y habría replicado de manera filosa, por supuesto, pero la situación, por fortuna, lo evitó.

—¡Oh! ¡Allí están! —dijo Margaret, señalando en dirección a la entrada—. Y un poco más tarde, tal como lo exigiste, Christine.

El trío de casamenteras enfocó las miradas en las recién llegadas y no pudieron más que sonreír complacidas. Lady Powell entraba junto con sus tres hijas, vestidas a un nivel de perfección que, sin duda alguna, daría de qué hablar.

A diferencia de los años anteriores, habían abandonado los toques estrafalarios. Para entonces, lady Powell lucía un sobrio vestido azul oscuro, y las tres jóvenes la seguían en una gama de tonos pasteles que destacaban, de forma armoniosa, las pieles de cada una.

—Es claro que Lydia ha seguido tu desabrida sugerencia, querida

Elizabeth... —murmuró Christine mientras las Powell se acercaban.

La condesa viuda suspiró.

—Y luce sofisticada, ideal para una mujer que *ha dado tanto de qué hablar* —resaltó fulminándola con la mirada.

Ambas se observaron con desafío.

—Chisss... —Las silenció lady Ridley, orgullosa y sin dejar de admirar a las tres muchachas—. Aquí las verdaderas protagonistas son las tres hermanas. Esos vestidos resaltan lo que nadie aún ha visto de ellas: su lado angelical. En especial a Marianne... Parece otra joven, ¿no creen? —comentó Margaret, embelesada. No había dudas: que ella se hubiera encargado de la estética de las tres jovencitas había sido un gran acierto.

—Sí, al menos es lo que parece... —replicó Elizabeth, insegura—. Solo espero que el cambio también lo lleve por dentro. —Entrecerró los ojos y, abanicándose muy rápido, miró a Marianne con sospecha —. Algo me dice que nos traerá más problemas de los que imaginamos.

Ni Christine ni Margaret contestaron, aunque la expresión de incertidumbre de lady Ridley fue muy distinta a la sonrisa astuta de la anfitriona.

—Lady Browne. Lady Chatterton. Lady Ridley... —Lydia y sus tres hijas se inclinaron en una medida y gentil venia—. Gracias por esta gran oportunidad —dijo la madre de las tres jóvenes más controversiales de Londres.

—No agradezca antes de tiempo, lady Powell. Hágalo cuando su querida hija mayor ya esté casada, sana y salva de sí misma —soltó Christine, mordaz, y echó un fugaz pero intenso vistazo a la más grande de las hermanas Powell.

Rabiosa, Marianne entrecerró los ojos, pero no tardó en regresar a su falsa expresión de dulzura cuando lady Chatterton la observó

con sospecha.

De inmediato, Lydia codeó a su hija mayor, que respondería tal como su madre le había exigido varias veces antes de llegar a Browne House.

«Todo sea por una nueva vida en América», pensó al recordar que ese sería su último baile si lograba engañar al trío de El club del té y al resto de los invitados.

—Será una velada encantadora. Muchas gracias, lady Browne. —Mansa y con una elegancia impensada en ella, se inclinó ante las integrantes del club.

Las tres mujeres se miraron entre sí y, aunque lady Ridley tenía una sonrisa de extrema complacencia, lady Chatterton apenas curvó los labios, desconfiada, mientras que Christine elevó el mentón con una sonrisa claramente enigmática.

—Entonces será un placer acompañarla durante toda la noche —intervino, veloz, la condesa viuda—. Me aseguraré de que los mejores partidos bailen con usted, señorita Powell.

Lady Browne frunció el ceño ante la posesiva idea, pero tampoco desautorizaría a Elizabeth. Después de todo, el futuro de Marianne dependía de captar la atención de algún caballero de buena estirpe y fortuna.

La mayor de las Powell sonrió de mala gana, pero lo bastante creíble como para que nadie sospechara de su verdadera meta.

—Por supuesto, lady Chatterton. Será un honor. —Y se aproximó para seguirla sin oposición.

Capítulo 6

En cuanto lord Hammerwick se le apareció sin previo aviso, Frederick supo de inmediato que algún asunto con Edward no estaba bien.

De haber sido problemas de dinero —infortunio por el que nunca atravesaron, su padre era muy bueno con las finanzas y la administración— desde luego que su hermano mayor habría sido capaz de resolverlo. Y, sin tener muchos más motivos en los que pensar para que el marqués lo hubiera buscado tan desesperadamente, no tardó en reconocer, en contra de su más profundo deseo, que Edward estaba en problemas.

No obstante, cuando sin ninguna explicación, Richard Stewart le soltó que Edward estaba enfermo, Frederick la sintió como la peor noticia de la vida.

Edward Stewart, conde de Wellfort, no era solo el hijo mayor que todo noble deseaba, sino que además se trataba de un hombre fuerte, de voluntad férrea y salud, hasta entonces, impecable. Quizá su único defecto —a los ojos del marqués— había sido su despreocupación por contraer matrimonio. Pero no podían culparlo: Edward era una persona tan enfocada en sus deberes que había restado importancia a la obligación de asegurar descendencia, pues

era joven, vigoroso y aún estaba muy a tiempo de elegir una futura esposa. O, al menos, eso fue lo que el primogénito de Hammerwick creyó hasta que una terrible enfermedad en los pulmones lo atacó de improviso, tal como lo hace una tarde fría y lluviosa en pleno verano.

Como fuera, lo único que sabía el hijo menor del marqués era que su hermano mayor estaba gravemente enfermo y que, por esa única razón, su padre había ido a encontrarse con él tras años sin verse.

El primer pensamiento de Frederick fue el de marchar directo hacia Amber Hall para ver a Edward, mas descartó la idea en cuanto recordó que Hammerwick haría hasta lo imposible porque no volviera a entrar a la residencia de campo de la familia. Era consciente de que su visita jamás sería bienvenida mientras Richard viviera, pero Frederick lo aceptaba con responsabilidad. Luego de la escandalosa fiesta que había organizado allí, años atrás, junto con el evitado conde de Lockheart, entendió que tenía bien merecida la «expulsión» de la familia. Y si bien no había llegado a ser realmente un problema, fue razón suficiente para el marqués, quien consideró que Frederick no solo era una mala influencia para Edward, sino que además atentaba con arruinar la intachable reputación familiar.

Así fue que la idea de una misiva urgente secundó como idea, pero no tardó en hacerla a un lado. Después de todo, ¿qué empleado de Hammerwick permitiría que una carta suya llegara a las manos de su moribundo hermano, poniendo en riesgo su trabajo y pellejo? Hasta entonces, la única opción viable era enviar a uno de sus mejores empleados —Henry— a Amber Hall, para que, a como diera lugar, buscara la forma más inteligente de acceder a la casa sin ser descubiertos. Solo con esa información, él podría ir sin poner a nadie en riesgo.

Y por supuesto le habría encantado tener una mejor idea, pero el maldito del marqués tampoco le había dado tiempo. La invitación de lady Browne lo había acorralado al punto de que allí estaba: dentro de la casa más esquivada por los libertinos. Claro era que podría haberse ausentado, pero ¿qué hombre en su sano juicio se habría animado a semejante acto? Quizá un suicida o un estoico, pero no él. Conocía a Richard y, de no cumplir con sus exigencias, sabía que este no esperaría a una segunda velada para desheredarlo antes de tiempo.

«Casarse...», murmuró. Bebió de un solo trago la copa y la dejó en la bandeja de un sirviente que acababa de pasar.

Echó un vistazo rápido al salón y chasqueó la lengua al notar que su presencia había comenzado a despertar al serpentario.

¿Qué haría? ¡Hacía tanto tiempo que no asistía a un baile! Bueno, a un baile de los que se consideraban dentro de los límites del buen gusto y la prudencia. De los otros, estaba hastiado.

Observó a las mamás y las debutantes murmurar, escondidas detrás de finos abanicos, y el corazón comenzó a latirle sin cesar. No estaba preparado. Y se sentía tan fuera de lugar que, al entrar a Browne House, lo hizo camuflado con otras familias. Lo último que habría deseado era haber tenido que «agradecer» la invitación a la vizcondesa anfitriona. Habría sido incapaz.

Como fuera, entendió que lo mejor que podía hacer era caminar distraídamente y sin cesar. Y, por supuesto, tomando cuanta copa tuviera a su alcance; necesitaba digerir la angustia.

Sin embargo, tras soportar ver cómo las parejas bailaban, lord Frederick frunció el ceño. No supo por qué su mente se había detenido en esa situación en particular, pero lo cierto era que, como poco, le había resultado gracioso. Ver a aquella jovencita esforzarse de manera desmedida por sostener la sonrisa lo había entretenido

bastante. Y, aunque no tenía por qué importarle, la verdad era que sentía profunda compasión por ella. De hecho, la compadecía. De solo verla, sentía en su propia piel la tortura a la que era expuesta, pues, cuando no sonaba la música, una rígida señora vestida de azul no paraba de presentarle a cuanto caballero aparecía a su alrededor. Y eso no era todo: la comprometía a bailar de inmediato y sin respiro.

«Sí que hay peores destinos que el de un libertino amenazado», pensó, y rio para sus adentros.

Bebió lo que le quedaba de alcohol y, por unos segundos, meditó qué sería de esa jovencita después de tanta exposición, pero se sorprendió cuando, de pronto, tras una estrafalaria intervención de lady Browne, la muñeca vestida de rosa pálido se escabulló entre las sombras para, de forma astuta, huir del salón hacia una de las terrazas.

Tomó otra copa llena y, divertido, sonrió de lado.

***

—Es un placer conocerlo, lord... —Marianne pestañeó veloz, tratando de recordar el título del hombre que, hacía solo tres segundos, lady Chatterton le había presentado. Creyó que fallaría, pero cuando vio el temible rostro de la condesa viuda, tosió con disimulo y la magia fue automática—. Lord Gyort. —Y se inclinó en una cuidada venia.

Aliviada, Elizabeth suspiró y se abanicó para calmar los nervios. Entendía que fuera abrumador para una joven que lejos había estado de conocer tantos buenos partidos en una sola noche, pero no entraba en su estricta cabeza que Marianne no fuera capaz de poner por encima de sus caprichos personales el bien de la familia

Powell.

El barón —con los suficientes años como para concluir que aquella chiquilla no era más que una del montón— sonrió de mala gana. El gesto no pasó desapercibido para Marianne que, de inmediato, frunció la boca. No obstante, cuando lord Gyort comenzó a inspeccionarla como si de un caballo se hubiera tratado, la ira estalló dentro de su cuerpo. Sintió que la fiebre de la rabia la consumiría en breve y la respiración se le agitó al punto de que era prácticamente una obviedad que, en menos de un minuto, la mayor de las hermanas Powell explotaría y pasaría a ser el chisme principal los próximos días, aunque para el infortunio de la familia.

—¡¿Quién demon...?! —estalló Marianne con las manos en puños y a los lados del cuerpo.

Horrorizada y sin saber qué hacer, lady Chatterton abrió los ojos como huevos de avestruz.

Sin embargo, y para la fortuna del todo el salón, la oportuna lady Browne llegó justo cuando el barón había elevado la vista para «prestar» atención a lo que Marianne había comenzado a decir.

—¡Lord Gyort! —exclamó Christine con un tono más agudo de lo habitual, lo que captó, de inmediato, la atención del insípido barón.

—Oh, lady Browne... Ha llegado usted en un muy mal momento —se atrevió, seco.

Ante la insolencia del viejo barón, la vizcondesa no pudo evitar entrecerrar los ojos y concluir que la próxima vez, antes de enviar las invitaciones, controlaría los invitados sugeridos por la condesa viuda. Echó un fugaz e intenso vistazo a Elizabeth, previo a continuar:

—Me imagino... Estaba usted conociendo a una de las jovencitas más prometedoras de la temporada: la querida señorita Powell.

El barón elevó una ceja con la mirada cansada... Otro gesto que,

por supuesto, provocó que la respiración de Marianne se agitara de la ira.

—Sí, algo así... De hecho, había pensado en invitarla a bailar, pero... —Observó a la mayor de las Powell y, desconsiderado, negó con la cabeza—. Creo que lo pensaré un poco mejor.

Los ojos de Marianne se inyectaron de ira y, cuando despegó los labios para soltar lo que seguramente sería un terrible e inesperado insulto, lady Chatterton se escondió detrás de un frenético movimiento de abanico.

El escándalo se habría asegurado... de no haber sido por la astuta y aturdidora carcajada de Christine. Fue tan estridente y exagerada que no solo obligó al salón completo a mirarla, sino, y en especial, hasta detuvo a la impulsiva de Marianne.

—¡Oh, lord Gyort! ¡Es usted tan gracioso! ¡Y hasta me atrevo a decir que un excelente estratega a la hora de flirtear! —El barón la miró medio confundido, pero la vizcondesa no le dio tiempo a réplica, pues, de inmediato, Christine se dirigió a Marianne—. Querida mía, siento mucho haber interrumpido tu conversación con lord Gyort, pero ya no me es posible seguir evitando al *duque* —resaltó adrede, lo que llamó la atención del mequetrefe barón—. Ya sabes que hace un buen rato que quiere verte... —Sonrió de forma marcada y, con la mirada bien abierta, le indicó que se fuera.

La joven Powell curvó los labios con alivio en cuanto lady Browne le indicó que se marchara lo más pronto posible, y esta vez la agitación de su respiración fue de liberación. No perdió tiempo: se inclinó de forma vaga hacia el lord y, sin siquiera una palabra de por medio, se retiró casi corriendo.

El barón quedó desconcertado.

—¿Un duque detrás de esa niña? —inquirió pestañeando más de la cuenta.

Comprendiendo la jugada de salvación de Christine, Elizabeth no tardó en actuar.

—Oh, sí, sí, lord Gyort. La señorita Powell ha despertado el interés de grandes lores. —Claro que antes de que el barón preguntara, se adelantó—. Pero entenderá que no puedo mencionar los nombres. Sería una completa descortesía de mi parte. —Y aprovechando la sorpresa de lord Gyort, que no dejaba de asentir con asombro, Elizabeth lo invitó a que la acompañara hacia una de las mesas para beber una limonada.

Lady Browne se despidió de ambos, respiró profundo y se giró para regresar la vista a la mayor de las hermanas Powell, aunque, tal y como lo sospechó desde un principio, esta había desaparecido del salón.

Miró una de las puertaventanas y suspiró.

«Que la suerte te acompañe, querida Marianne».

Sonrió de lado y negó con la cabeza, aunque de forma casi imperceptible.

Capítulo 7

«¡Maldita lady Chatterton!», se dijo mentalmente Marianne en cuanto salió por la puertaventana.

Observó a su alrededor y, solo cuando notó que estaba sola, caminó hasta la balaustrada de piedra. Miró el cielo: la luna estaba llena. Cerró los ojos y, tras años de no sentir un poco de paz, soltó la tensión de su cuerpo en un largo y sonoro suspiro.

Volvió a enfocar la vista en el cielo oscuro y despejado, y sonrió.

Era la noche perfecta. Ya nada ni nadie se entrometería en su vida. Ya nada ni nadie se interpondría en su camino. Se acabaría la pesadilla de pertenecer a otros. Al fin sería libre.

Pero no debía perder tiempo. No sabía cuánto tardarían las tres brujas de El club del té en dar con ella. Lo más probable era que la enviaran a buscar y, aunque a la condesa viuda y a lady Ridley les llevara más tiempo darse cuenta de su ausencia, era consciente de que Christine Browne la conocía muy bien. Más temprano que tarde, varios lacayos de la vizcondesa estarían buscándola por el inmenso parque.

Tranquila pero ágil, se acarició el hombro donde tenía escondido el *reticule* con las joyas y descendió las escaleras de la terraza en dirección a la famosa arboleda de Browne House. De pronto, un

sonido proveniente de la puertaventana la alarmó, por lo que no tardó en aproximarse a la estructura de la enorme casa para marchar lo más rápido posible, aunque procurando no hacer ruido.

Estaba en penumbras, pero, por fortuna, las luces que llegaban de la fiesta junto con la de la luna hicieron posible que avanzara sin tropezarse. Al principio caminó despacio, mas cuando giró el rostro hacia la casa, la ansiedad la dominó y el corazón se le agitó. Se había alejado bastante, pero el temor por ser descubierta la poseyó, por lo que pasó de avanzar rápido a trotar y luego a correr con desesperación hacia los enormes árboles.

La mezcla de sensaciones fue indescriptible. El aire le acariciaba el rostro y la velocidad le había deshecho parte del intrincado peinado, al punto de que varios mechones rebeldes se le habían soltado. La respiración agitada y el bombeo acelerado del corazón provocaron que sonriera, a pesar del cansancio. Y cuando al fin llegó a uno de los más robustos y escondidos árboles del parque de lady Browne, apoyó la espalda contra el tronco para aliviar el ardor que sentía en todo el cuerpo, pero en especial en la garganta.

Exhausta, y descansando sobre el firme árbol, elevó el rostro hacia el cielo, cerró los ojos y suspiró, aliviada.

—¡Hasta nunca, maldita Londres! —Estalló en una risa tan liberadora como impulsiva. Exhaló y al instante se irguió, lista para escabullirse hasta salir del parque, pero entonces el sonido de una masculina voz la paralizó.

Empezó como una risa vaga y lejana, pero el volumen fue aumentando a medida que el desconocido se acercaba al tiempo que salía de entre las sombras.

Temblando, Marianne retrocedió apenas, aunque de muy poco le serviría.

Y entonces, justo cuando los pasos, crujientes por la hojarasca,

se detuvieron, los ojos de la joven se abrieron con terror.

—Así que, después de todo, huirás... —habló el joven hombre que, con media sonrisa, la miraba a solo unos metros de distancia.

Perpleja, aunque extrañamente cautivada, Marianne lo observó.

Era alto y de contextura fuerte. El chaqué, a diferencia del negro que la etiqueta indicaba para ese tipo de eventos, era azul, se le ceñía al torso de hierro y hacía perfecto juego con el chaleco celeste y la camisa de impoluto blanco. Bajó la vista y descubrió que llevaba unas lustrosas botas negras de montar, un descaro estético para un baile de la importancia que se solía dar a los organizados por lady Browne.

Preocupada por el avance de él, Marianne elevó la mirada de inmediato y se detuvo en el rostro. De mandíbula cuadrada y nariz recta, una media sonrisa le marcaba el hoyuelo de la comisura, y el espeso cabello oscuro —ligeramente más largo de lo que dictaba la moda— provocaba que el misterioso par de ojos resaltara en medio de la noche. Era una mirada penetrante y profunda, del color del zafiro, y destilaba un brillo de picardía que la amenazaba por cada segundo que transcurría.

—¿Quién... quién demonios eres tú? —inquirió con la voz entrecortada. El miedo la dominaba.

Él curvó los labios de forma completa y se aproximó dos pasos más.

Marianne retrocedió lo que pudo, pero de inmediato su cuerpo quedó de nuevo apoyado contra el tronco del roble, lo que causó que el pulso se le acelerara.

—¿Importa quién soy? ¿No es que te irás de Londres? —soltó él.

Marianne tragó saliva.

—Ese no es asunto tuyo —replicó, tajante, y con el ceño fruncido.

La expresión de ella causó que él riera por lo bajo.

—Pues para ser tan salvaje y dura, te ves bastante angelical. —Avanzó hasta quedar a un solo paso y clavó la vista en la castaña de ella—. Déjame decirte que si tu plan era escapar atravesando toda esta arboleda, estarás en serios problemas.

El corazón casi se le detuvo cuando, de forma inconsciente, observó por unos segundos la boca de él. Era en extremo tentadora. Aun así, tragó saliva y regresó a la mirada azul, que seguía atenta a cada uno de sus gestos.

Claro era que no tenía mucho con qué defenderse, pero tampoco se delataría. Estaba sola y frente a un hombre. Sería difícil, pero no imposible.

—Si el problema eres tú, no tardaré en salir. Así que, si no quieres que tu bonito atuendo se ensucie, será mejor que te hagas a un lado —lo amenazó ella.

Marianne intentó erguirse para escapar lo más rápido posible, pero él, tras estallar en una sonora carcajada, la aprisionó contra el árbol al apoyar las manos sobre el tronco.

El corazón de Marianne dio un vuelco ante el movimiento de él y, aunque el miedo le provocó un temblequeo, el aroma y el calor del caballero le resultaron hechizantes.

Como fuera, estaba rodeada por un enorme y fuerte hombre que no conocía, y aunque su más ferviente deseo era huir de Londres, en ese momento tan incierto no supo si era una magnífica idea que los lacayos de lady Browne salieran a buscarla.

—¿Tú? ¿Herirme a mí? —Volvió a reír, pero en cuanto notó la mirada de miedo de Marianne, retrocedió y quitó las manos del tronco para erguirse y continuar de brazos cruzados—: No sé qué es lo que estarás pensando, pero mi comentario sobre tu huida solo fue para ayudarte.

Marianne frunció el entrecejo.

—¿Ayudarme? Ni siquiera te conozco. ¿Por qué demonios lo harías?

—Es una buena pregunta... —respondió él con la vista entrecerrada. De pronto, se detuvo en toda ella y sonrió, aunque con amargura—. La verdad es que no tengo una razón para auxiliarte, pero calculo que verte en el salón, asediada por docenas de caballeros, me conmovió lo suficiente. —Le miró los labios llenos, sedientos de libertad, y tuvo que esforzarse para no acercarse a probarlos—. No te creí capaz de huir, pero cuando noté que te habías escabullido hasta la terraza, la curiosidad me llevó a seguirte.

Pensando lo peor, Marianne tragó saliva.

—¿Qué es lo que buscas? —Se retorció como si hubiera querido retroceder, pero debido al árbol no hizo más que presionar el cuerpo contra el tronco. Y entonces, gracias al movimiento, las joyas ocultas en el *reticule* provocaron un sonido que enseguida captó la atención del caballero.

Él alzó una ceja y rio moviendo la cabeza hacia un lado y el otro.

—Niña tonta... —se atrevió a decir entre risas y, sorprendiéndola sobremanera, le apretujó el hombro, lo que aumentó el sonido de las joyas.

—¡Suéltame! —vociferó Marianne de inmediato.

Al instante, él quitó la mano y dio marcha atrás.

—Entonces lo has tramado de antemano... —Burlón, se puso una mano en la barbilla y la miró de arriba abajo—. Bueno, a medias, porque es claro que no tienes idea de todo lo que se necesita para huir sin sufrir percances en el camino. En especial una damisela sin experiencia como tú. —Y se carcajeó.

La ira recorrió las venas de Marianne en un santiamén y se impulsó tan fuerte que logró avanzar y hacerlo a un lado.

—¡Y lo dice un hombre que no ha tenido nada mejor que hacer que mirar cómo me torturaban para venderme al mejor postor! —Avanzó varios pasos—. ¡Vete al infierno!

Divertido por la respuesta, arqueó las cejas.

—¡Al infierno regresarás tú si sigues caminando!

Ofuscada y tratando de ocultar el miedo, Marianne giró el rostro con el ceño fruncido.

—¡No podrás detenerme! —vociferó, y justo cuando intentó retomar el camino, se oyeron unas voces. Alguien se acercaba.

Marianne se paralizó al comprender que podían ser los lacayos de lady Browne o, peor aún, otros invitados curiosos. Solo era cuestión de un minuto para que la hallaran.

—¿De verdad quieres huir? —le preguntó él, aproximándose con lentitud.

Ella se giró para mirarlo y, aunque el corazón le estalló al notar cómo se le acercaba, asintió, impulsiva.

La sonrisa de él fue completa y sus ojos destellaron cuando la luz plateada de la luna se reflejó en ellos.

Y entonces, justo cuando Marianne creyó que sería descubierta y regresada al salón, el caballero, ágil aunque suave, la tomó por la cintura, la acorraló contra otro árbol y la cubrió con su fornido cuerpo. No tenía opción ni tiempo para explicar lo que haría, por lo que la miró a los ojos y, sincero, se confesó:

—Lo siento. —Y, sin más, la besó.

Fue un beso intenso pero casto. Sus bocas se unieron en una humedad caliente que no sobrepasó la unión de los labios. Los ojos de ella se mantuvieron abiertos, hundidos en la perplejidad de lo nuevo y arrebatado que era sentir a un hombre tan próximo.

De pronto, cuando los lacayos lo descubrieron acompañado por ella, a la que, por fortuna, no pudieron identificar, no tardaron en

retroceder. Por órdenes históricas de lady Browne, lo que pasara en sus jardines allí se quedaba.

Las voces se alejaron y, aunque pasaron varios segundos en silencio y solos, el beso continuó sin oposición de Marianne hasta que, en contra de lo que en realidad le dictaba la necesidad, él se desprendió con suavidad.

—Creo que ya estamos seguros —susurró con la vista fija en la rojez de las mejillas de ella.

Aún jadeante, Marianne tragó saliva. No sabía si estamparle una bofetada o agradecerle por el favor de haberla ocultado. Solo suspiró y se dejó llevar por el corazón.

—Sí... Y estimo que debo agradecerle, señor...

—Lord Frederick Stewart —completó él, tratando de ocultar la locura que le producían el sabor y el aliento dulce de ella. Aun así, continuó—: Ha sido todo un placer, ayudarla, señorita...

—Marianne... Marianne Powell —replicó.

Pero entonces se hizo un largo silencio.

Los ojos turbados de él se abrieron como platos, y la sonrisa, aunque sin buscarlo, se le borró en un santiamén.

Y no era para menos... Acababa de besar, ni más ni menos, a la peor de las pesadillas de un libertino.

Acababa de besar a una de las desesperadas Powell.

Capítulo 8

«¿Una... Powell? ¡Maldición!», se reprochó Frederick mentalmente al tiempo que retrocedió un paso.

Años y años de experiencia con mujeres. Hasta con las más astutas del reino se había enredado, ¡¿y había caído en manos de una Powell?! ¡Por todos los cielos! ¡No podía ser cierto! Tenía que ser una broma.

Sin embargo, al observarla, frunció el ceño. No recordaba que alguna de las hermanas que había visto tiempo atrás, y desde lo lejos, se pareciera a ella.

—¿Lo dices en serio? —se le escapó preguntar.

Ella arrugó la frente y se cruzó de brazos. Sin duda la había ofendido.

—Jamás he hablado más en serio, *milord* —resaltó con la vista entrecerrada.

Frederick la observó de arriba abajo con desconfianza. Y entonces, la primera deducción se le vino a la mente como un rayo en plena tormenta.

—Demonios... —Avanzó hacia ella—. ¿Todo esto ha sido una trampa para cazarme? —inquirió con los ojos abiertos como pelotas de cróquet.

Y, claro, la cólera envolvió a la mayor de las hermanas Powell.

—¡¿Pero cómo te atreves?! —escupió aproximándose más de lo que le hubiera gustado.

Por unos segundos, él se la quedó mirando, medio asombrado, medio hechizado.

Con la vista recorrió las facciones angelicales —desbordadas de furia en ese momento—, luego se detuvo en los cabellos alborotados para finalmente descender a la abundante pechera de ella, que subía y bajaba por la agitación del enojo.

Se veía exquisita. Salvaje. Indomable. Y no supo por qué —o quizá lo tenía muy claro—, pero, al analizar que podía ser víctima de una trampa, no se disgustó tanto.

De inmediato, parpadeó varias veces y se enjugó la frente para escapar de esos pensamientos disparatados.

—Lo siento, yo... —Quiso ser delicado, pero no lo logró—. Discúlpame, pero tu apellido no es uno de los más queridos... Al menos entre libertinos como yo.

Las palabras le habían dolido, pero agradeció la sinceridad. Después de todo, la fama que sus dos hermanas menores habían cosechado era justa y bien merecida.

—Lo comprendo. —Volvió a la formalidad—. Y no defenderé lo indefendible. Aunque sí puede quedarse tranquilo de que no soy ninguna de las dos Powell a las que casi todos los hombres temen.

Frederick sonrió.

—Me resultaba extraño. Creo que, de las pocas veces que me he visto en la obligación de asistir a eventos de las temporadas, jamás te he visto.

Marianne suspiró.

—Sería curioso que me recordara. Me he ausentado cada vez que me ha sido posible. Y, cuando no, esconderme ha sido de mis

mejores talentos.

Stewart rio por lo bajo.

—Y ahora, que al parecer están a punto de enviarte a la horca del mercado matrimonial, no te ha quedado otra opción más que huir, ¿verdad?

Ella sonrió con amargura y bajó la mirada al suelo.

—Quiero ser libre. Y mi mejor plan es viajar a América. Por lo que he sabido, las mujeres allí pueden depender de sí mismas sin que sus reputaciones se vean afectadas.

Frederick se rio por lo bajo, aunque se detuvo en cuanto vio la expresión inocente de ella.

—No quiero ofenderte. De verdad. Pero algunas ideas parecen perfectas hasta que se llevan a cabo. —Y, con picardía, agregó—: Lo digo desde mi experiencia como hombre... y libertino.

Marianne alzó el mentón.

—No me importa. Cualquier destino es mejor que ser casada de forma obligada.

Frederick la miró con compasión.

—Te comprendo, pero créeme. He visto y viajado mucho como para asegurarte que no es tan idílico como tú crees. —Al ver que ella lo interrumpiría, levantó una mano con gentileza para que lo dejara continuar—. Ya te lo he dicho: no quiero ofenderte.

Se hizo un breve silencio hasta que Marianne, indignada, volvió a hablar.

—Es decir que, para ti, ¿no tengo más opción que casarme?

De inmediato, los ojos de Frederick se iluminaron como estrellas. La idea cayó ante su mirada como un relámpago, de forma imprevista pero, sin duda alguna, perfecta.

—No sé si es la única opción, pero creo que casarte puede ser la mejor elección... Y no solo para ti, sino también para mí.

La mayor de las hermanas Powell entrecerró la vista.

—¿A qué te refieres? —Confundida, avanzó hacia él—. ¿No será que tú y yo...?

Lord Frederick sonrió de forma completa y lobuna.

—Podrías convertirte en mi esposa.

Los ojos de ella se abrieron de golpe.

—¡¿Qué?! —Aterrorizada, miró hacia su alrededor—. ¡¿Cómo no lo imaginé?! ¡Esto es una vil trampa de lady Browne y sus secuaces, ¿verdad?!

La expresión del hijo del marqués fue de completa aversión.

—¡¿Pero qué demonios dices, niña tonta?! ¡¿Qué necedades has imaginado?!

—¡Ya deja de decirme que soy una niña! ¡Estoy casi en los treinta! —gritó, impulsiva. Y al ver el impacto en el rostro de él, aclaró por las dudas—. ¡Orgullosamente cerca de los treinta!

Sorprendido y sin dejar de parpadear, Frederick tragó saliva hasta que sacudió la cabeza y continuó.

—¡Como sea! ¡No me importa tu edad! Lo que quise decir es que, dadas tus circunstancias y las mías, creo que unirnos en matrimonio sería el mejor plan.

Marianne chasqueó la lengua al tiempo que se cruzó de brazos.

—¡No entiendo! ¿No eres un libertino? ¡¿Por qué rayos querrías casarte?!

Él suspiró.

—Por la única razón por la que lo haría un hombre como yo: para conservar mi estilo de vida. —Ella frunció el entrecejo, más confundida que antes, por lo que Frederick se vio obligado a explicar —: Si no me caso antes de que termine la temporada, mi padre me desheredará. Me dejará sin una sola libra, y eso es lo último que quiere un libertino como yo.

Ambos se miraron con los ojos entrecerrados. Podían desconfiar el uno del otro, pensar que se trataba de una trampa, ya fuera de lady Browne para ella o de la familia Powell para él. Sin embargo, no cabía la menor duda de que las circunstancias de los dos podían solucionarse más fácil de lo que creían.

—¿Y por qué me vería beneficiada al casarme contigo?

—Porque, en cuanto lo hicieras, no dudaría en dejarte libre como tanto anhelas. Claro que primero me aseguraría de que mi padre me entregue, de antemano, la fortuna suficiente para los dos. Por un lado, para yo continuar con mi estilo de vida y, por el otro, para que tú puedas, en recompensa, iniciar la vida que deseas, donde quieras. Además, no sé si lo has pensado con detenimiento, pero si huyes ahora, con solo unas pocas joyas y sin nadie que te proteja, no solo tú correrás un gran riesgo, sino también la reputación de tus hermanas.

Marianne dudó, pero no era tan necia. El plan que había tramado para escapar era tan precario como su sentido de la realidad. Y, por mucho que quisiera negarlo, lord Frederick tenía razón: no tenía idea de lo duro o difícil que podía ser huir... Sin tener en cuenta lo que, hasta entonces, no había considerado: la reputación de su familia.

Inhaló profundo, miró el cielo y, justo cuando escuchó a lo lejos la conocida voz de lady Ridley, clavó los ojos castaños en los vivaces de él.

—Está bien. Tenemos un trato. —Y le extendió la mano enguantada.

Lord Frederick sonrió, medio divertido, por la seguridad que destilaba aquella rebelde solterona, pero no dudó en sellar su suerte.

—Tenemos un trato. —Y le apretó la mano, como si de otro caballero se hubiera tratado.

***

—¡Por todos los cielos! ¡Esto será un escándalo! —exclamó lady Ridley llevándose las manos a la cabeza.

Estrictamente hablando, cuando Margaret llegó a la arboleda de Browne House, no vio más que a Marianne y a lord Frederick estrechándose las manos. Pero claro, estaban a solas, en penumbras y haciendo contacto físico. Eso sin mencionar que la mayor de las hermanas Powell estaba completamente desaliñada.

Marianne observó la expresión de horror de la vizcondesa y, cuando esta se le acercó para acomodarle el peinado, bufó.

—Por favor, lady Ridley. Tranquilícese. No ha pasado nada. —Fulminó a Frederick con la mirada y este contuvo la sonrisa de solo recordar cómo se había adueñado de los labios de ella.

Al instante, Margaret retrocedió y puso los brazos en jarra. La expresión dulce y angelical, clásica de la vizcondesa, se había convertido entonces en una de completa ofuscación.

—¿Cómo quiere que me calme, señorita Powell? ¿Acaso no entiende las consecuencias de este encuentro? —Enfocó la vista en el hijo menor del marqués, al que conocía muy bien, y exhaló con violencia al tiempo que puso los ojos en blanco—. ¡Encima un libertino! ¡Un libertino, por todos los santos!

Marianne y Frederick se miraron. Si de verdad querían que su plan funcionara, tendrían que ser claros.

—Lady Ridley, sé que en estos momentos lo último que desea es escucharme...

—Pues es en lo único que coincidimos, lord Frederick —lo interrumpió. Lo observó con detenimiento y volvió a suspirar, indignada—. ¡Y ni siquiera está vestido como corresponde! ¡Por todos los cielos! ¡¡Por todos los cielos!!

Marianne se aproximó a la vizcondesa para tomarla de las manos.

—Lady Ridley, se lo ruego, escúchelo. Tenemos un buen plan.

Al instante, Margaret levantó la cabeza y abrió como platos de postre sus ojos claros.

—¿Plan? ¿De qué está hablando?

Entonces Frederick fue al grano.

—La señorita Powell y yo hemos decidido casarnos.

La más calma de El club del té frunció el ceño.

—i¿Y qué esperaba, lord Frederick?! ¡Es justamente lo que deberá hacer! ¡Le guste o no!

El hijo del marqués resopló.

—Sí, lady Ridley, pero estoy segura de que no queremos que se vea como una unión producto de un encuentro escandaloso, ¿verdad? —preguntó Marianne, y Margaret la observó, intrigada—. Pues bien: aquí es donde escuchamos sus sugerencias. Después de todo, solo usted nos ha visto hasta ahora.

Pensativa, lady Ridley los miró.

Era cierto. Hasta entonces solo ella los había encontrado. Y enseguida sospechó por qué Christine la había enviado a ella en busca de Marianne.

—Ya veo...

—De más está decir que no ha ocurrido nada inapropiado —mintió él—. La señorita Powell solo salió a tomar un poco de aire fresco, y yo justo...

—¿Aire fresco? Y de seguro lo buscaría fuera de Browne House, ¿verdad, señorita Powell? —la increpó Margaret. Marianne parpadeó sin saber qué responder, lo que fue suficiente para lady Ridley—. Oh, ni se moleste en contestar. Tanto Elizabeth como Christine tenían razón. —Exhaló, medio decepcionada. Dirigió la vista hacia Frederick

y continuó—: Lo que no comprendo es por qué un libertino como usted querría casarse.

—Es una historia compleja de explicar. Verá, yo... —vaciló.

Pero no siguió, pues la indomable Powell tomó las riendas.

—Su padre lo desheredará si no contrae matrimonio antes de que termine la temporada —resumió Marianne.

Frederick suspiró y Margaret entrecerró la vista.

—Entonces solo me queda entender por qué usted, señorita Powell, desea casarse con un hombre como él. —Se cruzó de brazos.

Podía mentirle, pero no era muy buena en esa materia. Y si de verdad quería salir victoriosa, ser lo más honesta era el camino indicado, al menos para Marianne.

—Lord Frederick prometió dejarme libre y apoyarme económicamente si me caso con él. Sabe que en realidad no deseo hacerlo, pero contar con su soporte no solo será más seguro para mí, sino que también ayudará a la reputación de mis hermanas. O, al menos, no las perjudicará.

Margaret miró a uno y luego al otro. No era una mala idea: siempre había un roto para un descosido. Además, era una obviedad que intentar obligar a Marianne a casarse con otro hombre, y en contra de su voluntad, seguiría siendo un pésimo plan. Aun así, engañar a la sociedad y, en especial, convencer al marqués de que la señorita Powell sería la mejor opción para su hijo menor no eran asuntos simples de resolver.

—Conoce la fama de las Powell, lord Frederick. Y somos conscientes de lo exigente que es lord Hammerwick. Y aunque Marianne nada ha tenido que ver con las conductas de sus hermanas, dudo que su padre lo tenga en cuenta. Eso sin mencionar los rumores que se deslizarán en cuanto los vean juntos.

Frederick elevó el mentón.

—Lo sé. No será fácil. Pero estimo que, para hacerlo creíble, tanto usted como la otra señora pondrán el mismo esmero que han puesto en presentarla hoy a la noche.

Lady Ridley lo miró, pensativa.

—Y lady Browne también. Ella sabrá muy bien qué hacer... Mientras tanto, escúrrase por el lado opuesto al que marcharemos nosotras. Busque a la condesa de Chatterton; es la señora a la que usted se ha referido, y, sin dar explicaciones, solo dígale que yo le he pedido que usted sea presentado a la señorita Powell. —Los miró una vez más y suspiró, preocupada—. Esto dará de qué hablar, pero mañana veremos cómo seguir.

Frederick asintió y, echando un intenso vistazo a Marianne, se marchó.

Lady Ridley observó con detenimiento a Marianne y, al descubrirla con la vista fija en el hijo del marqués, frunció los labios.

—¿Está segura de que no ha ocurrido nada indecoroso?

De inmediato, la mayor de las hermanas Powell parpadeó y salió del ensueño.

—Por supuesto que no ha pasado nada, lady Ridley. Solo es... un trato conveniente para ambas partes.

La vizcondesa asintió, aunque los años de experiencia le decían que algo más había pasado entre aquellos dos.

Como fuera, no era momento para presionar. Para entonces, lo único que importaba era mantener la imagen de Marianne lo más limpia posible. Por ella, por sus hermanas y por El club del té.

Capítulo 9

Lady Chatterton estaba furiosa. No, furiosa no: ¡lo siguiente! Y no era para menos.

Marianne, además de casi olvidar el nombre de lord Gyort, estuvo a punto de quedar en ridículo de no haber sido por la oportuna intervención de lady Browne.

¿Quién rayos se creía esa solterona rebelde? ¿Acaso no le bastaba el historial de sus hermanas para comprender lo delicada y precaria que era su situación? Cierto era que el viejo barón no era de los partidos más tentadores para las jovencitas, ¿pero de qué se quejaba ella? ¡Hasta agradecida debía estar de que los caballeros le dirigieran la palabra!

Miró el salón, luego las decenas de parejas que bailaban y suspiró cuando reparó en que ninguna de aquellas estaba unida por amor. Sin dudas era un detalle muy triste, pero no lo habría notado de no haber sido por la historia que su propia hija, lady Rose, había vivido con Damien Croft.

Hasta ese entonces, para Elizabeth, el matrimonio solo se había tratado de un acuerdo comercial que, para que fuera exitoso, bastaba con que fuera conveniente para ambas partes. Claro que, tras la boda de su hija con Damien, Elizabeth cambió de parecer. Y,

aunque le costó aceptarlo, comprendió que lo que hacía lady Browne con las jovencitas que le pedían ayuda para conseguir maridos era realmente muy loable.

Quizá tuviera diferencias con la vizcondesa, pero estaba segura de que la causa que la motivaba a actuar de casamentera era de suma importancia para la felicidad no solo de esas muchachas, sino también de los caballeros y las futuras familias. Elizabeth había querido mucho a su esposo, pero también había sido testigo de los más terribles y tristes matrimonios. Y así fue cómo, tras una inesperada invitación de lady Browne, había aceptado formar parte de El club del té.

Claro que nunca imaginó que tomarían casos complejos como el de la familia Powell.

Miró el lustroso suelo y exhaló, rendida.

«¿Qué haremos?», pensó al recordar a la indomable de Marianne. ¿Habría un hombre para ella o deberían darse por vencidas?

Era difícil imaginarlo, mucho más pronosticarlo. No obstante, el pensamiento quedó en suspenso cuando una voz le interrumpió la meditación.

—¿Lady Chatterton?

De inmediato, Elizabeth se irguió y se giró para quedar de frente al caballero que le había hablado. Pero entonces no pudo evitar mirarlo de arriba abajo, horrorizada.

—¿Quién es usted? ¿Y de dónde viene? —preguntó observándolo otra vez—. ¿Acaso no tiene idea de etiqueta?

Lord Frederick la miró con los párpados medio caídos. La había visto desde lejos y, con tan poco, supo de inmediato lo insoportable que sería.

—¿Acaso estamos en Almack’s y mi ebriedad me ha traicionado

al traerme hasta aquí? —contestó él, impertinente.

—¡¿Ebriedad?! —inquirió Elizabeth, espantada.

El hijo del marqués exhaló con hartazgo.

—Si me lo permite, no creo que a lady Browne, *que es quien me ha invitado* —resaltó—, le moleste mi impertinencia estética, milady.

Molesta, la condesa viuda se enderezó.

—Si es a ella a quien ha venido a ver, entonces no sé por qué se ha atrevido a dirigirme la palabra, señor...

—Lord Frederick Stewart, segundo hijo del marqués de Hammerwick —completó ante la invitación.

Las cejas de lady Chatterton se arquearon, de repente, con sumo interés.

—¿Hammerwick ha dicho?

—Tal como lo ha escuchado.

Ella lo miró de nuevo; esta vez, con menos desprecio que antes.

—Hasta donde he sabido de usted, no tiene muy buena reputación, lord Frederick, por lo que no entiendo en qué podría necesitarme *específicamente a mí*.

Stewart contó hasta diez, rogando por más paciencia, aunque sería bastante directo.

—Lady Ridley me pidió que hablara con usted. Sin dar explicaciones, porque sería extenso y complicado, necesito que me presente a la señorita Powell, milady.

El ceño de Elizabeth se frunció y, aunque hubiera hecho más preguntas, las miradas del salón completo se enfocaron en Margaret Ridley que, afortunadamente, acababa de entrar por la puertaventana con Marianne tomada del brazo.

Regresó a lord Frederick, pero ella volvió a arrugar la frente cuando notó que este, al igual que el resto de los invitados, había quedado especialmente prendado de la rebelde Powell.

Al instante, la condesa viuda chasqueó la lengua y se esforzó sobremanera para no amargarse. Era casi una obviedad: algo había ocurrido.

Pero no era momento de represalias. El futuro de Marianne y sus hermanas dependía de que la imagen de la mayor de ellas se mantuviera limpia. Claro era que involucrar a un libertino como lord Frederick no era el mejor plan, pero dado que no conocía las circunstancias que habían llevado a semejante aprieto, respiró profundo y decidió confiar en su socia.

—Haré deslizar el rumor de que recién llegó de un viaje y que, a pesar de que está muy apenado por no haber podido *vestirse como corresponde* —remarcó—, no quiso dejar de asistir a la velada de lady Browne. ¿Entendido?

Con desdén, Frederick asintió y siguió los pasos de la condesa viuda.

Al principio, se sintió incómodo por las miradas que lo fulminaban mientras atravesaba el salón, pero, luego, cuando por accidente sus ojos se enfocaron en Marianne, el corazón le estalló de improviso al punto de ignorar lo que lo rodeaba.

¿Sería el espíritu salvaje de ella que lo había descolocado? ¿La impulsividad e impertinencia atípicas en una solterona? ¿O, quizá, solo quizá, el sabor de aquellos inocentes labios que había tenido el privilegio de probar?

Lord Frederick tragó saliva.

—Señorita Powell, le presento a lord Frederick Stewart, hijo del marqués de Hammerwick —introdujo lady Chatterton, a lo que Marianne respondió con una gentil venia. Luego la condesa se dirigió a él y continuó—: Lord Frederick, la honorable señorita Marianne Powell.

Y entonces, cuando las miradas de ambos se encontraron, el

aviso de una nueva pieza musical llevó a que Frederick, sin decir una sola palabra, le ofreciera la mano.

Marianne, sin siquiera parpadear, apoyó la suya en la palma del lord y, con el corazón palpitante en la boca, se dejó guiar hasta el centro de la sala.

A lo lejos, una lady Browne complacida sonrió.

Capítulo 10

La luz de la mañana atravesaba el cristal de la ventana con tanta intensidad que Frederick se despertó antes que lo de costumbre.

Refunfuñó porque sabía que volver a dormirse no sería una opción. Durante la madrugada se había levantado una vez más, y la razón, en contra de su voluntad, había sido la acalorada escena con la señorita Powell.

La verdad era que no tenía ningún rasgo fuera de lo considerado normalmente bello que justificara la privación del sueño. No obstante, tampoco podía negarlo. Marianne era una mujer muy atractiva, y haberla tenido entre sus brazos era motivo suficiente para que un hombre como él, amante del placer y del cuerpo femenino, cayera tentado. Pero, como si aquello hubiera sido poco, la había besado. Tal vez no había sido el tipo de beso al que estaba acostumbrado, pues lejos había estado de satisfacerlo. Sin embargo, el dulce sabor de la boca de Marianne había sido embriagador.

Pensó en los ojos, salvajes pero inocentes, en los labios llenos y sedientos de experiencia. Pensó en ese cuello de cisne y en esa pechera agitada por la rebeldía y el temor. Pensó en su aliento y...

«¡Basta!», se reprochó a sí mismo.

Dio un salto de la cama, se acercó a un pequeño mueble donde

tenía una palangana con agua limpia y se empapó el rostro y parte del torso para calmarse. Era un hombre de mundo. No podía dejarse llevar por tontas fantasías con una solterona como ella. No podía. Y no debía. ¡Por todos los santos, era una Powell!

Agotado mentalmente, se sentó en la cama y exhaló con rabia.

Que perteneciera a esa familia era un gran inconveniente, no porque a él le molestara lo que otros pudieran pensar, sino más bien porque ese detalle fuera razón suficiente para que lord Hammerwick la rechazara como posible futura nuera.

Sí, era consciente de que muchas jóvenes querían casarse con él, pero estaba seguro de que Marianne, de verdad, anhelaba la libertad tanto como él. La había visto intentar huir ¡y sin un plan seguro!, lo que había hecho evidente su deseo de una vida lejos de allí. No había dudas: casarse con ella era la mejor opción para sus fines de libertino. Era el acuerdo perfecto para ambos.

No obstante, como caballero experimentado, sabía que los límites de la prudencia no debían ser traspasados si realmente deseaba cumplir su objetivo. Ni siquiera un beso como el que se había visto obligado a darle para que no la descubrieran. Y aunque estaba seguro de que él era inmune a las trampas del amor, no podía afirmarlo de la misma manera por ella. No sabía si su rechazo al matrimonio y la idea de independización solo eran una consecuencia de la poca atención masculina que había recibido o si de verdad Marianne quería ser libre por *motu proprio*.

Como fuera, no estaba dispuesto a sacarse la duda. Arriesgarse a tanto solo por placer no era una opción, y menos si su fortuna y estilo de vida estaban en juego.

Además, sabía que, para que el plan resultara exitoso, debía hablar con el marqués. Por un lado, para convencerlo de que Marianne era la mujer ideal para él; y por el otro, para asegurarse,

mediante un acuerdo firmado de que, en cuanto se casase con una mujer del agrado de ambos, Hammerwick le dejaría una fortuna considerable para mantenerse la vida. No quería sobrepasarse, pero ser precavido era clave al tratar con alguien perspicaz y frío como su padre. Y, a su vez, el destino de Marianne también dependía de ello.

Sin embargo, existía un asunto mucho peor que enfrentar a lord Hammerwick: hablar con lady Browne.

Era muy hábil evitando las temporadas, pero eso no quería decir que ignorara la información más crucial de estas. Entre libertinos se protegían —la mayoría de las veces—, y sabía que la vizcondesa fanática del amarillo limón estaba detrás de muchos matrimonios inesperados. Incluso estaba al tanto del nuevo y famoso El club del té, y al haber sido testigo de la exposición de Marianne Powell ante tantos candidatos durante el baile, era una certeza que lady Browne había sido ni más ni menos que la gran titiritera de ese espectáculo.

Tendría que presentarse en Browne House, y eso sí que le despertó un profundo terror.

De pronto, un llamado a la puerta lo distrajo.

—¿Sí?

—Disculpe, milord —expresó el mayordomo al tiempo que entraba en la alcoba. Extendió la bandeja de plata hacia Frederick—. Correspondencia. Urgente.

Ante la aclaración, el hijo del marqués frunció el entrecejo, pero tomó la carta. Al instante, el criado se retiró.

Frederick miró el sello lacrado y exhaló largo al descubrir su remitente. Lo rompió, alisó el papel y lo leyó en dos pestañeos:

> Querido lord Frederick:
>
> Estoy segura de que mi misiva no lo ha asombrado. Es claro: tenemos que hablar.

Ansiosa, lo espero antes del mediodía en mi querida Sala Limón.

Christine

—Maldición... —soltó Frederick al tiempo que dejó caer el papel sobre la cama.

Era cierto: no lo había sorprendido; de hecho, era precisamente lo que estaba pensando hacer. Y aunque ya era consciente de que se casaría por su propia conveniencia, el miedo crecía en todo su cuerpo, debido a las supersticiones acerca de la Sala Limón que circulaban desde hacía años.

«No seas idiota, Frederick. Solo son tonterías creadas por debutantes desesperadas», se dijo mentalmente y, tras respirar profundo, se irguió y llamó a su ayuda de cámara para vestirse.

Se presentaría en Browne House tal y como había planeado: sin miedo y firme en su decisión. Él era un libertino experto y, sobre todo, un hombre sensato, por lo que ningún rumor debía afectarle el juicio.

***

No había pasado siquiera un día y la vida de Marianne ya era una revolución. Desde muy temprano, Powell House había sido un hervidero de chismes —que circulaban entre criados, conocidos que habían arribado de forma inesperada a la casa y la propia familia— y todo el cotilleo, absolutamente todo, se trataba acerca de ella y lord Frederick Stewart.

Claro que cada uno de los curiosos quería que la información saliera de la boca de Marianne, pero no hubo oportunidad a que ello ocurriera, pues una oportuna misiva de parte de la vizcondesa amante del amarillo chillón había sido contundente: exigía que, tras

los eventos ocurridos durante su baile, la señorita Powell se presentara de inmediato en Browne House y con las pertenencias suficientes para pasar el resto de la temporada allí.

Lady Powell no dudó en acatar la orden y, desde ya, Marianne no se opuso. Estaba segura de que lady Chatterton y lady Ridley habían conversado con Christine con lujo de detalle. Y si de verdad quería que su plan funcionara, necesitaría de esas mujeres. Por lo que había oído, lord Hammerwick era muy exigente y no permitiría que su hijo se casara con cualquiera o, al menos, no le cedería la fortuna que tanto ella como Frederick necesitaban para cumplir con sus metas personales. No había dudas de que la intervención de El club del té era crucial.

Y allí estaba, detenida por un inexplicable miedo, y a pasos de cruzar el umbral de la Sala Limón.

—¿Señorita Powell? —Escuchó la voz de lady Browne.

Aunque la vizcondesa y las otras dos mujeres estaban sentadas de espaldas a la entrada, era claro que Christine la había percibido.

Marianne tragó saliva y, armándose de valor, cruzó el salón para aproximarse al trío noble.

—Lady Browne. Lady Chatterton. Lady Ridley. —Se inclinó.

Christine hizo un movimiento con la mano como de aspaviento.

—Ya deja las formalidades. O acaso, porque ahora has conseguido un posible prometido, ¿pasarás a ser una *remilgada* como lady Chatterton? —Rio, contenida.

La aludida, que estaba sentada a un lado y muy próxima a Christine, entrecerró los ojos y expresó el disgusto frunciendo los labios, pero, esta vez, decidió no replicar. El asunto ameritaba enfoque.

Marianne se aclaró la garganta.

—No. No dejaré de ser yo. Y, por esa misma razón, aunque la

condesa viuda y lady Ridley se lo hayan explicado, quiero aclarárselo.

—No esperaba menos... —De pronto, el mayordomo Smith entró con dos platos enormes que llamaron la atención de Marianne. Ante el fruncimiento del ceño por el horror, lady Browne sonrió con picardía—. Veo que mis galletas han captado tu atención. —Con un gesto de la mano, le ofreció—: Adelante, por favor. Prueba, querida. Y, por supuesto, sé honesta.

Imaginando lo que podría ocurrir, la muchacha se negó.

—Le agradezco, pero no tengo apetito.

De pronto, la habitual y amable sonrisa de lady Browne desapareció para dar lugar a un rostro oscuro y ofendido.

—Que la pruebes —le exigió sin rodeos.

Acorralada, Marianne tragó saliva, y las otras dos mujeres de El club del té contuvieron la sonrisa. Aun así, la mayor de las hermanas Powell, conocida por su impulsividad extrema, no se convertiría en una cobarde por una simple galleta. Así que, aunque incómoda porque necesitó agarrar la enorme «delicia» con las dos manos, cortó un trozo y, sonriendo nerviosa, se lo llevó a la boca.

Tentado, El club del té se esforzó por no estallar en carcajadas cuando vieron el rostro rojo y de completo desagrado de Marianne, quien —a pesar de las circunstancias— se tragó la porción de galleta ácida.

—¿Y bien? ¿Qué te pareció, querida? —inquirió Christine, regresando a su tono generoso.

Ni bien logró tragar el trozo, la joven Powell tomó de inmediato un largo sorbo de té y, recién tras dar una profunda bocanada de aire, fue capaz de volver a mirar a lady Browne.

—Bueno, la verdad es que... —Dudó por unos instantes, pero eligió cumplir con lo que había prometido—: Lo siento, pero son una

completa exageración, lady Browne. No solo por el tamaño, sino también en cuanto al sabor. —Y parpadeó al recordar la acidez extrema que aún le infestaba la boca.

Al segundo, Christine se carcajeó.

—¡Exageración! —Miró a sus socias, que tenían las cejas arqueadas por coincidir con la señorita Powell, y rio con más énfasis —. ¡Exageración ha dicho! —Negó con la cabeza y bebió un sorbo de té antes de continuar, divertida—: Bueno, quizá tengas razón, Marianne. No entiendo mucho de los cielos, pero me han dicho que podía tener esa tendencia solo por haber nacido a mediados de diciembre. —Suspiró ante el silencio de la muchacha y siguió—. Por esto mismo me pregunto si tú también habrás nacido en ese mes...

Marianne negó con la cabeza.

—No, milady. Hace unos días he cumplido los veintiocho años.

Christine hizo un gesto de sorpresa mientras vertía más té en la taza.

—Pues qué extraño... Porque, de solo ver cómo has actuado ayer por la noche, habría jurado que pertenecías a mi grupo.

—Más que exagerado, el comportamiento de ella ha sido *impulsivo e imprudente*, Christine —resaltó lady Chatterton con la vista en su taza.

—O quizá las tres cosas —agregó una desconocida y seria lady Ridley. Era raro verla enojada.

Las mejillas de Marianne se colorearon de un rojo intenso.

Lady Browne sonrió.

—Coincido con ambas. —Christine tomó un sorbo de la infusión y la dejó sobre la pequeña mesa donde estaba el servicio de té—. Ha sido una conducta más imprudente e impulsiva que exagerada. Pero, sin duda alguna, también se ha ido a un extremo al haber intentado huir sin pensar, ni planear *ni consultar* nada al respecto —remarcó,

regresando a la formalidad.

Marianne no pasó por alto la aclaración.

—¿Consultar? —preguntó, medio sorprendida.

—Lo que ha oído. Somos un club que busca ayudar a las jóvenes en edad casadera. No pretendemos torturarlas o condenarlas a una vida infeliz, señorita Powell. —Suspiró indignada—. Si desde el principio hubiera sido honesta con nosotras, no habría tenido que arriesgarse a escapar hacia un destino terrible y sin futuro. Hubiéramos buscado una alternativa aceptable para usted.

—Pero no resultó mal, lady Browne. Si de verdad conoce el trato al que hemos llegado con lord Frederick, no debería imaginar mi futuro tan oscuro.

—Por fortuna... y debo aclarar que a medias. Es cierto que, de no haberse cruzado con el hijo del marqués, probablemente hoy ya no estaría viva. Sin embargo, haber sellado un pacto con un libertino como lord Frederick tampoco es un plan que le asegure la felicidad, señorita Powell. —La miró con fijeza—. Fiarse de un amante del libertinaje es muy arriesgado, pero, como si fuera poco, es el hijo de un hombre que bajo ningún concepto la considerará digna de lord Frederick. El marqués ha dedicado la vida a la reputación. ¿Cree usted que le agradará saber que su futura nuera se apellida Powell?

Herida, Marianne tragó saliva y alzó el mentón.

—Quiero ser libre, lady Browne. Y, aunque pueda resultar complejo, estoy segura de que lord Frederick hará lo posible por convencer al marqués de nuestro futuro matrimonio.

Las tres mujeres rieron por lo bajo.

—El marqués jamás escucharía a su hijo menor. De hecho, nunca lo ha tenido en cuenta. ¿Por qué lo haría ahora? —replicó lady Chatterton.

—Exacto —sentenció Christine, y continuó—: Como sea, ya no

hay caso. No podemos dar marcha atrás con el plan. —Comió un trozo de galleta y, tras poner los ojos en blanco del placer, siguió—: A partir de ahora, será cortejada por lord Frederick. Nosotras buscaremos una forma de que el marqués empiece a verla con buenos ojos. Sin embargo... —bebió té y clavó la vista oscura en la de Marianne—, si de verdad quiere prosperar, deberá prometernos no volver a actuar sin consultarnos. Y claro, tendrá que aceptar el plan «b» que encontremos para usted en caso de que su libertino le falte a la palabra.

Marianne tragó saliva por enésima vez. Observó a las tres mujeres, serias y con las miradas fijas en ella, y lo supo de inmediato: tendría que aceptar. Le gustara o no, si de verdad quería conseguir su ansiada libertad, necesitaba ayuda y de expertas. Por triste que fuera, ella no era más que una solterona con magníficos ideales, pero sin la tan clave experiencia que lord Frederick también le había señalado.

Se miró los pies y, tras dar un largo suspiro, levantó la vista hacia El club del té.

—Está bien, lady Browne. Le doy mi palabra de que así será.

Christine, al comprobar la sinceridad en la mirada de Marianne, asintió con la cabeza y sonrió.

—Es bueno que nos entendamos, señorita Powell. Ahora, por favor, marche a sus aposentos. El ama de llaves le indicará el camino.

La mayor de las hermanas se inclinó y, sin más, acató la orden.

En el ínterin, la Sala Limón se mantuvo en silencio, pero en cuanto la joven Powell se fue, Elizabeth no tardó en hablar.

—Por favor, dime que ya tienes una idea de cómo haremos que esto funcione, porque si no, renuncio, Christine. ¡Renuncio!

Lady Ridley puso los ojos en blanco y, fingiendo demencia, se

hizo con la taza de té para beber como si nada hubiera escuchado ni nada extravagante fuera a ocurrir.

Christine sonrió de lado, miró a la condesa viuda de arriba abajo e, impertinente, se carcajeó.

—Serías incapaz de renunciar, Elizabeth. Lo siento, pero es una obviedad que esto se ha convertido en tu vida... por mucho que desees negarlo. —Tomó un enorme pedazo de galleta y, tras devorarlo con la mirada fija en lady Chatterton, siguió, sonriente—: Pero puedes quedarte tranquila. Ya tengo un plan. Un magnífico plan y del que, por supuesto, dependeremos de ti, querida.

El rostro de la condesa viuda se tornó más blanco de lo que era. Y habría suplicado que le desvelara la idea. No obstante, la intervención de Smith lo evitó.

—Ha llegado una nueva visita, milady. —El mayordomo se hizo a un lado para dar paso al recién llegado—. Lord Frederick Stewart.

Agotadas, Margaret y Elizabeth suspiraron. Pero Christine sonrió.

Capítulo 11

Había imaginado y hasta planeado cómo se comportaría en cuanto llegara a Browne House y, sin embargo, allí estaba, a un paso de cruzar el umbral de la Sala Limón, paralizado y mirándose las botas de montar.

—Lord Frederick —dijo Christine al tiempo que se puso en pie y se giró para quedar de frente—, ¿no piensa acercarse? —Lo observó, medio divertida, y continuó—: ¿O acaso le tiene miedo a mi salón?

Curiosas, lady Chatterton y lady Ridley se observaron entre sí.

Al instante, el hijo del marqués alzó la vista.

—¿De qué habla, lady Browne? —Altanero, curvó los labios de lado, lo que le marcó el hoyuelo, y tras acariciarse el cabello hacia atrás, dio el primer paso de una caminata firme y ruidosa—. No soy un hombre supersticioso. Y, aunque lo fuera, ya no tendría sentido. —Quedó a tres pasos de la vizcondesa—. Es claro que me casaré con la que, entiendo, es su protegida. —Miró a las otras mujeres y se corrigió—. De las tres. —Y se inclinó a modo de saludo.

Christine sonrió.

—Oh, es bueno que lo aclare, porque pensé que no se atrevía a cruzar el umbral por el otro rumor. —Lo invitó a que se sentara en el sillón que estaba enfrentado al de ella.

Serio y aún de pie, al igual que las damas, Frederick frunció el ceño.

—¿Otro?

Lady Browne arqueó las cejas.

—Pues claro. Es conocido que los hombres temen tomar el té aquí porque no solo se cree que terminan casados, sino que lo hacen por amor. —Con la vista entrecerrada, apreció el instantáneo tono blanco y mortecino del rostro masculino, y siguió—: ¡Qué locura!, ¿verdad? —Rio al tiempo que se sentó.

Elizabeth suspiró. Era antes del mediodía y la cabeza le estallaría si seguía exponiéndose a tantas locuras y planes improvisados.

—Creo que tienen una conversación pendiente, Christine, y nosotras no haremos más que estorbar, ¿cierto, Margaret?

La naturaleza de la vizcondesa Ridley tendía a ser curiosa, pero dado a lo que había pasado en la noche del baile, necesitaba un respiro.

—Coincido, querida Elizabeth.

Ambas se inclinaron, gesto que también imitó Frederick. Y solo cuando las dos salieron de la Sala Limón, este se sentó en el sillón.

—Por favor, beba un poco de té, lord Frederick. Está usted demasiado blanco. —Vertió la infusión en la taza y se la ofreció—. Espero que no haya sido por mis comentarios sobre los rumores de mi casa.

Stewart aceptó el té, pero en cuanto tomó un sorbo, hizo un gran esfuerzo por no escupirlo, lo que casi hace morir de risa a lady Browne.

—¡Oh! ¿No le agrada el té con limón? Olvidé por completo preguntarle. ¿Desea té negro solo o verde? Usted dirá.

—Lo siento, pero creo que *el limón con té* —resaltó— acaba de pasar a mi lista negra de infusiones, lady Browne. —En un intento

por eliminar el sabor ácido que aún sentía en la boca, se aclaró la garganta varias veces—. Pero no se moleste en pedir otro tipo de té. Creo que seré bastante breve. De seguro las otras señoras le habrán informado sobre el plan que tenemos la señorita Powell y yo.

—Entonces vayamos al grano, Frederick —lo tuteó—. Eres un libertino empedernido y tu padre es un conservador fanático de la reputación. Explícame cómo demonios ignoraré estas dos cuestiones que pueden arruinarle la vida no solo a mi protegida, sino también a sus hermanas. Y sin mencionar que tu palabra, debido a tu reputación, tampoco es de fiar —soltó Christine, sin respiro.

Ambos se miraron con fijeza.

No la podía culpar. Lo que la vizcondesa había señalado era tan válido como lo que él tenía para replicar.

—Lady Browne, no sé cómo haré para convencer a mi padre de que la señorita Powell es la mujer indicada para mí, pero alguna forma encontraré. Ahora, en cuanto a mi reputación y mi palabra, solo puedo ofrecerle la promesa de que cumpliré con lo acordado. Ambas pueden contar con mi honor de caballero.

Los ojos del lord brillaban serios y profundos, fijos sobre los de ella, que lo observaban con suma atención.

—Suponiendo que creo en su palabra porque está claramente motivado por no perder su fortuna —expresó, regresando a la formalidad—, me queda una pregunta más por hacerle, lord Frederick...

—¿Si podré amar a su protegida? —la interrumpió él y, sonriendo de lado, negó con la cabeza—. Eso lo he dejado muy en claro desde el principio, porque...

De inmediato, Christine estalló en una sonora carcajada.

—¡Oh, lord Frederick! Usted solo se ha puesto entre la espada y la pared... —Tomó un sorbo de té—. ¿Por qué habría de preguntarle

eso si las condiciones, incluso impuestas por la señorita Powell, no incluyen la idea del amor?

Stewart tragó saliva y, aunque lady Browne no lo notó, sintió que las mejillas le ardían. Enseguida se aclaró la voz.

—Entonces ¿a qué se refiere?

—Mi pregunta es ¿por qué su padre lo ha amenazado? ¿Acaso tanto temor tiene de que lord Wellfort no se case?

En cuanto ella mencionó a Edward, Frederick bajó la vista.

Se hizo un profundo silencio.

No era una cuestión que no estuviera dispuesto a mencionar, pero la había evitado porque, de alguna manera, el cariño que sentía por su hermano mayor le generaba culpa. Se sentía frío, calculador. Después de todo, ¿cómo era que, en lugar de preocuparse por la salud de Edward, estuviera allí, tratando a toda costa de salvar su estilo de vida?

No podía negar que, en parte, había interés. No quería dejar de vivir con las comodidades de hasta entonces, pero también era muy cierto que su padre lo había ubicado en esa penosa situación, sin mencionar que ir a ver a Edward no era una opción, debido a las barreras que lord Hammerwick había interpuesto entre ellos hacía años. Claro que no se había quedado de brazos cruzados y, aunque era obvio que no se lo diría a nadie, ya había enviado a Henry, uno de sus hombres de mayor confianza, a Amber Hall. Sabía lo fiel que era el personal del marqués y la única forma que tendría de acceder allí sería escabulléndose de alguna manera que su empleado se encargaría de descubrir en secreto.

Aun así, Frederick era consciente de que tenía que responder.

Alzó la vista y, tras un largo y sentido suspiro, habló:

—Mi hermano mayor está muy enfermo, lady Browne. Es claro que mi padre se ha encargado de que la situación no se hiciera

pública, pues... ya sabe: la reputación lo es todo para él. Que el linaje del título Hammerwick se vea indestructible y eterno es clave para un hombre como él. —Angustiado, exhaló—. Comprenderá entonces por qué estoy aquí tan interesado en casarme. Y no con una joven cualquiera, sino con una que de verdad anhele lo mismo que yo: libertad absoluta. Sin reproches ni exigencias.

Lady Browne inspiró y retuvo la respiración por unos segundos.

—¿Y no ha pensado que el marqués también le exigirá un heredero?

Frederick sonrió con amargura.

—Posiblemente. Pero estimo que primero quiere asegurarse de que me case a como dé lugar. La descendencia, de seguro, la exigirá en cuanto yo me haya condenado a un matrimonio.

—Bueno, un punto a favor de Marianne que deducirá el marqués es que, al pertenecer a la familia Powell, sentirá plena seguridad de que tendrán descendencia. Durante todos estos años, la baronesa y sus hijas han quedado hasta en ridículo por expresar lo mucho que ansían agrandar la familia. —Hizo una pausa y aclaró—. Por supuesto, con la excepción de Marianne. Pero nadie sabe de ella y de sus verdaderas motivaciones, por lo que será un gran argumento a favor de ustedes.

No supo por qué, pero al oírla decir «Marianne», un nombre tan angelical, Frederick sonrió, medio divertido, al recordar el carácter tan volcánico de ella. Aun así, no tardó en regresar al hilo de la conversación.

—Tiene usted razón, lady Browne. Sin embargo, sé que será difícil convencerlo... Pero no me daré por vencido. Se lo aseguro.

La vizcondesa sonrió de lado y bebió un poco de té.

—Bueno, será clave su persistencia, lord Frederick. No obstante, desde mi lugar, haré todo lo que esté a mi alcance para que su

padre acepte este matrimonio.

Él entrecerró los ojos.

—¿Acaso ya tiene una posible solución?

Ella curvó los labios de forma completa.

—Usted solo abóquese a demostrar verdadero interés en la señorita Powell. De más está decir que le avisaremos cuándo deberá volver a verse con ella. El resto se irá solucionando sobre la marcha. —Se puso en pie y él la imitó—. Confíe en el club, y nosotras confiaremos en usted.

Frederick asintió con un gesto de la cabeza y, tras despedirse con la venia correspondiente, se marchó de Browne House, aunque extrañamente más temeroso.

Capítulo 12

Sentado en un cómodo sillón en Brooks's, su club de caballeros favorito, Frederick pidió más brandy para llenarse la copa.

No solía salir solo y menos con los ánimos tan bajos, pero tampoco pensaba quedarse de brazos cruzados. Habían pasado unos días y todavía no tenía novedades provenientes de Browne House.

No entendía por qué debía de esperar tanto tiempo, pero quería creer que lady Browne lo había tramado adrede para tejer un mejor plan... que beneficiara a ambas partes, ¿cierto?

Ante la duda y la pronta llegada del alcohol, se sirvió y tomó la bebida de un solo sorbo. No era la primera copa, aunque tampoco sabía cuántas había bebido hasta ese momento.

Como fuera, ni el brandy, ni el whisky ni el más fino jerez le quitarían la sensación de eterna incertidumbre. La vizcondesa le había dicho que confiara en ella, pero... ¿y si lo único que había hecho era darle tiempo a hallar una mejor salida, pero solo para la señorita Powell?

«Demonios», pensó, y dio un largo sorbo a la copa que había vuelto a llenar.

Cualquier hombre con un mínimo de perspicacia no habría dudado en buscar segundas opciones. Si bien Marianne era la mejor

solución para su problema, lo cierto era que corría un gran riesgo. No era una persona de apostar, pero sabía que poner todos los huevos en una sola canasta era un «todo o nada» al que él no estaba acostumbrado. Y aunque no quería sentirse más ansioso, lo cierto era que su riqueza y su estilo de vida estaban en juego.

Además, estaba seguro de que cualquier intento por hallar un plan «b» para él sería descubierto por ese trío de brujas fanáticas del té. Eran mujeres y no unas cualquieras. Eran las primeras en enterarse de todo lo que ocurría en Londres, en especial de las cuestiones más secretas. No podía arriesgarse a perder la oportunidad de casarse con la señorita Powell. Después de aquella noche entre los árboles de Browne House, era una certeza que la unión entre ellos era lo más conveniente para ambos.

Debería confiar tanto como ellas esperaban poder confiar en él.

Medio cansado, suspiró. Si seguía allí, acompañado solo por el brandy, terminaría muy mal. Y tenía que estar listo por si le llegaba una nueva misiva de El club del té. Sin embargo, cuando estuvo a punto de levantarse, un estallido de carcajadas captó su atención.

Giró el rostro, lo justo para mirar por sobre el hombro, y entrecerró la vista.

—¡Felicidades, lord Hidley! ¡Esta victoria merece un brindis!

De inmediato, Frederick se acomodó para mirar mejor. Y si bien el grupo de hombres que rodeaban al aludido dejaban ver muy poco, no tardó en descubrir de quién se trataba. Era ni más ni menos que John Ferrars. El mequetrefe de John Ferrars. Un viejo amigo del esquivado conde de Lockheart.

Lo miró de arriba abajo y chasqueó la lengua. ¿Así que al fin se había convertido en conde? Negó con la cabeza, indignado. Y no era para menos.

John Ferrars no solo tenía fama de libertino extremo —por lo que

no lo podía juzgar—, sino que además era un hombre conocido por un comportamiento excesivamente interesado. Solo se rodeaba de personas que en algún momento pudieran servirle de forma práctica. De hecho, Lockheart había sido uno de ellos, y era evidente que John, tras convertirse en el nuevo conde de Hidley, había decidido que esa relación debía eliminarse si de verdad quería seguir ascendiendo en la sociedad. Por supuesto que nadie había creído que heredaría el título, pero el destino, tras el repentino fallecimiento de su tío y su primo, favoreció a la suerte de Ferrars.

Por supuesto que los rumores malintencionados no tardaron en deslizarse por Londres. Los que conocían la fría y calculadora naturaleza de John enseguida concluyeron que, de alguna manera, él habría sido el artífice del terrible accidente que se llevó las vidas del anterior conde y su hijo. Sin embargo, los rumores se disiparon cuando se descubrió que Ferrars había estado en Londres cuando la tragedia ocurrió por un temporal en Escocia.

Como fuera, el sediento y manipulador de John allí estaba, como si hubiera renacido, con un perfil sofisticado y ansioso por ascender en su carrera política, en el Parlamento, como parte de los *whigs*. Y, aunque a Frederick poco le importaran esos asuntos, sabía que el nuevo conde no estaba muy lejos de cumplir su objetivo. Pensó en lo que John en realidad representaba y supo de inmediato que era todo lo que él no quería ser.

«Edward», pensó en su hermano. No sabía cómo, pero debería encontrar una manera de verlo, aunque fuera por última vez.

Miró a lord Hidley y negó con la cabeza: él no se convertiría en un mequetrefe como aquel.

De pronto, aunque entre risas, Hidley detectó la mirada desdeñosa de Frederick y, a pesar de que no dejó de curvar los labios, fijó la vista en el hijo del marqués con especial intensidad.

Stewart le sostuvo la mirada hasta que, harto, resopló y, sin más, se marchó hacia su residencia en Curzon Street.

***

—¿Es necesario salir otra vez? ¿No podemos tomar el té en la Sala Limón? —inquirió Marianne, mientras la doncella le acomodaba las horquillas que sostenían el intrincado peinado.

A un lado, pero como si no la hubieran oído, Elizabeth y Margaret mantenían los ojos fijos en la joven Powell.

—Insisto: el celeste es el mejor color para esta ocasión. Mira el día. —Elizabeth señaló la ventana que daba al paisaje citadino—. No lloverá y le resaltará el tono del cabello.

Ante la indiferencia, Marianne entrecerró la vista.

Margaret ladeó la cabeza hacia un hombro. No estaba segura. Para ella el rosa pálido siempre sería el tono más adecuado para Marianne.

—Puede ser. No digo que no le favorezca, pero... No lo sé.

Ambas detuvieron la mirada en el vestido de Marianne, dubitativas. Pero entonces, dominada por su clásico carácter volcánico, la rebelde Powell volvió a expresarse.

—¡¿Acaso no escuchan?! —casi vociferó. Las dos damas y hasta la doncella se paralizaron—. He preguntado si de verdad es tan necesario salir hoy.

Lady Chatterton miró a Margaret con pena y regresó a Marianne.

—Lo sentimos, querida, pero precisamente hoy no podemos descansar.

—¿Por qué? ¿Será muy diferente de ayer o de los días anteriores? Hasta ahora, no hemos hecho más que pasar tardes de té en casas de otras jovencitas. La salida más vistosa ha sido la

tarde en Gunter's. Solas... Las tres.

Margaret y Elizabeth suspiraron, pero fue la voz de lady Browne —que acababa de aproximarse a la puerta abierta— la que respondería.

—Así es como lo ves tú, querida. Sin embargo, no han sido meras tardes de señoritas y té. —Entró en la habitación que le había cedido para que pasara la temporada y, tras mirarla de arriba abajo, continuó—: Cada una de esas salidas junto con lady Chatterton y lady Ridley han sido de suma necesidad para limpiar y crear una nueva imagen de ti.

La expresión de Marianne fue de confusión.

—Christine tiene razón —agregó Margaret—. En cada una de las veladas, las miradas se han enfocado en ti y, al verte con nosotras, como una más, los rumores de la nueva señorita Powell han resultado en extremo positivos, Marianne.

—Además, fue completamente necesario luego del impacto que provocaste en el baile —agregó Elizabeth, más seria—. Aunque no fue negativo, era fundamental guiar toda esa atención de forma tal que no te vieras perjudicada por las habladurías. Recuerda que no fue una danza, sino dos las que compartiste con lord Frederick Stewart.

Incómoda, la joven tragó saliva.

—Lo sé, pero con lord Frederick creímos que era lo ideal esto de mostrarnos, desde un principio, interesados el uno por el otro. —Se aclaró la garganta y se alisó el vestido.

Las tres mujeres de El club del té se echaron un fugaz vistazo.

—No han quedado dudas, querida —replicó, medio divertida, lady Browne—. Sin embargo, dadas las difíciles circunstancias de lord Frederick, es importante ser estrategas. Y créeme que hacerte ver calma, sin apuros y no *desesperada* —resaltó— es lo mejor para

ti. —Indicó a la doncella que le entregara el sombrero que ella misma había elegido y se lo acomodó a Marianne, aunque le anudó el lazo de los extremos en un moño muy débil—. Además, hoy será una tarde especial. Irán a caminar por Hyde Park, cerca de El Serpentine.

Aunque tenían conocimiento del plan, tanto Elizabeth como Margaret se miraron otra vez y con preocupación, lo que alarmó a Marianne.

—¿Será especial porque... irá lord Frederick? —se animó a preguntar, aunque insegura. Y, al notar que el amarre del lazo estaba flojo, se lo ajustó. No quería perder el sombrero a la primera corriente de aire que la envolviera.

Christine volvió a armarle un moño débil y, tras sonreírle, se giró para caminar en dirección a sus socias. Y justo cuando pasó cerca de lady Chatterton, respondió en un susurro:

—No precisamente... —Miró a Elizabeth, le guiñó un ojo y se fue.

La condesa viuda cerró los ojos, maldiciendo por dentro lo que hubiera sido que Christine había planeado para esa tarde. Era claro que ni a ella ni a Margaret les había desvelado una parte crucial de la estrategia.

Lady Ridley observó la expresión de angustia y confusión de Marianne, y suspiró. La incertidumbre no solo la estaban padeciendo ellas, sino también la muchacha. De ninguna manera, podía quedarse de brazos cruzados.

—Elizabeth, adelántense. Yo las seguiré en unos minutos —soltó sin pensarlo.

Segura de que Margaret no se atrevería a hacer nada alocado —como sí era capaz Christine—, lady Chatterton invitó a Marianne para que la siguiera.

Una tarde soleada aunque ventosa las esperaba en Hyde Park.

Capítulo 13

Siempre que Frederick había bebido de más, despertaba con dolor de cabeza y deseos de seguir durmiendo, pero la sensación de satisfacción y alegría solía ser una constante. Hasta esa mañana, en la que, ofuscado, despegó los ojos por los llamados insistentes en la entrada de su habitación.

—¡Demonios! —gritó, pero en cuanto pensó que podía tratarse de algún mensaje serio, relacionado con su hermano Edward, se fregó los ojos, saltó de la cama y él mismo abrió la puerta—. ¿Qué ha ocurrido? —Sin dar tiempo a que el mayordomo replicara, miró la bandeja de plata con el papel doblado—. ¿De Amber Hall? —Pero antes de que el criado pudiera siquiera despegar los labios, Frederick se hizo con la carta y volvió a encerrarse.

Con torpeza, desplegó el papel, pero no tardó en decepcionarse cuando notó que, además de corto, el mensaje no era de su familia.

> Estimado lord Frederick:
>
> Estaremos de paseo en Hyde Park, por los alrededores de El Serpentine, en la zona más concurrida, en la que se estila ir a pie.
>
> Le sugiero que no tarde mucho.

Margaret

Si bien no eran novedades de Edward, al menos se alegraba porque no fueran malas noticias. Bueno, eso dependía de la perspectiva de la situación.

¿Hyde Park? ¿A pasear a pie? Y más aún: ¿por qué le habían avisado a último momento?

De inmediato, chasqueó la lengua, hizo un bollo con el papel y lo lanzó contra la ventana.

No estaba de buen humor y tenía motivos para que así fuese. No solo había bebido de más, sino que, para peor, había sido una noche sin diversión, una noche de alcohol para despejarse de asuntos que, por supuesto, no pudo olvidar ni siquiera un instante.

Miró la ventana y, al entender que era un día magnífico para salir, no culpó a las remilgadas señoras de El club del té. Comprendía lo que hacían, y pasearse como pavos reales en uno de los parques más visitados por la aristocracia era una excelente estrategia para mejorar la imagen de la señorita Powell. Bueno, en realidad de la familia; después de todo, por muy rebelde que fuera Marianne, ella no había hecho nada escandaloso que la hiciera ganadora de la fama que sus hermanas menores sí merecían.

Sin embargo, pícaro, Frederick sonrió.

«Escandaloso...», pensó al recordar de forma instantánea la noche en la arboleda de lady Browne. Y rio, pues no quiso pensar que habría sido de ellos dos si alguien externo a El club del té los hubiera descubierto.

Como fuera, no era momento para relajarse. Y aunque la rabia y el malhumor lo tenían apresado, llamaría a su ayuda de cámara para cambiarse y marchar cuanto antes hacia Hyde Park.

***

—Creo que hoy el éxito se ha multiplicado, Margaret. ¿Has visto cómo se nos acercó lord Browell en cuanto vio a Marianne? —comentó Elizabeth con una sonrisa fuera de lo común.

—Tienes razón. Y no solo eso: sin dudas el atuendo que hemos escogido también ha hecho ruido del bueno. Que lady Cowper se nos aproximara para saludar y elogiar a Marianne será un chisme que circulará antes de que regresemos a Browne House —comentó Margaret, alegre. Giró el rostro hacia la joven Powell—. Esta salida ha sido de las mejores hasta ahora, ¿verdad, Marianne?

La mayor de las hermanas Powell se esforzaba por seguir en pie, allí, cerca de El Serpentine, en donde el viento no solo le estaba helando la piel, sino, y por sobre todo, amenazaba con hacerle perder el sombrero.

—¡Aún no comprendo cómo es que pueden pensar que esto es bueno! —bufó mientras se sostenía el *bonnet*[5]—. ¿Por qué demonios debemos circular por aquí, donde el viento parece querer arrastrarnos en cualquier momento hacia el agua? —Miró a las dos mujeres, que se mantuvieron silenciosas, y siguió—: ¿Tienen idea de por qué seguimos aquí? ¡Específicamente aquí! —Y se ajustó el lazo para evitar la pérdida del sombrero.

Ambas suspiraron.

—No lo sabemos, querida. Christine solo nos ha pedido que circulemos por esta zona y... que mantuviéramos tu lazo lo más suelto posible.

—¿Qué? —preguntó Marianne con la frente fruncida.

Al descubrir que se había ajustado el moño, Margaret se aproximó y, veloz, volvió a enlazárselo de forma débil. Y claro, indignada ante el gesto y la falta de respuesta por parte de la condesa y lady Ridley, no tardó en estallar.

—¡Se acabó! ¡Me marcho! ¡No estoy dispuesta a enfermarme ni

a quedar en ridículo! ¡Y mucho menos sin una explicación! —Se giró y comenzó a alejarse.

Los rostros de Elizabeth y Margaret se tornaron de un blanco más claro que el de la nieve, pero no tardaron en seguirla para evitar que el comportamiento de ella levantara algún tipo de sospecha.

—¡Marianne, querida! ¡Espera! —expresó lady Ridley, acompañada por la condesa viuda.

No obstante, la mayor de las hermanas Powell fingió no escucharlas y aceleró tanto el paso que, cegada por el enojo y sin recordar lo flojo que estaba el lazo, dejó de sostenerse el *bonnet* para avanzar moviendo ambos brazos a los lados del cuerpo.

Caminó uno, dos, tres pasos quizá, hasta que... ¡Zas! Una traviesa e impetuosa ráfaga logró su cometido. El sombrero, ese hermoso sombrero escogido por la mismísima lady Browne, salió volando por los aires.

La desesperación de Marianne fue inmediata, pero no le sirvió para atrapar la prenda que, rebelde, le sobrevolaba varios pies por encima y por delante.

Y entonces lo peor estaba por ocurrir, pues, en un giro inesperado, el sombrero comenzó a danzar en dirección al agua de El Serpentine.

—¡Oh, no! ¡Dios mío! —gritó la joven Powell.

Y corrió. Gran parte de la aristocracia fue testigo de que Marianne había corrido detrás del sombrero todo lo que sus piernas le permitieron, pero llegó un punto en el que el viento fue tan fuerte que el destino del *bonnet* sería inevitable.

Dándose por vencida, Marianne se detuvo y cerró los ojos. No había caso. Lo daría por perdido.

Sin embargo, el grito de sorpresa de la gente que había estado

mirando la obligó a abrir los ojos.

¿Era cierto?

No estaba segura. Lo único que en ese momento vio fue al enorme y musculoso caballero que, ataviado de forma exquisita, se acercaba hacia ella con paso seguro y sonrisa lobuna.

Era alto y fornido, de cabello rubio y ojos oscuros como el café. Y la voz... casi la paralizó.

—Creo que esto le pertenece, señorita...

—Marianne —soltó ella, sin pensar en la informalidad de su respuesta, y tomó el sombrero.

Complacido, él sonrió, pero no tardó en presentarse en cuanto notó que las acompañantes de la joven Powell se habían acercado.

—John Ferrars, conde de Hidley, a su servicio. —Y, gentil, se inclinó ante las tres.

Capítulo 14

Frederick odiaba el viento y la luz también, en especial en ese momento del día y con alcohol aún circulándole en la sangre.

No eran horas para un libertino. Mucho menos para exponerse frente a la más alta sociedad. Pero sabía que no tenía remedio. Debía presentarse por muy apresurado que hubiera sido el mensaje de lady Ridley. Su futuro dependía de ello.

Caminó hacia el sur de Hyde Park y, al pasar, se entretuvo unos segundos viendo en El Ring cómo los mejores jinetes se pavoneaban con sus trajes de montar, confeccionados a la última moda.

Por unos instantes, se preguntó si lograría encontrar a Marianne y a sus acompañantes, pero, al notar que un gran número de aristócratas exhaló un sonoro suspiro de alivio y alegría, Frederick se aproximó a esa zona cercana a El Serpentine.

Por un momento, creyó que las copas que había bebido de más le estaban jugando una muy mala pasada, pero, cuando se fregó los ojos y enfocó la vista, la ira lo poseyó por completo.

¡¿Era una broma?! ¡¿Cómo se atrevían a jugar con él de esa manera?!

No quiso creerlo, pero se acercó unos pasos y, cuando notó cómo el mequetrefe de lord Hidley se inclinaba ante Marianne y las

otras damas, no lo soportó más.

No permitiría que lo tomaran por idiota, aunque tampoco se prestaría a un escándalo allí, frente a todos. Simplemente respiró profundo y, tragándose la rabia, por más que estuviera a pie, decidió marchar directo a Browne House, donde no solo esperaría a Marianne, sino que también exigiría explicaciones.

***

—¿Lord Hidley? —inquirió una sorprendida lady Chatterton.

No podía negar que el hombre era apuesto, joven y, sin duda alguna, tenía don de gente, mas el rechazo que sentía le era inevitable.

Frederick Winston, conde de Chatterton e hijo de Elizabeth, estaba harto de recibir propuestas del nuevo conde. Era demasiado insistente. Ambos eran partidarios de los *whigs*, pero era sabido que John Ferrars estaba muy enfocado en su carrera política, y ascender entre los liberales del Parlamento era uno de sus principales objetivos. Claro que, para hacerlo como deseaba, necesitaba del apoyo del representante de estos, y ese era ni más ni menos que el hijo de Elizabeth. Desde ya que no era el entusiasmo de este lo que a la familia Winston le molestaba, sino más bien la motivación que se rumoreaba que lord Hidley tenía de trasfondo: conseguir buenos negocios. De allí que el conde de Chatterton no estuviera tan seguro de la pasión que lord Hidley manifestaba sentir por los ideales *whig*. Por alguna razón, el instinto le decía que lo único que aspiraba era una carrera política ascendente para conseguir los mejores y más jugosos acuerdos comerciales. ¿Estaba mal? No del todo. Aun así, no era una conducta que los Winston aprobaran.

—El mismo —respondió John a Elizabeth, con una sonrisa de

oreja a oreja.

Margaret miró a su socia de reojo. Estaba al tanto de la situación.

—Ha sido muy amable, lord Hidley. De no haber sido por usted, El Serpentine se habría llevado mi sombrero —comentó Marianne.

—Ha sido un placer, señorita.

—Powell —agregó Elizabeth, con tono seco. Luego, se dirigió a Marianne—. Creo que ya es hora de que nos marchemos. El viento está demasiado fuerte y lady Browne nos espera. —Regresó al conde—. Gracias, lord Hidley. —Se inclinó con la intención de despedirse, pero Ferrars, ni tonto ni lento, intervino a tiempo.

—¡Oh, pero qué maravillosa coincidencia! Precisamente debo ir a Browne House —miró a Marianne— y, ahora que lo pienso, creo que nuestros caminos estaban destinados a cruzarse hoy, señorita Powell.

Con una sonrisa estudiada, Marianne entrecerró los ojos con curiosidad.

—No sé por qué, lord Hidley, pero mi instinto me dice que, más que una cuestión del destino, ha sido un maravilloso movimiento de lady Browne.

El conde sonrió con picardía.

—¿Osado tal vez? —intervino Margaret, y echó un fugaz vistazo a Elizabeth.

—*Atrevido*, me animaría a decir —soltó mordaz lady Chatterton con la vista fija en el nuevo conde.

Por supuesto que este solo sonrió.

—Pues entonces, si me lo permiten, las acompañaré. He venido en mi nuevo coche y para mí sería un honor llevarlas.

—No me cabe la menor duda, lord Hidley... —replicó Elizabeth, ácida. Pero no quería sonar tan descortés, por lo que continuó—:

Para nosotras también será un placer que nos escolte.

Marianne, intrigada por la situación y el nuevo conde de Hidley, contuvo la sonrisa y se limitó a seguir el camino de regreso a Browne House.

***

—¡Lord Hidley! ¡Qué alegría volver a encontrarnos! —expresó lady Browne. Esta vez, recibía en la sala de música del primer piso.

En cuanto Smith le informó que la condesa viuda, lady Ridley y Marianne habían llegado a la residencia junto con John Ferrars, Christine solicitó un servicio de té para esperarlos en aquella sala, pocas veces usada.

El conde saludó a la vizcondesa, aunque no le pasó inadvertida la expresión de sorpresa de lady Chatterton.

—¿Volver a encontrarnos? —repitió Elizabeth con la vista puesta en Christine, pero esta no le respondió de inmediato.

Calma, lady Browne invitó a que las damas se sentaran en un sofá próximo al de ella, mientras que Ferrars se sentó en un sillón que estaba ubicado enfrente a los de las damas.

—El conde y yo hemos tenido una reunión hace unos días —explicó Christine.

Margaret y Elizabeth se miraron. Marianne se limitó a observarlos.

—Exacto. Hace años que nos conocemos gracias a... una vieja amistad —titubeó John. No quería entrar en detalles.

Pero la vizcondesa, por supuesto, lo aclaró.

—El conde de Lockheart —soltó mientras vertía té en las tazas. Elizabeth puso los ojos en blanco y respiró profundo para ocultar la amargura. Para calmarla, Margaret le palmeó con suavidad sobre la

mano. Luego, Christine continuó—: Claro que lord Hidley ya no mantiene una relación con mi querido Lockheart, y creo que entendemos las obvias razones. —Le dio una taza a John y sonrió—. Desde que se convirtió en el nuevo conde de Hidley, ha puesto el foco en la carrera política, ¿verdad?

—Así es —replicó él, y bebió un sorbo de la infusión—. Soy un gran partidario de los *whigs*, como ya deben de saber, y —se dirigió a Elizabeth— por eso mismo admiro a su hijo, lady Chatterton.

La condesa viuda tragó saliva y fulminó con la vista a Christine, y esta se apresuró a hablar.

—Y no es para menos, lord Hidley, el hijo de mi querida amiga es el representante más querido del partido. Su papel en el Parlamento es tan crucial como respetado.

De inmediato y ante la pronta desesperación de Elizabeth, lady Ridley intervino.

—Creo que, dadas las circunstancias, entendemos de qué habrá tratado la reunión entre ustedes dos. Pero pienso que la señorita Powell, que es la principal afectada en este caso, debe saberlo con mayor precisión, ¿no cree usted, lord Hidley?

Marianne frunció el ceño.

—Adelante, milord —lo invitó lady Browne.

John sonrió y dirigió la mirada alegre y penetrante en la joven.

—Señorita Powell, déjeme decirle que haberla conocido hoy fue una grata sorpresa para mí y, aunque no va al caso, su belleza me ha impactado de forma inesperada. —Se aclaró la garganta—. Sin embargo, no pretendo engañarla. Lady Browne me ha comentado su situación y creo que yo puedo ayudarla de forma más conveniente.

—¿Más conveniente? —preguntó Marianne, medio confundida.

—Lord Hidley conoce los pormenores de tu acuerdo con lord Frederick, Marianne —aclaró Christine.

—Exacto. Sé que usted en realidad no quiere casarse, desea ser libre. Pero está aquí porque no quiere perjudicar a sus hermanas y, además, quiere ayudarlas, ¿cierto?

—Sí, algo así —se limitó a replicar. No supo por qué, pero que lady Browne se hubiera atrevido a hablar con aquel desconocido sobre su trato con Frederick le había molestado.

—Pues bien. Seré honesto: lo único que me interesa en esta vida es mi carrera política. Podría tranquilamente pasar el resto de mis días sin casarme, pero, dado el caso, creo que contraer matrimonio puede ser tan beneficioso para usted como para mí. —Tomó un poco de té, dejó la taza en la mesita que estaba a su lado y se cruzó de piernas—. Si usted se casa conmigo, no solo se convertirá en una flamante condesa, sino también en una dama notable y protegida por mí. Contará con el dinero suficiente para hacer su vida, y sus hermanas se verán beneficiadas por haberse casado conmigo.

—Lord Hidley es uno de los lores más populares y respetados del momento, querida —agregó Christine.

Marianne inspiró profundo.

—¿Y desea descendencia? Porque yo...

El conde levantó una mano para que no se molestara en continuar.

—No debe preocuparse por ese asunto. Aunque suene duro, no me interesa tener hijos, señorita Powell. Lo que yo consiga en esta vida lo quiero para mi propio disfrute. Si el día de mañana muero, me dará igual a quién le quede mi fortuna, pues yo ya no estaré en este mundo.

Marianne debía reconocer que, por muy frío, egoísta y calculador que sonara, la idea de John Ferrars era pragmática de principio a fin.

—Ya veo. Pero ¿qué gana usted casándose conmigo?

John sonrió de lado y miró de reojo a lady Chatterton.

—Estoy dispuesto a casarme con usted siempre que lord Chatterton, el representante de los *whigs*, se comprometa a declararme como su mano derecha. —Sonrió—. Y a esta cláusula principal le agregaría, por supuesto, la de su comportamiento, señorita Powell. No le exigiré que cumpla con las obligaciones íntimas y maritales, pero es fundamental que su vida privada la lleve con discreción y muy lejos de aquí. Además de que debería aceptar que tendré amantes, por supuesto. —Al notar que ella y las otras mujeres se incomodaron ante el comentario, clavó la mirada en Marianne de forma amistosa—. Aun así, sé que esta vida será de su agrado. Podrá vivir libre y lejos de Londres. Incluso, si le apetece, podría viajar a América. Tengo pensado cerrar varios negocios allí, y usted, como mi esposa, tendría la razón más que perfecta para viajar en mi representación. Después de todo, no sé a usted, pero a mí no me molesta manifestar una relación más libre y equitativa, alineada con los principios liberales.

Marianne curvó los labios de forma acartonada. La verdad era que la propuesta no era mala e, incluso, era en extremo tentadora. Miró a Elizabeth, ya que la condición principal dependía de ella y su hijo —el conde de Chatterton—, y esta, aunque de manera fugaz y nerviosa, le sonrió como gesto de aprobación. Luego se enfocó en Margaret que, aunque más apagada, también curvó los labios. Y finalmente, miró a Christine quien, con los ojos entrecerrados, llenos de picardía, parecía observarla con desafío.

—¿Y bien, señorita Powell? ¿Qué opina? —preguntó lady Browne.

Marianne se enderezó en su lugar y se enfocó en lord Hidley, que la miraba desde hacía varios minutos casi pestañear.

—Pues creo que es una propuesta en extremo buena, milord. —Bebió té para parecer más centrada—. Aun así, pienso que debemos

avanzar con calma. Lady Chatterton y lady Ridley han trabajado muy duro para que mi familia y yo volviéramos a ser aceptadas en la sociedad. Si me precipitara a aceptar su propuesta, podrían deslizarse rumores que terminarían no solo por perjudicarme a mí, sino también a usted.

El conde asintió.

—Lo que dice es razonable, señorita Powell. No obstante, espero que sea la única razón que la lleve a no apresurarse. Con esto quiero decir que no me gustaría saber que se toma tiempo por algún sentimiento de culpa respecto de lord Frederick. En especial al conocer la razón principal por la que él desea casarse con urgencia.

Confundida, Marianne frunció el ceño.

—¿Razón principal?

El conde despegó los labios para replicar, pero lady Browne no lo dejó.

—Creo que las cuestiones con lord Frederick podrá debatirlas con él más tarde. —Se puso en pie, por lo que el resto la imitó—. Lord Hidley, ha sido un enorme placer verlo. Y para hacer negocios, por supuesto.

John Ferrars se inclinó, complacido, y, tal como el resto de las mujeres, siguió a lady Browne escaleras abajo.

***

Cansado por haber ido a pie, hecho una furia y sin siquiera esperar a que le dieran el paso, lord Frederick Stewart cruzó la entrada principal de Browne House en cuanto Smith abrió la puerta.

—¡Exijo la presencia de la vizcondesa en este mismo instante! —exclamó cruzando el vestíbulo.

Smith, paralizado por la rudeza de Frederick, avanzó un paso,

medio tartamudeando, para pedirle el gabán y el sombrero que el hijo del marqués aún no se había quitado. Pero no alcanzó a pronunciar una palabra que la imponente imagen de la vizcondesa apareció en lo alto de las escaleras principales.

—¿Exijo? —Se carcajeó Christine. Miró con fijeza a Frederick y continuó al tiempo que bajaba los escalones—. Podría haber imaginado cualquier tipo de conducta de un libertino como usted, pero jamás habría esperado tanta rudeza de su parte, lord Frederick.

El hijo del marqués se enderezó, se quitó el sombrero y respiró profundo. Debía calmarse. Eran solo negocios, ¿verdad?

—Usted mejor que nadie entiende por qué me siento así. Me pidió que confiara en usted. Eso hice, pero, al parecer, me he equivocado. Por eso he venido en busca de una explicación. La merezco.

Y entonces, justo cuando lady Browne terminó de descender, Elizabeth, Margaret y Marianne aparecieron detrás, a lo alto, en el descanso de la escalera principal..., pero no estaban solas, sino que escoltadas por el perspicaz lord Hidley.

La joven Powell se paralizó al ver a Frederick allí, iracundo, tratando de disimular la furia que lo dominaba.

Cuando el hijo del marqués vio a Marianne, el corazón se le detuvo. No supo con precisión si esa reacción era buena o no. Sin embargo, cuando descubrió la impertinente presencia de John Ferrars, tuvo que contar hasta diez para mantenerse firme y no soltar el batallón de improperios que sentía en ese momento, en especial cuando el conde sonrió con desdén.

Al notar la extrema tensión del ambiente, Elizabeth y Margaret no tardaron en fulminar con la vista a Christine. Y esta, aunque era claro que disfrutaba de lo que allí se estaba cocinando, intervino a tiempo.

—Tiene razón, lord Frederick. Y si no le molesta, la señorita Powell puede ofrecerle una conversación mientras yo acompaño al conde hasta la salida. —Miró a Smith—. Mi mayordomo los acompañará hasta la Sala Limón. Así que, si me disculpa...

Frederick siguió al criado y a Marianne, pero en lo que caminaba hasta el umbral de la sala, la rabia lo llevó a clavar la vista en lord Hidley. Y este, aunque con más altanería que enojo, también lo observó hasta que cruzó la puerta de salida.

Capítulo 15

—No se moleste en pedir té, señorita Powell. Con el tiempo que me ha hecho perder hasta ahora es más que suficiente —soltó, Frederick, furioso.

Al igual que él, Marianne se detuvo en medio de la sala.

—No sé a qué se refiere, lord Frederick. —Se enderezó con los brazos a los lados del cuerpo y las manos cerradas en puños.

Él entrecerró la vista.

—¿Y usted piensa darme las explicaciones? —Rio, indignado, y negó con la cabeza.

Marianne avanzó hasta quedar a solo tres pasos de él.

—No tengo idea de lo que me habla. Y si no se expresa mejor, tendré que irme para dejar de ser yo la que pierde tiempo.

—¡Ja! —Exhaló con rabia—. No solo te pavoneas con ese mequetrefe en pleno Hyde Park, ¡sino que además te atreves a decirme que no sabes lo que ocurre cuando acabas de bajar las escaleras a su lado! ¡No tienes vergüenza! —vociferó el hijo del marqués, dejando a un lado las formalidades.

Disimulando la incomodidad, la joven Powell tragó saliva.

—Oh, conque se trata de lord Hidley...

—¡No! —exclamó él, impulsivo—. ¡Se trata de usted y del

farsante club del té!

Marianne frunció los labios con irritación.

—¿Farsante? —Se aproximó otro paso—. ¡¿Farsante?! ¡¿Con qué derecho se atreve a hablar así?!

—¿De qué derecho me habla? ¡No tiene cara si es usted la persona que, es evidente, ha escogido al idiota de lord Hidley por sobre mí! —Esta vez fue él quien avanzó hacia ella—. Lady Browne me pidió que confiara en ustedes como ustedes creerían en mí, ¿y así es como me pagan?

Marianne inspiró de golpe. Estaban a un dedo de distancia. Sentía cómo los alientos se entremezclaban en una danza tibia y dulce. Pero entonces, cuando se enfocó en los magnéticos labios de él, se acercó tanto que lord Frederick, poseído y con vehemencia, la tomó de la cintura y la presionó contra su cuerpo.

Ardía. Lord Frederick Stewart ardía. Y Marianne lo sintió en cada fibra de su piel.

Hechizante, el calor de los cuerpos los había envuelto en una trampa de la que no estaban seguros si querían huir. El corazón de él palpitaba desbocado y extrañamente al son del de ella, mientras que las miradas, bañadas de pasión, se penetraban en un lenguaje silencioso y profundo.

Ambos habían caído, y sin saberlo, en las garras del temible deseo.

No obstante, en una milésima de consciencia, Frederick recordó que estaba en la Sala Limón y, aunque en contra de lo que le exigía la necesidad, volvió hablar con rencor.

—Pero claro, estimo que la elección de lord Hidley se debe a lo que, de seguro, lady Browne le confesó sobre mí y mi padre, ¿verdad? —susurró, formal.

Confundida, Marianne se desprendió del agarre y retrocedió.

—¿De qué habla? La vizcondesa no me ha dicho nada.

—Vamos, no intente quedar bien solo por culpa, señorita Powell. Además, no conoce a lord Hidley. ¡Es un maldito idiota que solo le interesa el dinero y la imagen! ¡Y estoy seguro de que si está aquí, es porque busca acercarse a lord Chatterton!

—No necesito que me lo diga, lord Frederick. De hecho, él mismo lo ha dejado en claro. —Seria, caminó hacia él—. Sin embargo, sigo sin entenderlo a usted. ¿Acaso tiene más razones para casarse conmigo que, a diferencia de lord Hidley, no me ha explicitado?

Al instante, el hijo del marqués tragó saliva. Una ola de confusión le envolvió la mente. Tenía una razón extra para contraer matrimonio, que lo avergonzaba y no era propia, sino del marqués. Pero... ¿solo esa razón?

Tratando de calmarse, sacudió la cabeza. No era momento para analizarlo.

—No sé si está poniéndome a prueba o si de verdad aún no lo sabe, señorita Powell, pero me hago cargo. —Se aproximó con la vista fija en ella—. Todo lo que le he dicho es verdad: mis motivaciones, mis metas. Todo. No obstante, mi padre no me presiona porque espera que deje de ser un libertino; de hecho, nunca le ha importado que lo sea. Él solo necesita que me case porque... —Respiró profundo para tomar fuerzas—. Él quiere que me case porque mi hermano mayor, Edward, está muy enfermo. Es claro que teme que el primogénito muera y, ante la inminente tragedia, quiere asegurarse de que yo continúe con el marquesado de la forma correcta. —Se giró y se fregó los ojos; no quería que ella sospechara que la mirada se le había cubierto de lágrimas—. Es posible que, al igual que los demás, piense que soy un maldito témpano, que en lugar de acompañar a mi querido hermano, solo

me preocupo por casarme cuanto antes para llegar al marquesado preparado, tal y como mi padre lo exige. Pero no es así, por mucho que no lo parezca. Si actúo de esta manera, con esta premura, es solo porque mi padre me ha puesto entre la espada y la pared. No me interesa ser marqués. ¡Ni antes, ni hoy ni nunca! Y si busco casarme solo es por las razones que, desde un principio, le he mencionado.

Marianne no sabía cómo sentirse, pero no podía mostrarse débil, por lo que alzó el mentón y lo enfrentó.

—Entonces no comprendo por qué desprecia tanto a lord Hidley. Por muy cuestionables que puedan ser sus motivaciones, no son tan diferentes de la de usted, lord Frederick. En especial, si es verdad que, en lugar de acompañar a su hermano en un momento tan trágico, está tan enfocado en asegurarse el futuro, ¿no cree?

Frederick sintió un puñal en el pecho. Podría haber estallado y decirle lo muy equivocada que estaba respecto de él. Pero ¿valía la pena?

—Veo que es muy rápida para sacar conclusiones, señorita Powell —expresó en un hilo de voz.

—Y usted, sin duda alguna, es excelente para ocultar. —Entrecerró la vista—. Sin embargo, no me importa quién sea en verdad, lord Frederick, aunque, si quiere ser una mejor persona, le sugiero que visite a su hermano por lo menos para despedirse. —Exhaló la decepción—. Aun así, lo único que aquí nos interesa es que cumpla con el acuerdo que ambos pactamos. Y respecto del encuentro con lord Hidley, puede quedarse tranquilo. Solo fue una situación inesperada, pero que, si lo piensa bien, nos ayuda a nuestra causa, pues que yo resulte atractiva a otros lores de suma importancia, como lo es lord Hidley, puede cambiar la percepción que el marqués de Hammerwick tiene de mí. —Caminó hasta el

umbral de la Sala Limón, pero se giró para sentenciar con frialdad—. Cumpliré con mi palabra, lord Frederick, y espero lo mismo de usted. —Se inclinó en una veloz venia y, sin más, se marchó.

El hijo del marqués no reaccionó. El aire invernal de las palabras de Marianne le había congelado el corazón que, por algún motivo, se había silenciado en cuanto lo comparó con el conde de Hidley.

***

Marianne subió a la habitación y, al solo entrar, se dejó caer boca arriba sobre la cama.

Necesitaba descansar y aceptar toda la información que, de una u otra manera, hablaba de quiénes eran los hombres que podían ser sus futuros esposos. Tenía en claro que, en la medida de que ellos cumplieran con lo que le prometían, no debían interesarle las verdaderas motivaciones de cada uno. Sin embargo... Sin embargo, sentía una ligera decepción, en especial respecto de lord Frederick.

El movimiento de lady Browne —el de haberle conseguido un segundo pretendiente por las dudas— le había incomodado al recordar la promesa que se habían hecho con Frederick. No obstante, tras la discusión con el hijo del marqués, entendió por qué la vizcondesa se había encargado de hallarle una segunda opción. Era evidente que no lo conocía lo suficiente, después de todo; Frederick le había ocultado la verdadera razón de la amenaza del marqués, y ello lo sintió como una traición. No obstante, la sensación empeoró cuando él, de una u otra manera, confesó que no estaba acompañando a su hermano mayor en un momento tan delicado, y todo por darle más importancia al hecho de salvar su propio pellejo.

Sabía que no debía importarle, pero haber descubierto que lord

Frederick era más frío y calculador que lord Hidley, en el fondo, la defraudó.

Cerró los ojos y dormitó algunas horas hasta que un llamado a la puerta la despertó.

—Adelante... —respondió medio dormida.

Era lady Ridley y llevaba un papel doblado en la mano.

—Ha sido un día largo, ¿cierto? —Se acercó y, tras sentarse en el borde de la cama, le extendió el mensaje—. Es de Powell House.

Marianne desplegó el papel y, con una sonrisa, decidió leerlo en voz alta.

> Querida hermana:
>
> ¡¿Es cierto?! ¡Por favor, dime que sí! ¡Dime que comportarnos como mojigatas y mantener un perfil tan bajo y aburrido ha valido la pena!
>
> ¡Mamá aún no lo puede creer, Marianne! En cuanto se enteró de que lord Hidley, ¡el famoso lord Hidley!, paseó contigo hoy en Hyde Park, casi se desmaya. Es que no es para menos. ¿Te lo imaginas?: «Marianne Ferrars, condesa de Hidley». ¡Oh, qué locura!
>
> Y créeme que ya todo el mundo está contando sobre lo caballeroso que ha sido. Que salvó tu sombrero, que se presentó a lady Chatterton y a lady Ridley y que ¡hasta las llevó en su coche! ¡Es muy romántico, Marianne! ¡Muy romántico!
>
> Pero claro que no lo sería tanto si no fuera por ese otro lord, el hijo del marqués, con el que bailaste dos veces en Browne House.
>
> ¡Oh, hermana! ¿Lo has pensado? ¡Los dos caballeros lucharán por tu amor! ¡Un *whig* contra un *tory*! Bueno, no

sé qué significa eso, la verdad, pero mamá y Martha no dejan de decir que será el espectáculo de la temporada. ¡Y yo no dejo de pensar que es lo más apasionante que he visto en mi vida! Y lo digo en serio, pues cuando sea mi turno, no pienso conformarme. ¡Quiero que mi historia de amor sea tan pasional como la tuya! Y no lo dudes: yo misma, en persona, se lo exigiré a El club del té.

En fin, hermanita. Espero que sigas disfrutando de ser venerada por esos dos apuestos caballeros. Y, por supuesto, ¡elige al mejor!

Ansiosa por saber más de ti y tus pretendientes, te saludo con el corazón.

Mary

En cuanto terminó de leer la nota, Marianne miró a Margaret y, casi al mismo tiempo, estallaron en risas.

—De verdad que no entiendo cómo es que mi hermana cree que todo esto se trata de una historia de amor. Es... —Dudó por unos segundos—. Es absurdo.

Lady Ridley ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿Absurdo? ¿Por qué lo dices?

Marianne parpadeó varias veces.

—Pues... no lo sé. Por muy hermoso que parezca, sabemos muy bien que mi matrimonio, en uno u otro caso, será arreglado. Y sin amor, por supuesto. Así fue acordado. Además, ¿qué tipo de mujer podría enamorarse de alguien como él?

—¿Como él? ¿A quién te refieres?

—A lord Frederick.

Margaret entrecerró la vista.

—¿Lord Frederick? No pensé que fueras a nombrarlo a él. Para

mí, el conde de Hidley es bastante despreciable.

—Estoy de acuerdo, la personalidad de lord Hidley tampoco es muy alentadora. Sin embargo, la conducta del hijo del marqués es, en el mejor de los casos, reprochable.

—¿Lo dices por su deseo de conservar la vida de libertino?

Marianne negó con una sonrisa.

—Claro que no. En eso fue claro de entrada. Es solo que me impactó demasiado saber lo frío que puede ser.

Margaret frunció el ceño.

—No entiendo. ¿Por qué lo dices?

—Porque, aunque su hermano está a punto de morir, él solo se ha dedicado a asegurarse de que yo le agrade a su padre. Por lo que ha dado a entender, a pesar de haber expresado tenerle cariño, todavía no ha ido a verlo. ¿No es una conducta terrible?

Despacio, lady Ridley negó con la cabeza.

—Bueno, lo sería si no fuera porque está atado de pies y manos, querida.

Al instante, Marianne arrugó la frente.

—No comprendo.

Margaret entrecerró la vista.

—¿No te lo ha aclarado? —inquirió lady Ridley, y la joven Powell negó—. Cielo santo... —Suspiró presionándose el puente de la nariz —. No es como tú piensas, querida. Debido a su vida de libertino y a un pasado relacionado con Lockheart, el marqués de Hammerwick prácticamente expulsó a lord Frederick de la familia. Le prohibió la entrada en Amber Hall, la casa principal de ellos, y en todas las demás, y lo amenazó severamente. Todo porque no quería que su vida de libertinaje afectara a la reputación de la familia ni que mal influenciara al futuro marqués. No obstante, lord Frederick jamás se opuso y entendió que era en favor de su querido hermano mayor.

Se hizo un intenso silencio. La mirada de Marianne se fijó en el lustroso suelo de madera.

No podía ser cierto. No lo sabía, era verdad, pero también había sido demasiado dura con él. Lo había juzgado injustamente.

—Oh, lady Ridley... Yo... —Se agitó.

De inmediato, la vizcondesa la abrazó.

—No te preocupes, querida. Estoy segura de que lord Frederick lo entenderá.

—No, no lo creo. —Una lágrima le rodó por la mejilla—. He sido muy cruel con él. Le he dicho que no me interesaba quién era, pero que si quería ser mejor persona debía visitar a su hermano, al menos para despedirse.

La vizcondesa inspiró profundo y retuvo el aire por unos segundos.

—Oh, Marianne... —No estaba segura de lo que le propondría, pero ante la situación, actuar con la responsabilidad del corazón le pareció lo más adecuado. Se desprendió del abrazo y la guio para que la mirara—. Escucha: es tarde, pero iremos a su residencia y, con toda la sinceridad que te desborda, le pedirás disculpas. Sé que él lo comprenderá.

Marianne dudó unos instantes, pero de solo recordar la triste mirada de Frederick cuando lo juzgó y comparó con el conde de Hidley, asintió.

—Vayamos, lady Ridley. Cuanto antes, mejor.

Capítulo 16

Las palabras de Marianne habían sido terriblemente dolorosas, pero ciertas; tan ciertas como él se llamaba Frederick Stewart.

Si de verdad quería tanto a su hermano, ¿a qué esperaba? Atrás debía dejar el temor por las medidas que lord Hammerwick pudiera tomar si se enteraba de que había intentado entrar en Amber Hall. Edward estaba muriendo, y no aguardaría a que su empleado llegara con novedades. Necesitaba ver a su hermano. Necesitaba abrazarlo.

Así, en cuanto cruzó la puerta de su residencia en Curzon Street, con firmeza dio la orden de preparar el coche con el equipaje suficiente para marchar directo a la casa principal de la familia.

Los criados, atónitos, no tardaron en ponerse en acción y, en unas horas, el carruaje de lord Frederick estaba listo para partir. Sin embargo, un minuto antes de que emprendiera viaje, una visita inesperada lo retuvo en la sala principal de su casa de soltero.

—No voy a preguntarte a dónde irás siempre que cumplas con lo que te he exigido.

«Exigido», pensó Frederick, y resopló, indignado.

—No temas, padre. Me casaré. Y estimo que imaginarás con quién. Los rumores siempre llegan primero a Browne House, pero luego a los clubes de caballeros.

Richard sonrió de lado.

—De solo saber que el idiota de lord Hidley la desea y que el rumor ya se ha hecho público, no puedo más que aplaudirte, Frederick.

—La señorita Powell es una buena mujer. Lo último que le desearía es un hombre como Hidley.

El marqués se carcajeó.

—Si es cierto que tan buena es, tampoco le desearía alguien como tú. Pobre ilusa... Aun así, ya no hay marcha atrás. —Rio con desdén y, a continuación, le entregó un documento.

El menor de los Stewart frunció el ceño.

—¿Y ahora qué?

—Es un contrato. Imaginé que querrías tenerlo antes de cometer el crimen de casarte. —Se rio al ver el rostro serio de su hijo menor, pero continuó—: En este te aseguro que, una vez que te cases con la señorita Powell, se te entregará una considerable cantidad de dinero. También pasarás a ser propietario de esta casa. Y claro, en caso de que tengan un hijo varón, se te volverá a dar otra gran suma de dinero y el título de propiedad de la residencia de Escocia. Y, aunque no hacía falta mencionarlo, aclaré que si llegases a convertirte en el marqués de Hammerwick, se te asegura que no heredarás solo el título, sino también toda la fortuna registrada hasta el día de hoy. —Exhaló—. Puedes leerlo si quieres, pero no dice más que lo que te acabo de mencionar.

—Padre...

—Ya lo he firmado —lo interrumpió—. Solo faltas tú.

Y sin más, Richard se retiró para ir a Stewart House, la casa de Londres que usaba cada vez que debía quedarse para asistir al Parlamento.

Frederick no se sentía agradecido, pero sí debía reconocer que el

alivio era inmenso. Con ese acuerdo entre sus manos, arriesgarse a ir a ver a Edward resultaba mucho más sencillo, en especial porque, era evidente, Richard se estaba quedando en la ciudad.

Listo para emprender el viaje, salió y se subió al coche. Un largo trayecto le esperaba. Sin embargo, el carruaje apenas avanzó, pues los gritos desaforados de un hombre que los corría por detrás lo detuvo.

—¡Lord Frederick! ¡Lord Frederick! —exclamaba sin cesar.

El hijo del marqués bajó de inmediato y, cuando descubrió que se trataba de Henry, el hombre de confianza que había enviado a Amber Hall, corrió hasta él con los ojos abiertos como platos.

—¡Henry! ¡Dios mío! ¡Regresaste justo a tiempo! ¡Iba hacia Amber Hall!

El hombre, agitado hasta los huesos, respiró profundo y, sin poder decir una palabra más, le entregó una carta sellada con lacre.

Confundido, Frederick frunció el ceño, pero en cuanto descubrió que era ni más ni menos que el sello de Edward, la abrió con desesperación.

> Querido hermano:
>
> Antes que nada, quiero agradecerte. Sé lo terrible que han sido estos años en los que solo nos hemos visto unas pocas veces y a espaldas de nuestro padre. Pero el hecho de que hayas enviado a uno de tus hombres solo para encontrar el modo de poder visitarme es, para mí, una demostración más que suficiente de que el amor que nos dio nuestra madre ha florecido en los dos.
>
> Henry me lo ha dicho todo. Y no puedo creer que padre te haya amenazado de esa manera. No es justo y no puedo imaginar por lo que has tenido que atravesar.

Sin embargo, ya no será necesario que te sacrifiques, hermano. El destino, Dios y seguramente nuestra madre me han iluminado. Los días cálidos han ayudado a mi cuerpo y, por fortuna, los médicos me han alegrado con un muy buen pronóstico. Ya no moriré, Frederick. Y pienso vivir muchos años más.

Dicho esto, te ruego que olvides las amenazas del marqués. Como bien sabes, son varias las propiedades que ya tengo en mi poder. Me aseguraré de que pasen a tu nombre porque también te corresponden. Y en cuanto al dinero, sabes que, aunque nuestro padre no tiene conocimiento, tengo varios negocios que no dudaré en cederte para que tú los manejes. Sé que eres más capaz que yo en eso. Y en temas del amor también.

De aquí que te ruego que no cometas una estupidez. No te cases, hermano. No lo hagas si no es por amor. Piensa que padre no puede darnos lo que nunca recibió, y por eso su conducta; quiero creer que ha hecho lo mejor que pudo con lo poco que le han dado.

Pero nosotros... Nosotros hemos sido amados por una madre que, aunque hace años haya partido, aún late en nuestros corazones.

Sabes amar, Frederick. Entonces hazlo y permite que te amen por igual. Nunca menos. Nunca por obligación.

Entusiasmado por recibirte con los brazos abiertos...

Edward

Los ojos del menor de los Stewart se aguaron de inmediato y, sin poder evitarlo, las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Edward viviría. Muchos años más.

Desbordado de gratitud, miró el cielo y sonrió. La luna, enorme y radiante, lo iluminó.

Era claro que el marqués aún no había recibido las buenas noticias sobre Edward; de lo contrario, jamás le habría cedido ese contrato.

Como fuera, se guardó la carta en el interior del gabán, donde también había puesto el acuerdo con lord Hammerwick y, luego, se dirigió a su hombre de confianza.

—Gracias, Henry. Ahora todo será más fácil.

Ambos se abrazaron hasta que Frederick se giró para regresar al coche. Cuanto antes viajara, más pronto vería a su hermano mayor.

No obstante, una voz, una dulce voz, lo obligó a detenerse una vez más.

—¡Lord Frederick! ¡Espere!

Era ella. Era Marianne.

Al instante, el corazón le estalló en un galope y necesitó respirar profundo para calmarse al verla llegar.

—¿Marianne? —preguntó él en un suspiro.

Llevaba una capa que solían usar las criadas y, por fortuna, lady Ridley la acompañaba con un atuendo similar.

—No queríamos molestarlo, milord —aclaró Margaret y, al notar el coche y el equipaje, continuó—: ¿Se va de viaje?

Marianne, desbordada de culpa, hundió la mirada en la de él.

Frederick bajó la vista, aunque respondió, sincero:

—Marcho a Amber Hall. Necesito ver a Edward.

Lady Ridley se tapó la boca por la sorpresa y, en cuanto notó lo mucho que Marianne se mortificó, no tardó en tomar una sabia decisión.

—Creo que ambos tienen mucho de qué hablar, lord Frederick. Y

yo solo estorbaré. —Se dirigió a Marianne y, en un susurro, siguió—: Ve y habla, pero desde el corazón. Yo aguardaré afuera, en el coche. —Y tras darle una suave palmadita, le sonrió y se marchó al carruaje que lady Browne había destinado para los empleados.

Lord Frederick miró a Marianne directo a los ojos. No sabía qué hacer. Tampoco sabía lo que haría, pero el instinto lo llevó a guiarla con discreción hacia el interior de su residencia.

Capítulo 17

Cuando ambos entraron en la sala de la residencia, el silencio se sintió más profundo y calmo de lo esperado. Frederick había dado la orden a sus sirvientes para que marcharan a Amber Hall.

—¿Le avergüenza venir a verme? —inquirió Frederick, y le señaló la capa que la cubría.

Paralizada en medio de la habitación, Marianne se observó a sí misma y negó con la cabeza.

—No, claro que no. Pero, según lady Ridley, ya era muy tarde para venir de visita, y como yo no quería esperar a mañana, cubrirnos con estas capas de las criadas y viajar en un coche de bajo perfil fue nuestra mejor opción.

Tras dejar el sombrero sobre uno de los sillones, la miró con curiosidad.

—¿No quería esperar a mañana? ¿Tan urgente es lo que necesita decirme?

Marianne tragó saliva. Aunque lo que más deseaba era negarlo, la mirada azul y profunda de él la desarmaba tanto que el corazón le palpitaba veloz cada vez que él se le dirigía.

—Bueno, de no haberme apresurado, no lo habría encontrado, ¿cierto?

Frederick sonrió de lado.

—Cierto. Aun así, no me ha respondido, señorita Powell. ¿Qué es lo que necesita decirme?

¿Qué era lo que necesitaba decirle? ¡Oh, solo Dios sabía la verdad! Pero, sin duda alguna, no eran solo disculpas lo que quería expresarle.

—Bueno, yo... —Recordó las sabias palabras de Margaret, tomó aire, avanzó hacia él y se animó—. Necesito pedirle perdón, lord Frederick. No sabía la verdadera razón por la que aún no había podido visitar a su hermano. Y, aun así, no tenía derecho a juzgarlo.

Él la miró por unos instantes hasta que curvó los labios con sutileza.

—Le acepto las disculpas, aunque reconozco que, gracias a su rudeza, dejé las dudas a un lado y tomé la decisión de partir hacia Amber Hall.

—Pero se arriesga demasiado. Es conocida la severidad del marqués.

Él rio con perspicacia.

—¿Teme que esta conducta mía pueda afectar mi acuerdo con usted?

Marianne pestañeó varias veces.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé. Quizá haya pensado que si el marqués descubre mi imprudencia, no dudará en desheredarme de forma instantánea. Y eso, desde ya, afectaría nuestro pacto.

Marianne suspiró.

—Pues podría haberlo pensado, pero no fue así. Solo... —Tragó saliva—. Solo pensé en usted y en lo mucho que merece un mejor trato.

Frederick avanzó otro paso.

—Pues... agradezco su gentileza, señorita Powell. Pero no debe preocuparse, ni por mí ni por el acuerdo. Le aseguro que mi padre no hará nada que nos perjudique, y yo cumpliré tal como se lo prometí a usted y a El club del té.

Ella lo miró a los ojos. No sabía cómo expresarse, no sabía cómo dar espacio a lo que su palpitante corazón le exigía sacar a la luz.

—Sí, el acuerdo... —murmuró.

Frederick, al notar la vacilación en la voz de Marianne, frunció el ceño y se acercó hasta quedar a un paso.

—¿Percibo dudas? ¿Acaso usted ya no desea casarse conmigo y no sabe cómo decírmelo?

De inmediato, la joven Powell reaccionó.

—¿Dudas? No. —Miró el suelo y, nerviosa, parpadeó varias veces —. Yo...

Pero no pudo seguir. La impulsividad de él se lo impidió, pues una repentina ola de rabia se abalanzó sobre el corazón de Frederick.

¿De verdad ella dudaba? ¿Acaso era por el mequetrefe de John Ferrars?

—Es el conde de Hidley, ¿verdad? —la interrumpió. Los dientes casi le chirriaron de la ira.

De inmediato y con desesperación, Marianne alzó la vista hacia él.

—¿Hidley? ¿Pero de qué habla, si le he dich...?

—Es un conde y, de seguro, le ha ofrecido más que yo, ¿cierto?

La mirada de ella se apagó.

—¿De verdad me cree capaz de pensar así? ¿De verdad cree que no tengo corazón? —inquirió con sentida amargura. La tristeza la había invadido; no obstante, el orgullo y la razón no tardaron en tomar las riendas. Debía irse. Y debía hacerlo antes de que fuera

demasiado tarde—. Siento mucho haberlo importunado, lord Frederick. Que tenga buen viaje. —Se apresuró sin mirarlo. Se dio la media vuelta y, secándose unas rebeldes lágrimas, intentó lanzarse a la carrera. Sin embargo, él la detuvo.

Suave aunque firme, Frederick le envolvió la muñeca con una mano y, tras jalarla con la fuerza justa para no hacerle daño, la atrajo hacia sí.

—¿De verdad esto es todo? —Coló la otra mano por detrás de la nuca de ella y, agitado, se le aproximó a los labios sin dejarla de mirar—. Te ofendes y dices tener corazón, ¿pero te atreves a dejarme así?

El pecho de Marianne subía y bajaba impulsado por una mezcla entre deseo y desesperación, y el aliento de Frederick le acariciaba la boca que, hambrienta, reclamaba la de él.

—¿Así? No entiendo, Frederick. ¿No deseabas ser libre como siempre lo has sido?

Ardiente y exasperado de solo imaginar perderla, el hijo del marqués hundió la mirada de zafiro en la castaña de ella.

—¿Libre? ¿Acaso no lo ves? —Con un pulgar le acarició los labios llenos—. Ya no puedo ser libre. Ya no, Marianne. No si tú te vas.

Y entonces, justo cuando el corazón de la joven Powell estalló en un irrefrenable galope, él, Frederick Stewart, la besó con absoluta pasión.

Eran fuego. Eran llamas que se entremezclaban en el calor de los cuerpos.

La boca de él devoró la de ella, al principio en un tierno mordisqueo hasta que, desbordado, necesitó traspasar los labios carnosos para acariciar con su lengua la de Marianne. Fue una danza tibia y húmeda que provocó que los latidos de ambos aumentaran al compás del ardor.

De inmediato, Frederick la alzó en brazos y, en un santiamén, la llevó a su alcoba. Despacio y de pie, se quitó el gabán y lo dejó caer al suelo. Luego se deshizo del resto de las prendas hasta quedar con el torso completamente desnudo.

Deslumbrada por la figura que tenía enfrente, Marianne se aproximó con lentitud y, suave, apoyó las manos sobre los duros pectorales de él. Sentía la agitación que lo dominaba. Sentía el bombeo acelerado de su pecho. Y entonces, descendió hasta llegar a los abdominales, que solo en las más exquisitas estatuas de dioses griegos había contemplado.

Frederick, desbordado por la delicadeza de las caricias, se aproximó a Marianne y, tras envolverla con los brazos, volvió a besarla, esta vez, con más calma.

Comenzó por detrás de la oreja y, con un reguero de besos, descendió hacia el cuello hasta llegar a la zona de la clavícula. Despacio, le desabotonó el vestido y, tras dejarlo caer, hizo lo propio con el resto de las prendas íntimas.

Jadeante, Marianne sintió por primera vez la vulnerabilidad de estar desnuda frente a un hombre. Pero él, veloz ante la timidez de ella, la tomó en brazos para llevarla hasta la cama, donde la depositó con la máxima delicadeza. La miró con dulzura y, tras quitarse los pantalones, dejó que viera su cuerpo completamente desnudo.

La agitación de Marianne aumentó cuando sus ojos contemplaron las fuertes piernas de Frederick, pero se sonrojó al ver el enorme miembro viril que, duro y palpitante, manifestaba el deseo que Frederick sentía por ella. Solo por ella.

Al instante, aunque con ternura, el hijo del marqués se recostó sobre Marianne. La miró a los ojos y, despacio, apoyó una mano en un seno para masajearlo con sutileza. La caricia provocó que la

respiración de ella se agitara y, entonces, la boca de lord Frederick se posó sobre el pezón para besarlo y succionarlo con la suavidad que ella necesitaba. Lo humedeció una y otra vez con la lengua para luego hacer lo mismo con el otro pecho.

Al instante, los jadeos de Marianne se intensificaron, y Frederick no dudó en descender una palma hasta la zona del monte de Venus. De inmediato, ella se sobresaltó al sentir la robusta mano en su parte más privada, pero en cuanto él desunió los labios virginales para acariciarle el botón del placer, se relajó. Al principio, las caricias fueron lentas y circulares, mas cuando la miel de ella comenzó a brotar, Frederick aceleró el movimiento.

Desbordada del placer, Marianne cruzó los brazos detrás de la nuca de él y, en un acto de pasión, lo atrajo hacia sí.

—Oh, Frederick... —susurró rendida ante el poder del hijo del marqués.

Y entonces la locura por poseerla lo dominó.

Necesitaba entrar en Marianne. Necesitaba entregarse a ella.

—Marianne, yo...

Ella, en el acto, posó un dedo en los labios de él.

—Chisss... —Lo silenció y, curvando los labios con timidez, sentenció—: Quiero ser tuya, Frederick. Para siempre.

El corazón del lord estalló del deseo y, abrumado por la necesidad, la besó con intensidad al tiempo que la penetró.

El ingreso del miembro de Frederick provocó que Marianne gritara en una mezcla de jadeante sorpresa con excitación, mas, cuando él comenzó a moverse despacio, el disfrute llegó suave y exquisito.

El conducto femenino no tardó en humedecerse, al punto de que la dulce miel de ella desbordó.

Al sentir la estrechez y la cálida humedad de Marianne, Frederick

supo que estaba al borde del abismo de la pasión, y entonces, dejándose llevar por su salvaje corazón, aumentó la cadencia de las embestidas.

Excitada, Marianne se aferró a los anchos hombros del hijo del marqués; y justo cuando su cuerpo se estremeció en un exquisito orgasmo que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies, se liberó en una exhalación desbordada de placer.

Y entonces, Frederick no se contuvo más. El grito de Marianne triunfó sobre la poca cordura que le quedaba y, entregándose al frenesí de la pasión, aumentó la velocidad de las embestidas para, de forma escandalosa, derramar su semilla en el cálido interior de ella.

Los cuerpos, aún jadeantes, cayeron enredados sobre la mullida cama, única testigo de su unión.

Vencido y boca arriba, Frederick abrazó a Marianne contra su cuerpo y, tras cerrar los ojos, se dejó llevar por los encantos de Morfeo.

Marianne estuvo a punto de seguir por el mismo camino, pero temerosa de que alguien fuera en su búsqueda, decidió levantarse para, al menos, vestirse.

Como pudo, se colocó cada una de las prendas, y cuando se dispuso a levantar las de él, dos papeles que sobresalían del gabán le despertaron la curiosidad.

En silencio, los tomó y marchó hacia la sala principal para evitar que Frederick despertara.

Desplegó el primero y la emoción la desbordó cuando comprendió que se trataba de una carta de Edward.

No obstante, al enfocarse en el segundo papel, el corazón se le detuvo. Era un contrato que hablaba sobre el futuro matrimonio con ella. Y aunque lord Hammerwick lo había firmado, Frederick aún no

lo había hecho.

No necesitó tiempo ni explicaciones. Era claro: Frederick no había firmado el contrato porque, al contar con el apoyo de Edward, ya no necesitaba casarse. O, mejor dicho, ya no la necesitaba a ella. Sería libre sin la condición de sacrificar absolutamente nada.

Pensó en lo que acababan de vivir y se sintió, una vez más, traicionada pero sucia. Por mucha pasión que Frederick le hubiera entregado, tal como le había dicho lady Browne, era claro que nunca debió confiar en él: un libertino. Un libertino sin remedio.

Dejó caer los papeles en medio del salón y, tras secarse las últimas lágrimas, se cubrió con la capa y se marchó.

Capítulo 18

Lady Ridley había perdido la noción del tiempo. De hecho, hacía largo rato que se había dormido en el incómodo coche. Pero entonces, un terrible golpe en la puerta casi le provoca un ataque al corazón.

—¡Dios mío! ¡¿Quién es?! —Se fregó los ojos y miró a través de la ventana—. ¡Marianne!

Al instante, la joven Powell entró, pero esta no se atrevió a mirar a la vizcondesa. No obstante, habló antes de que aquella lo hiciera primero.

—Por favor, lady Ridley, no me pregunte nada. Solo... Solo deseo marcharme cuanto antes.

La curiosidad por el extraño estado de ánimo de Marianne la instaban a preguntar por lo que había ocurrido, pero conocía a la joven Powell, y entendió que lo mejor, al menos en ese momento, era dejarla en paz.

Margaret dio aviso al cochero para que marcharan directo a Browne House, y se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto. Aunque, por supuesto, no ocurrió lo mismo al entrar en la casa de Christine.

—¡Por todos los cielos! ¡¿Dónde demonios se habían metido?! —

exclamó lady Chatterton, acercándose al vestíbulo. Estaba fuera de sí, muy diferente a lady Browne que, hasta divertida por el nerviosismo de Elizabeth, contenía una pícara sonrisa.

Lady Ridley miró a Christine y, entristecida, negó con la cabeza.

La vizcondesa fanática del limón inspiró profundo para enfrentarla.

—¿Y bien, señorita Powell? ¿No cree que sea un buen momento para darnos una explicación?

Marianne, firme y sin mirar a ninguna en particular, alzó la barbilla.

—Sí, lady Browne. Y no daré vueltas: me casaré con lord Hidley.

—¡¿Qué?! —exclamó lady Chatterton. Casi se cae.

—Marianne, querida, ¿por qué mejor no descansas y...? —intentó terciar Margaret, pero la joven Powell no la dejó.

—No, lady Ridley. La decisión ya está tomada: me casaré con el conde. —Se dirigió a Christine—. Por favor, lady Browne, envíe una nota a lord Hidley para informarle de las noticias. Quisiera que mañana, a primera hora, sellemos nuestro compromiso.

—Por supuesto, querida. Y también daré aviso a tu familia. Al menos tus padres deben estar presentes. —Sonrió.

En una mezcla de enojo con dolor, Marianne asintió, y, veloz, corrió escaleras arriba para encerrarse en la habitación.

—Si crees que por alguna extraña razón estaré de acuerdo con esta locura, ¡te equivocas, Christine! ¡Te equivocas! —vociferó lady Chatterton.

—Oh, ya vamos, Elizabeth. No seas tan dramática. No creo que tu hijo se disguste tanto por hacer un nuevo amigo... —se burló.

—¡¿No te ha alcanzado con haberme comprometido a semejante locura sin siquiera consultármelo?! —replicó la condesa viuda.

—No. Y si no te he consultado fue porque sabía que te negarías,

querida.

—Pues no creas que aceptaré esto, Christine.

—Por favor, Elizabeth. No es lo más importante ahora —intervino Margaret—. No sé qué es lo que ha ocurrido entre ellos, pero estoy segura de que la decisión de Marianne es solo por despecho.

—¿Crees que lord Frederick la haya rechazado? —preguntó Elizabeth con temor.

—No —contestó Christine de inmediato—. ¿Acaso no lo has notado, viuda tonta? O bien lord Frederick la zamarreó hasta despeinarla, o bien ellos...

—¡Ni lo menciones, Christine! ¡No es necesario! —interrumpió Margaret—. Y no solo por el cabello... También se colocó el vestido al revés.

—Oh, Dios mío... —exhaló lady Chatterton llevándose una mano a la frente.

—Pues bien. Sea como sea, la decisión ya está tomada —soltó lady Browne al tiempo que se giró para subir las escaleras.

Indignada, Elizabeth se enderezó.

—¡¿Y no harás nada?!

—Oh, sí, por supuesto —respondió de espaldas sin dejar de subir —. Enviaré ahora mismo los avisos a lord Hidley y a los Powell. Después de todo, eso es lo que Marianne pidió.

—¡¿Qué?! —bramó lady Chatterton, que se disponía a ir tras Christine. Pero Margaret la detuvo.

—No tiene sentido, Elizabeth. Será mejor esperar a mañana. De seguro las aguas se calmarán.

La condesa viuda no estaba de acuerdo, mas insistir no ayudaría en absoluto. Claro que ni Margaret ni Christine comprendían la gravedad del asunto. Pero eran un club, y como tal, seguiría las reglas que las tres, implícitamente, habían aceptado.

***

Apenas despuntaba el sol, pero el descanso, tras la noche más reveladora de su vida, había sido suficiente cuando el primer rayo de luz le acarició los párpados.

Lord Frederick nunca se había sentido tan pleno y era porque jamás se había entregado en cuerpo y alma. Pero entonces, desde el momento en que se unió a Marianne, supo que su libertad era con ella. Solo con ella.

Aún medio dormido, giró el rostro, mas cuando abrió los ojos por completo, la desesperación lo despertó de inmediato.

Dio un salto y miró el suelo. Solo estaban sus prendas.

Veloz se vistió como pudo y, al tiempo que gritaba el nombre de ella, corrió hasta la sala con la esperanza de encontrarla. Sin embargo, los únicos compañeros que halló fueron dos papeles que yacían en el suelo, en medio de la habitación.

Se acercó y, al tomarlos, no necesitó analizar por mucho tiempo. Ella los había leído y, por alguna razón, había decidido irse.

Se colocó el gabán, luego el sombrero y, sin más, salió de la residencia para marchar directo a Browne House.

No obstante, y sin imaginárselo, una extraña mujer vestida con una capa lo llamó desde la distancia.

—¡Lord Frederick!

El hijo del marqués entrecerró la vista, pero en cuanto esta se aproximó, abrió los ojos al tiempo que frunció el entrecejo.

—¡¿Lady Chatterton?! ¡¿Qué hace usted aquí, a estas horas y vestida... de criada?!

Sin quitarse la capa de encima, y tras mirar hacia un lado y el otro, Elizabeth se acercó.

—No estoy acostumbrada a alejarme de Grosvenor Square, lord

Frederick. Y venir sola y de noche no habría sido prudente.

—¿Y por qué ahora y ataviada de criada? —preguntó él sin comprender.

—Por las dudas. Si es usted un cretino, no quisiera que nos vieran juntos, y menos hoy.

—¿Hoy? ¿A qué se refiere? ¿Qué ocurre?

—Primero respóndame con sinceridad: ¿ha rechazado usted a la señorita Powell o solo es un idiota?

Frederick inspiró profundo al comprender a lo que la condesa viuda había ido.

—Rechazarla jamás fue ni será una opción, lady Chatterton.

—¿Lo dice en serio? ¿No se está aprovechando de ella?

Firme y con los ojos bañados en honestidad, contestó:

—Nunca he hablado más en serio. Y no: no podré borrar mi pasado, pero no permitiré que este condene mi futuro. Jamás me aproveché de Marianne y jamás lo haré.

Elizabeth lo miró por unos instantes y, al notar que sus ojos destilaban pura verdad, suspiró aliviada.

—Pues bien. Entonces será mejor que se apresure y remedie su estupidez. En menos de media hora, lord Hidley llegará a Browne House para sellar frente a los Powell el compromiso con Marianne.

—¡¿Qué?!

—No pierda tiempo. —Señaló el viejo coche en el que ella lo había estado esperando—. Suba. Llegaremos más rápido.

Capítulo 19

No quería pensar, pues si lo hacía, de seguro optaba por volver a su plan inicial: huir sola y sin un futuro claro. Así, Marianne dejó que la doncella la ataviara con un fino vestido de muselina rosa. El tono era pálido, y el escote redondo favorecía el collar de perlas, que era su favorito.

Bajó las escaleras y, aunque entró en la Sala Limón para sentarse a esperar el momento de su compromiso, miró la puertaventana, que estaba abierta. Por unos instantes, dudó, pero aún quedaba tiempo. Un inocente paseo por el parque no le haría daño a nadie.

Salió, inspiró profundo y descendió los peldaños de la terraza. Caminó lento para calmar la angustia que le atravesaba el pecho, mas cuando miró la arboleda que se elevaba a lo lejos, el corazón se le quebró en mil pedazos.

¿Por qué? ¿Por qué se había enamorado? Y, peor aún, ¿por qué lo había confesado? Estaba rota y, desde ese momento, no habría día en que no pensara en el frío y calculador de lord Frederick.

Debía olvidarlo a como diera lugar. Sin embargo, no terminó de decidirlo que una gruesa y conocida voz le detuvo el paso.

—¡Marianne! ¡Marianne!

Los ojos de la joven Powell se abrieron como pelotas de cróquet, pero cuando se giró y comprobó la identidad de quien la había llamado, se echó a correr, inconscientemente, en dirección a la famosa arboleda de lady Browne.

***

La desesperación estaba haciendo estragos con el pobre de lord Frederick Stewart. El coche estaba más destartalado de lo que había imaginado y, aunque no era cierto, se le antojó que, si hubiera ido a pie, habría llegado mucho más temprano.

—¡Al fin, por todos los cielos! —exclamó cuando el carruaje frenó en Browne House. Y, veloz como un cimarrón, salió disparado hacia la puerta.

Sin necesidad de escuchar los llamados, Smith abrió y no tuvo tiempo siquiera de saludar que Frederick entró al vestíbulo echando chispas.

—¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde demonios está?! —bramó mirando en todas las direcciones.

Justo a tiempo y con una sonrisa de oreja a oreja, la figura de lady Browne se asomó por las escaleras.

—¡Oh! Pero ¿qué es esto? ¿Acaso aún estoy dormida o estoy viendo al lord equivocado?

El hijo del marqués caminó hasta el primer escalón.

—¡Dígame dónde está Marianne! ¡Se lo suplico! —rogó con el corazón en la boca.

Christine curvó los labios de lado y, sin emitir una sola palabra, señaló en dirección a la Sala Limón.

De inmediato, lord Frederick echó a correr. Entró en la estancia y no la encontró, pero al descubrir la puertaventana abierta, no dudó

en salir. Y entonces, cuando miró desde la terraza que ella, muy tranquila, se marchaba hacia la arboleda, bajó las escaleras de dos en dos y, sin dejar de correr, gritó su nombre con marcada desesperación.

—¡Marianne! ¡Marianne!

Ella se giró, pero, como si hubiera visto al mismísimo diablo, se lanzó a una veloz carrera hacia los robles.

¿De verdad, otra vez, intentaría escapar?

—¡Maldición! —soltó Frederick, mas, sin dudarlo, corrió detrás de ella.

Marianne dejó el alma en la huida, pero cuando llegó a la zona cubierta por los árboles, una raíz que sobresalía provocó que cayera en el acto.

—¡Marianne! ¡Rayos! —gritó él al ver cómo había quedado tendida sobre el suelo. Y enseguida estuvo a sus pies para auxiliarla.

—¡No te atrevas! ¡No me toques! —lanzó con rabia al tiempo que se soltó del agarre. Se puso en pie y retrocedió para tomar distancia —. ¡Vete! ¡Sé libre y déjame en paz!

Frederick entrecerró la vista.

—¡¿Pero de qué hablas?! ¡¿Acaso has perdido el juicio?!

—No, por el contrario, estoy más cuerda que nunca, milord. —Se enderezó y, firme, lo miró a los ojos—. Es claro que, ahora que es libre, lo último que desea es casarse conmigo. Y no intente convencerme: la ausencia de su firma en el contrato lo ha dicho todo.

Indignado y furioso, el hijo del marqués se aproximó a Marianne. Ella retrocedió cada paso que él avanzó; no obstante, una vez más, el tronco de un robusto árbol le impidió continuar.

Estaba acorralada. De nuevo y sin escapatoria.

—No permitiré que te cases con ese idiota. No, Marianne. ¡No! —

declaró con la boca a solo un dedo de distancia de la de ella.

—Y yo no permitiré que solo me busques para cumplir con un acuerdo por mera culpa o responsabilidad. Ve y ten la vida que siempre deseaste, Frederick. Yo estaré bien y también en libertad.

—¿De qué libertad me hablas si tú, tanto como yo, sabes que nunca más seremos libres? No, al menos, si no estamos juntos.

—No importa lo que digas: el acuerdo estaba sin firmar.

Él exhaló con rabia.

—No me diste tiempo a hacerlo, Marianne. Mi padre se presentó poco antes de que yo partiera, al igual que la carta de mi hermano.

—¿Qué?

Medio indignado pero hechizado por la expresión de asombro de ella, Frederick negó con la cabeza.

—No tienes remedio. No piensas, Marianne. Solo actúas. —Y se mordió el labio inferior al centrarse en la boca de ella, que temblaba en una mezcla de deseo con vergüenza.

—Yo... no sé qué decir. Creí que...

Pero no pudo seguir porque, apresándola contra su cuerpo, lord Frederick le devoró la boca.

Y no se detuvieron, ni siquiera cuando lady Browne, lady Ridley y lady Chatterton se aproximaron para condenarlos.

—Bueno, bueno... Creo que no habrá otra opción que casarlos, queridas —sentenció lady Browne mientras miraba cómo aquellos dos seguían devorándose como si nadie los estuviera viendo.

—Sin duda, Christine. De lo contrario, sería un escándalo —agregó lady Ridley de brazos cruzados.

—Cierto —respondió la vizcondesa fanática del limón—. Sería un escándalo, pero no tan grave como el de Elizabeth. —Miró a la condesa de arriba abajo y se carcajeó sin escrúpulos.

La aludida puso los ojos en blanco.

—Tienes razón, Christine. Incluso me pregunto qué dirían las víboras de Mayfair si se enteraran de que, ahora mismo, lady Chatterton luce como una criada ¡y todo por el éxito de nuestro club! —comentó Margaret, entre risas.

—No te atreverías a contarlo, querida. —Y, divertida, Elizabeth continuó—: No lo harías, siendo una flamante socia de El club del té.

Epílogo

Londres. Mayo de 1816

Querida lady Browne:

Sé que debería decírselo en persona. De hecho, es lo que le dije a mi hermana que haría, pero prefiero plasmarlo en una carta para que quede muy en claro: no pienso conformarme.

Por supuesto que no soy tan tonta como debe de creer. Mi comportamiento pasado me precede, pero estoy segura de que usted y su mágico club lograrán hallar a mi alma gemela.

Quiero un amor único y romántico, lady Browne, de esos bien pasionales que nadie olvida. De esos repletos de poemas cursis, pero que no superan a las promesas de amor eterno.

En pocas palabras, quiero un príncipe que quiera casarse conmigo, lady Browne, pero solo si me ama de verdad.

Claro que, a estos requisitos, debo agregar que posea

una fortuna considerable y que su reputación sea intachable. Lo siento, pero mi madre no me dejaría aspirar a menos.

En fin, sin ánimos de robarle más tiempo, la dejo para que, cuanto antes, halle a mi querido y futuro esposo.

Ansiosa por mudarme a su casa...

Mary Powell

En cuanto Christine terminó de leer la carta, exhaló fuerte y con marcada indignación.

¿Quién demonios se creía que era esa jovencita? No lo sabía. Pero de lo que sí estaba segura era de que nadie, ni las más rebeldes muchachas, podían con ella.

Hacía poco la mayor de las hermanas Powell la había desafiado con un «cásame... si puedes» y, para entonces, estaba a días de convertirse en lady Frederick Stewart.

No había dudas: no había imposibles para lady Browne. Y mucho menos para El club del té.

Agradecimientos

Antes que nada, quiero agradecer al Universo, a Lola y al equipo editorial. Si vivo mi sueño cada día con más alegría y plenitud es por todo el apoyo y la confianza que me dan. ¡Gracias infinitas!

A Marcelo, por ser mi compañero y darme siempre la mejor historia de amor.

A Serena, mi princesa. Disfrutar de mi pasión a tu lado es la felicidad misma.

A mis hermanos, mis sobrinitos y cuñadas, ¡cómo los quiero!

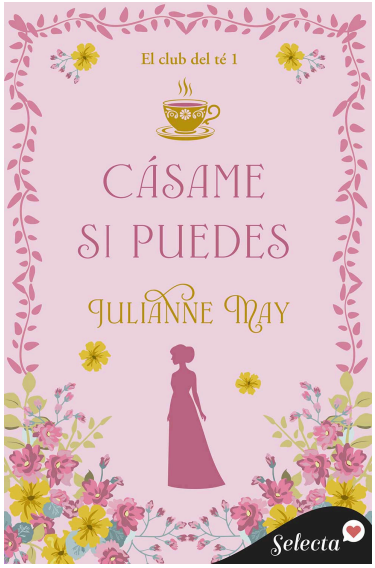
A mis amigas, Ale, Dami, Loli, Vale, Juli y, ¡por supuesto!, a «Las Maravillas»: Sol, Clau, Gi y Noe. En las buenas y en las malas. Siempre.

¡Y gracias eternas a ustedes, lectores! Al sumergirse en mis historias, hacen realidad mi sueño.

¡Por siempre, gracias!

Atrás ha quedado *El club de los solteros*, pero la pasión por el amor y el amarillo limón impulsa a lady Browne a un nuevo proyecto: El club del té.

Un nuevo desafío llega a Londres. Y los escándalos estarán a la orden del día.



Marianne Powell no quiere casarse. Desea una vida libre y llena de aventuras… un anhelo que se aleja mucho de las aspiraciones que le ha impuesto su madre, la famosa lady Powell. Aun así, Marianne no piensa renunciar a sus verdaderos deseos y, para ello, es consciente de que deberá tomar medidas extremas, como huir.

Lord Frederick Stewart, segundo hijo del marqués de Hammerwick, creyó que viviría libre de responsabilidades, pero su padre, tras una repentina desgracia, amenaza con desheredarlo si no se casa antes de que termine la temporada.

Los caminos de ambos parecen muy distantes entre sí, sin embargo, una noche en el parque de lady Browne une los dos destinos de forma inesperada… y conveniente.

¿Podrá Marianne cumplir el sueño de una vida libre? Y más aún: ¿logrará escapar de las garras del matrimonio?

Julianne May, nacida en diciembre de 1985 en Buenos Aires, Argentina, es una autora de novela romántica.

Titulada en relaciones públicas, le encanta estudiar, pero su mayor pasión es crear mundos que le permitan viajar sin importar dónde esté. Es por eso que, desde muy pequeña, se ha dedicado a explorar el arte para alimentar esa llama interior. Sin embargo, solo en la escritura encontró el medio ideal para plasmar esos universos y, al sumergirse en las aguas de la romántica, supo que sería un viaje sin retorno.

Como fiel admiradora de Jane Austen, no pudo evitar enamorarse de la Regencia inglesa, y así surgieron la trilogía *Caballeros de las sombras* y la serie *Los Preston* .

Actualmente, aunque también escribe comedias, continúa navegando por el apasionante océano de las novelas románticas históricas.



Edición en formato digital: julio de 2026

© 2026, Julianne May
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-03-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Referencia al libro *El club de los solteros*, de esta misma autora, publicado por Ediciones Selecta.

[2] Referencia al libro *Solo por un beso*, de esta misma autora, publicado por Ediciones Selecta.

[3] Pequeño bolso de mano con cordón, muy utilizado por las mujeres del siglo XVIII y XIX, para guardar objetos personales como abanicos o dinero.

[4] Corsé corto, típico de inicios del siglo XIX, cuya función era sostener los senos.

[5] Sombrero.

Índice

Cásame si puedes
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Julianne May
Créditos
Notas